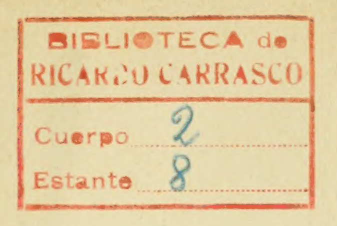
ENRIQUE PIÑEYRO

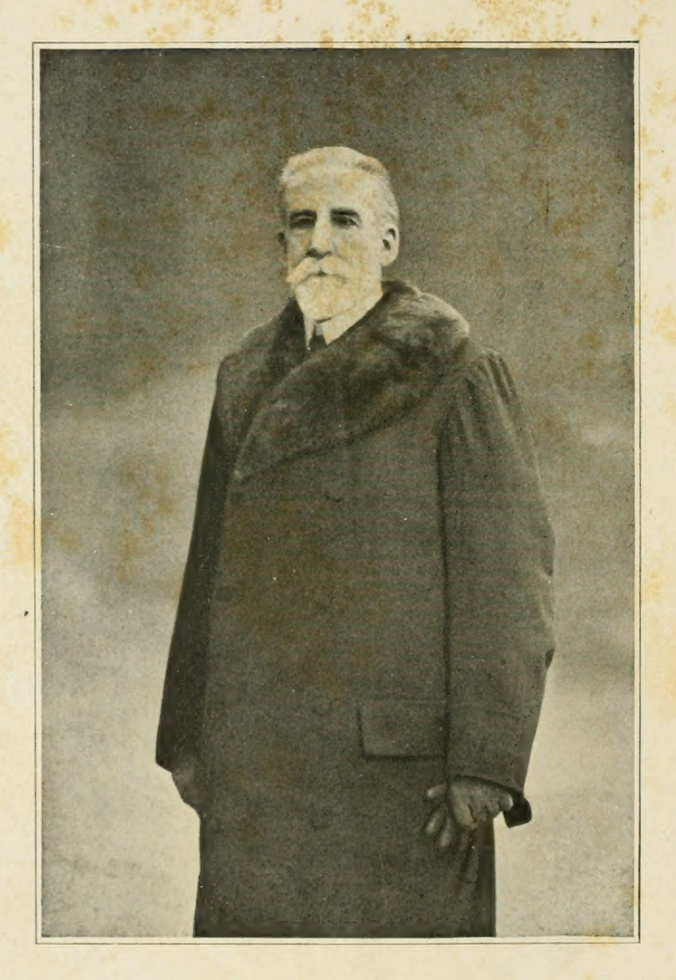
BOSQUEJOS RETRATOS RECUERDOS

GARNIER HERMANOS

PARÍS



Bosquejos, Retratos, Recuerdos



ENRIQUE PIÑEYRO

(*Bosquejos, Retratos, Recuerdos.*)

ENRIQUE PIÑEYRO

Bosquejos Retratos Recuerdos

(OBRA PÓSTUMA)



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

CIENFUEGOS

I

Ahora que bajo la rúbrica de modernismo y con otros nombres más ó menos expresivos nacen y viven, tanto en España como en países iberoamericanos, nuevas escuelas literarias, en la prosa lo mismo que en poesía, y en ésta naturalmente mucho más que en aquélla; ahora también que todas esas escuelas pregonan, sostienen y aprovechan las ventajas de sacudir y repudiar preceptos de muy antiguo recomendados y practicados por gramáticos y retóricos, de establecer una métrica especial, libérrima, anárquica, ejerciendo sin trabas y sin tasa el derecho que innegablemente les asiste de inventar tantos vocablos nuevos como en la práctica de su arte novísimo estimen necesario; ahora, en fin, me figuro que es momento oportuno de sacar del olvido, de refrescar en lo posible la memoria de un ilustre español, lírico y dramático,

del siglo XVIII, en sus días vivamente aplaudido y admirado por muchos, por otros atacado y vituperado con no menor viveza; escritor original también, que atropelló reglas é inventó vocablos cada vez que las unas le estorbaron, ó que juzgó los otros serle necesarios; pero que es en definitiva á mi parecer una de las contadas figuras interesantes que ofrecen las bellas letras en España durante los años finales del siglo XVIII y los primeros del XIX.

Refiérome á Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos, escritor muy digno en realidad de verse colocado, si no á la misma altura, no muy lejos del puesto que por méritos diversos ocuparon durante el mismo período : Don Gaspar Melchor de Jovellanos, el mejor prosista de su época, Don Leandro Fernández de Moratín, cómico y satírico de orden elevado; y el que se reconocía él mismo discípulo de Cienfuegos, el gran Quintana, lírico sin disputa no inferior en su línea á ninguno de cuantos en su patria vivieron y escribieron antes.

Que hubo en Cienfuegos, aparte de las cualidades y defectos comunes á todos los de su tiempo é inherentes á la fórmula semi-clásica entonces imperante, ciertas otras particularidades de fondo y forma por las que en cierto modo parece aproximarse á la futura escuela romántica, es punto por varios críticos ya señalado. Hízolo de los primeros Don Antonio Alcalá Galiano, en un periódico de 1844, *El Laberinto*, y en artículo reproducido por Don L. A. de Cueto en la *Biblioteca de Autores*

Españoles de D. Manuel Rivadeneyra, donde sugiere Galiano, aunque de paso, esa misma idea, para afirmar mejor y más resueltamente, como lo hace, que Cienfuegos « del gusto clásico distaba infinito ».

Mucho más explícito y directo se muestra el señor Don M. Menéndez y Pelayo en un interesante capítulo de su *Historia de las ideas estéticas en España*, capítulo muy lleno de su asunto, de su tema, que es la preceptiva literaria durante la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX; pero capítulo algo confuso por falta de orden, y de un buen sumario sobre todo. Dice en él, entre otras cosas excelentes que en los versos de Cienfuegos se descubre « un ímpetu de poesía novísima que pugna por romper el claustro materno, que da en vagos y desordenados movimientos signo indudable de vida », y agrega : « Aquel desasosiego, aquel ardor, aquellas cosas á medio decir... anuncian la proximidad de las costas de un mundo nuevo, que el poeta barrunta de una manera indecisa. Sucedióle lo que á todos los innovadores que llegan antes de tiempo. La literatura de su siglo lo excomulgó por boca de Moratín y de Hermosilla, y los románticos no repararon en él porque estaba demasiado lejos y porque conservaba demasiadas reminiscencias académicas. »

Si de tal modo se condujeron con Cienfuegos los románticos, inmediatos sucesores, no era de esperarse de las escuelas que han ido viniendo después que procediesen con mayor generosidad á pesar de los

puntos de contacto que con ellas pudiera ofrecer. Mas, sea de esto lo que fuese, el olvido en que tan pronto cayó Cienfuegos debe calificarse de injusticia; y tanto por su vida, la energía de su carácter y el triste fin que tuvo por afrontar sin miedo en 1808 la cólera del invasor de la patria, como en virtud de sus escritos, tiene el poeta derechos á la consideración de la posteridad.

II

Cienfuegos, que nació en Madrid el año de 1764, murió prematuramente en Junio de 1809 apenas llegado á Orthez, la pequeña ciudad del mediodía de Francia á que fué conducido « en calidad de rehenes » según la expresión de Quintana; y donde, proscripto por el usurpador José Bonaparte, no tardó en sucumbir víctima de enfermedad orgánica que de tiempo atrás lo minaba, y que exacerbaron hasta precipitarlo al sepulcro la rabia y el dolor del trance terrible por que España pasaba. Su vida de apenas cuarenta y cinco años fué, pues, relativamente breve, y lo parece más, comparada con los ochenta y cinco años que llegó á contar el mismo Quintana, los setenta y siete de Jovella-

nos, y los sesenta y ocho del autor de *El café ó La Comedia Nueva.* Meléndez, el maestro de Cienfuegos, á quien como á este durante aquel período cupo en suerte sufrir terribles desventuras (aunque por distintas causas y en distintas circunstancias, pues se colocó, más por imprevisora debilidad que por otra razón, del lado del invasor) resistió mejor el infortunio, y proscripto también en Francia, falleció en Montpellier á los sesenta y tres años de edad, en 1817.

Fuera del episodio trágico final á que acabo de referirme y que abrevió un tanto, si no mucho, la existencia de Cienfuegos, poco más hay que decir para resumir la historia de su vida.

Recibió su educación en Salamanca á la sombra de Meléndez, que era catedrático de humanidades en la famosa Universidad, bastante decaída ya de su prístino esplendor. Volvió á Madrid terminados sus estudios, bien lleno, con las lecciones y el ejemplo de su maestro, del gusto y el amor de la poesía. Dedicóse pronto á cultivarla, escribió versos líricos, anacreónticas, odas, epístolas, como Meléndez, aunque con méritos de otra especie; y también tragedias que no logró llegar á ver representadas sino « particularmente » según dijo Quintana : « en domésticos saraos » como de otras tragedias de la misma época dice Menéndez y Pelayo en la obra ya citada.

En 1798 reunió y publicó Cienfuegos las composiciones líricas y dramáticas que tenía escritas,

é inmediatamente el público confirmó el fallo de los « amigos » á quienes salió dedicado el libro y que de algún tiempo antes habían reconocido en el autor un verdadero poeta. Poco después entró á servir como empleado civil al Gobierno, y en la primera secretaría de Estado se hallaba de oficial, corriendo de su cargo la dirección de la *Gaceta de Madrid*, cuando un artículo de este papel, en que se aludía á la suerte de la familia real, prisionera ya entonces en Bayona, desagradó fuertemente al Estado Mayor del mariscal de Francia que con tan férrea mano, desde los acaecimientos del terrible 2 de Mayo de 1808, y sujetaba y aterrorizaba á la capital de España. El poeta se defendió con entereza; renunció luego airadamente el cargo que desempeñaba, corrió realmente peligro de ser fusilado, y necesitóse la intervención de antiguos compañeros para que los satélites del usurpador se contentasen con extrañarlo y conducirlo á Francia.

Bien triste, no cabe duda, la vida de este poeta; y en verdad bien mereció otra suerte, pues fué, como de todos sus escritos claramente se desprende, un hombre sensible, bueno, generoso y de la más severa rectitud de principios. Pero le tocó vivir en el período más infausto quizás de toda la historia moderna de España; coincide la parte activa de su existencia, desde la juventud hasta un año antes de su muerte, con la época de la escandalosa privanza de Don Manuel Godoy, el famoso favorito, el sorpren-

dente Primer Ministro que, partiendo del escalón más bajo de la jerarquía, ascendió hasta la cumbre más alta del poder, y repitió lo que no era nuevo en España, lo que se había visto durante el reinado de Carlos II en la persona de Don Fernando de Valenzuela, y lo que tan poéticamente embellecido, apenas más exagerado, sirvió de base á Víctor Hugo para su drama *Ruy Blas*, personaje idéntico en virtud de ese encumbramiento de fortuna á Valenzuela lo mismo que á Godoy.

Cienfuegos murió poco más de un año después de la catástrofe en que terminó la larga privanza y la inaudita fortuna del Príncipe de la Paz, sin haber tenido el noble poeta tiempo ni ocasión de dejarnos escrito el testimonio de su indignación, de consignar en palabras inmortales cuanto él y todos sus amigos sufrieron durante aquel vergonzoso período. Por fortuna Quintana, su discípulo, su compañero, sobrevivió á tanta humillación y pudo declarar á la posteridad en frases de candente vigor lo que desesperados presenciaron y soportaron en forzado silencio los españoles en el espacio de veinte años : período luctuoso, dijo Quintana, en que la misma autoridad real, se impuso por « objeto grande y primario elevar un ídolo á la adoración pública, y sacrificarlo todo á este fin desatinado. La nación con efecto se le puso toda de rodillas, las mujeres le sacrificaron su pudor, los hombres su decoro y dignidad; un volver de ojos suyos alzaba, derribaba las perso-

nas; disponía de los tesoros, de las provincias, declaraba la guerra, ajustaba la paz. ¡Aun si él con sus talentos y con sus aciertos se hubiera hecho perdonar el escándalo de su elevación! Pero el triste resultado de los grandes negocios que pasaron por sus manos ha dejado grabada en caracteres indelebles su ominosa ineptitud (1).»

Es bien curioso que en este año de 1908 y en Madrid mismo, al celebrar el centenario de la terrible matanza del 2 de Mayo con que principia el gran levantamiento nacional en vindicación de su independencia, haya parecido producirse un movimiento especial, inesperado, en favor de la memoria del Príncipe de la Paz, manifestado en Conferencias del Ateneo y en artículos de periódicos, como puede verse en el número de *La España Moderna* correspondiente al mes de Septiembre con la firma al pie de Don J. Pérez de Guzmán. Trátase en él á Godoy de « gran ministro, » se le equipara con Aranda y Floridablanca y se le declara víctima de odios y vilipendio del todo injustificados. (2)

La enérgica acusación de Quintana, sin embargo, que se halla en acuerdo cabal con la de tantos otros testigos presenciales, permanece y permanecerá en pie, mientras no se aduzcan razones más con-

---

(1) *Cartas á Lord Holland* (2ª edición, Madrid 1853, pág. 14).

(2) Más explícitos, pero no más convincentes en favor de Godoy, son dos artículos del P. B. Martínez, que se encuentran en la revista de Madrid *La Lectura*, números de Septiembre y Octubre de 1908.

cluyentes que las en este artículo indicadas. Bien está el decir que en los archivos nacionales se encuentran hoy, á la disposición de todos, los documentos necesarios para estudiar con imparcialidad completa el reinado de Carlos IV, y que esto no se ha hecho todavía; pero muy aventurado es suponer que el resultado de los estudios por hacer sea la rehabilitación de Godoy.

Sabido también es que las *Memorias* escritas por Godoy, ó á nombre suyo, en Francia, y por él publicadas allá en la cuarta década del siglo pasado, casi nada produjeron en favor de su reputación; que son una muy débil é insuficiente defensa de los actos públicos de su vida. El Sr. Pérez Guzmán argumenta, en busca del fallo absolutorio, y recuerda que algunos años después de la publicación de las *Memorias*, cuando el ex-Príncipe de la Paz vivía en París, siempre desterrado, pobre y con ochenta años de edad, obtuvo del « Ministerio que presidió Pacheco y de que formaron parte con Pastor Díaz, Benavides y otras celebridades de aquel tiempo », que se le devolviesen títulos, honores y grados militares, y se revocasen los decretos de Fernando VII y de las Cortes de Cádiz. Ello, sin embargo, evidentemente fué un acto de compasión más que de justicia. Jurisconsulto tan entendido como Don Joaquín Francisco Pacheco no hubiera consentido que una simple gracia fuese considerada como una rehabilitación. Habríale probablemente parecido que si su conducta debiera ser de

tal manera interpretada, la sombra del gran Jovellanos, del elocuente é íntegro magistrado que tan inicua y tan duramente se vió perseguido y atormentado durante la época del mayor poder de Godoy, vendría á inquietar su sueño y turbar su conciencia.

¡ Qué cruel momento de prueba fué ese año de la caída de Godoy y de la invasión de Francia para todos los españoles, sobre todo para los más ilustrados, para los más liberales ! Las cinco más altas figuras de su literatura en esos días aparecieron en lastimoso desacuerdo, militando en bandos opuestos; y esos cinco hombres honrados recibieron no obstante como galardón ó como reprensión de su diversa conducta suma igual de angustias y dolores. Jovellanos, que á la ruina del Príncipe de la Paz debió la libertad, murió con el corazón partido, en 1811, vejado y calumniado por sus compatriotas, odiado y perseguido por el usurpador extranjero. Quintana purgó su amor á la patria encerrado seis años, incomunicado, en un calabozo de la fortaleza de Pamplona; y Cienfuegos, en fin, debió probablemente al fallecimiento prematuro el no haber sufrido la misma pena.

No recibieron ni Meléndez ni Moratín recompensa mejor por haberse adherido al usurpador. Meléndez atado á un árbol tuvo largo rato delante la banda de exaltados con armas cargadas para fusilarlo, y murió luego proscripto en Francia. Moratín, malquistado con los más de sus compa-

triotas, vivió voluntariamente desterrado, en honda melancolía, hasta morir en París el año de 1828.

III

En 1798, como ya dije, apareció la primera edición de poesías de Cienfuegos, edición hoy no fácil de encontrar fuera de las Bibliotecas públicas, que no se halla en la de Ticknor, y de que solamente conozco una reimpresión de Valencia en 1816. Al volver Fernando VII á Madrid, recuperado el trono que le traspasó su padre á última hora en 1808 y que le forzó Napoleón en Bayona á renunciar, el nombre y la memoria del poeta debían ser, y eran en efecto, especialmente simpáticos á los triunfantes realistas, que no olvidaban la enérgica y patriótica conducta de Cienfuegos en Madrid bajo la dominación francesa. El nuevo rey en premio dispuso que por la Imprenta Real se imprimiese y publicase una nueva edición, más completa que la primera, y se adquirió al efecto por compra á la familia lo que en manuscrito se encontrara. La edición apareció en 1816, en dos volúmenes bien impresos en buen papel, conteniendo una tragedia más, *Pítaco*, que juntar á las

tres antes publicadas, y una media docena de composiciones líricas inéditas, que son por cierto de lo mejor, y más inspirado que escribió el autor.

Falta solamente en esta segunda edición una poesía contenida en la primera : « la oda con que celebró al general Bonaparte cuando en una de sus campañas de Italia respetó el sepulcro y la memoria de Virgilio. » Añádese que la supresión se hace por encargo del mismo autor, y se agrega lo que, un año no más después de Walerloo, no era tal vez muy necesario repetir : « que Bonaparte se hizo indigno del elogio de Cienfuegos con sus usurpaciones y violencias. »

La alabanza por el supuesto homenaje á Virgilio es sin duda excesiva, otorgada sobre todo tan temprano como Cienfuegos lo hizo. Pero la composición no es mal ejemplo del estilo y exuberancia del poeta en esa su primera época, y reaparece, como debe ser, en la Biblioteca de Autores Españoles editada por Rivadeneyra.

En esa primera colección abundan anacreónticas, romances, canciones , idilios, entre los cuales por cierto Don José Gómez Hermosilla, — quien, como es sabido, escribió un libro titulado *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, con el no disfrazado objeto de enaltecer los méritos de Moratín hijo, y rebajar los de sus contemporáneos, de Meléndez y Cienfuegos particularmente, — celebra sin embargo varias de esas composiciones más ó menos idílicas

ó pastoriles, como *La Despedida, La Desconfianza, El Amante desdeñado, Los Amantes enojados*, etc., composiciones en que resulta Cienfuegos inferior á Meléndez, porque tales temas no se avenían bien al vigor natural de sus arranques, y porque su inspiración lo llevaba mejor hacia otros rumbos de poesía reflexiva y profundamente melancólica.

Por esta razón son, en el género lírico, sus obras más notables las que compuso en el segundo período de su carrera y se coleccionaron por primera vez en 1816; sobresaliendo entre ellas, dos : *La Rosa del Desierto* y *La Escuela del Sepulcro.*

La primera de las dos, *La Rosa del Desierto*, es simpática desde luego al amigo de las letras por tener el mismo argumento que una espléndida composición de Leopardi, *La Ginestra, o il Fiore del Deserto*, escrita muchos años después; y aun de recordarla de antemano, por así decirlo, en virtud de algunos de los versos de la estancia con que ambas comienzan. Dice Cienfuegos :

¡ Dónde estás, dónde estás, tú que embalsamas
De este desierto el solitario ambiente
Con tu plácido olor !

Y Leopardi en metro parecido habló de este otro modo en 1836 á « la Flor del desierto » :

*Dove tu siedi, o fior gentile, al cielo
Di dolcissimo odor mandi un profumo,
Che il deserto consola.*

Cienfuegos por supuesto, hijo del siglo XVIII, admirador de la filosofía francesa de su época, no va tan lejos en su melancolía hasta llegar al pesimismo desolado del gran vate italiano del siglo siguiente, y es menos trágica, menos dolorosa la impresión que producen versos como éstos, por ejemplo :

Era un hombre de bien, del hombre amigo,
Quien un yermo infeliz pobló contigo,
Que, en medio á la aridez, así pareces
Cual la virtud sagrada
De un mundo de maldades rodeada.
Ah ! rosa es la virtud, y bien cual rosa
Donde quiera es hermosa,
Espinas la rodean donde quiera,
Y vive un solo instante,
Como tú vivirás. Ay ! tus hermanas
Fueron rosas también, también galanas
Las pintó ese arroyuelo, cual retrata
En ti de tu familia la postrera.
Del tiempo fugitivo imagen triste
Él corre, correrá, y en su carrera
Te buscará mañana con la aurora,
Y no te encontrará, que ya esparcidas
Tus mustias hojas, sin honor caídas
Sobre la tierra dura,
El fin le cantarán de tu hermosura.

La *Escuela del Sepulcro*, más extensa, es una epístola filosófica de cerca de trescientos versos endecasílabos libres, escrita para consolar por medio de las enseñanzas de la muerte á una señora con motivo del fallecimiento de una amiga. No

tiene, es claro, no puede tener el suave encanto de la silva anterior. Es sobriamente fúnebre, manteniendo muy bien del principio al fin el tono grave y solemne que su argumento exige.

Acomete desde luego con atrevido y firme pincel vigorosa descripción de la escena de los funerales, reproduciendo la realidad con rasgos valientes, sin tener miedo al vocablo familiar, enérgico, cuando es preciso para completar el cuadro :

El bronco son que tus oídos hiere,
Es la trompeta de la muerte, el doble
De la campana, que terrible dice :
« Fué, fué tu amiga »...
Ahora mismo á su cadáver yerto,
En estrecho ataúd aprisionado,
Alumbrarán con dolorosa llama
Tristes antorchas, del color que ostentan
Las mustias hojas que al morir otoño
Del árbol paternal ya se despiden.
En torno de ella, y apartando el rostro
De su espantable palidez, sentados
Compañía la harán los que otro tiempo,
Tal vez colgados de su voz, pendientes
De un giro de sus ojos, estudiaban
Su voluntad para servirla humildes.
Esta será ¡ ay dolor ! la vez postrera
Que la visiten los mortales, ésta
Su tertulia final y último obsequio
Que el mundo la ha de hacer. Sí, que estos cantos
Con que del templo la anchurosa mole
Temblando toda en rededor retumba,
Su despedida son, son sus adioses,
El largo adiós final.

El recuerdo de algún cuadro fúnebre, de Zurbarán ó de Goya, viene á la memoria al leer este trozo. Es arte genuinamente español, realista, sombrío, como en tantos de sus artistas, en literatura lo mismo que en pintura ó escultura.

La crítica de Hermosilla se ceba en estos versos, y en toda la composición, con bien inútil crueldad; reprobando el *fué* del principio, que es tan latino, y tan feliz y frecuentemente usado en italiano; horrorizándose ante vocablos como *visiten* y *tertulia* por demasiado familiares; y formulando otros reparos baladíes (1).

Este otro largo y bien sostenido símil es hermoso también :

Como en airada mar la frágil nave,
Luchando entre borrascas horrorosas,
Corre perdida sin timón ni velas,
Y en pos el huracán desenfrenado
La va acosando en bárbaros embates,
Y ora á las nubes las bramantes olas
La arrojan, y ora con terrible estruendo
La despeñan, rompiéndose, al abismo,
Y ya anegada con salobre muerte
Llora su perdición, y ya un fracaso
Mira seguro en la enriscada costa
Donde á estrellarse va : tal es el hombre
Por el mar de la vida navegando.

Aquí Hermosilla se contenta con dos reparos :

---

(1) Hermosilla, *Juicio crítico...* (ut supra). Tomo segundo, París (Salvá) págs. 252 y 253.

el adjetivo *salobre* y el verso *estrellarse*, probablemente los dos vocablos que un modernista encontraría más exactos y oportunos.

Casi todas las observaciones de Hermosilla son de la misma especie que las apuntadas, palabras sueltas, minucias; como si de tal manera fuese posible derrumbar la obra de poeta tan sincero, tan serio y de tanto estro como Cienfuegos! Y lo cierto es que no tiene razón con demasiada frecuencia, aun colocándonos ahora en su mismo punto de vista. ¿Por qué ha de ser tan malo traducir el principio de la segunda de las *Odas Anacreónticas* de este modo:

Armó natura al toro
Con la enastada frente?

¿Por qué adjetivos tan bien traídos del verbo original como *oreante*, como *querellante* y muchos otros de la misma calidad, no han ser lícitos aunque no estén en el diccionario, cada vez que el escritor los juzgue necesarios en su frase? ¿Por qué no ha de escribir *umbrosos frescores*, aunque antes no lo haya dicho nadie?

Otras veces, es verdad, fué Cienfuegos demasiado lejos por esa senda, é inventó palabras que no parecen indispensables, como abusó con frecuencia excesiva de diminutivos y repeticiones verbales. En esto último se le asemeja García y Tassara, lírico del siglo XIX, rotundo y como su predecesor

lleno de fuerza y osadía en la dicción; como él también, á veces obscuro y muy propenso á filosofar en odas y elegías, aunque la filosofía de Tassara no sea precisamente de la misma especie.

Mas no es necesario ir á buscar tan lejos un continuador de Cienfuegos. Lo fué verdaderamente con mutuo asentimiento el ilustre D. Manuel José Quintana. Puso éste al frente del tomo de sus poesías publicado en 1813, edición que contiene todo aquello en que se funda su gran renombre de poeta lírico, una extensa dedicatoria á Cienfuegos, de la cual son de recordarse ahoıa las siguientes líneas, por la curiosa figura retórica con que empiezan, y por el vivo aprecio que tan generosamente ostentan por el amigo y el maestro, muerto ya cuatro años antes :

« El dedo de Madrid me señalaba en otro tiempo como amigo, como discípulo, como compañero tuyo. La afición á unos mismos estudios y la profesión de unos mismos principios hacían este honor á mi nombre, bien que ni por la variedad y excelencia de mis talentos, ni por la belleza y perfección de mis escritos, deba jamás ir á la par con el tuyo. »

La posteridad no se ha dejado engañar por la modestia de Quintana. Cienfuegos como poeta lírico vale menos que su discípulo; mas quien produjo versos como los que se acaban de citar, compañeros de otros muchos igualmente brillantes y sonoros que se encuentran en sus otras composi-

ciones, debe siempre tener puesto seguro en el Parnaso español de su época.

IV

Pero, si inferior en la lírica, vence indudablemente Cienfuegos á su amigo y discípulo en la dramática, y las cuatro tragedias que de él poseemos, sobre todo las dos cuya escena pasa en España, valen mucho más que *El duque de Viseo* y el *Pelayo*, de Quintana.

El *Idomeneo*, primera de las cuatro en el orden cronológico, no es en realidad más que un ensayo. No poseía aun el poeta enteramente el estilo y la dicción que el género trágico requiere, aunque el argumento, grande y hermoso á pesar de la desigualdad de pulso con que está desenvuelto, por partes conmueve é interesa, y al finalizar recuerda algo, aunque vagamente, el solemne y melancólico desenlace del *Edipo Rey*, de Sófocles.

La *Zoraida*, es la segunda y la mejor de todas. Creo que con la sola excepción de la *Raquel*, de Huerta, no se escribió en España en todo el siglo XVIII otra tragedia que se le acerque, y la composición de Huerta, aunque más vigorosa, más

viril por decirlo así, y en suma realzada, á pesar de la hinchazón del estilo, por magnífica versificación, ni atrae, ni seduce tanto como la de Cienfuegos. Huerta escogió con habilidad un episodio poético, interesante, los supuestos amores de Alfonso, el de las Navas de Tolosa, con la Judía de Toledo, suceso ya tratado antes en algún romance, en un poema de setenta octavas reales compuesto por D. Luis de Ulloa y en varias piezas dramáticas, siendo de éstas la más conocida la *Comedia famosa titulada* LA JUDÍA DE TOLEDO *de Don Juan Bautista Diamante.* De esta comedia, así como del poema de Ulloa, supo valerse con mucho tino Huerta; y ya respecto del segundo lo indicó Martínez de la Rosa en los *Apéndices* á su *Poética.*

No dispuso Cienfuegos de tanta riqueza previamente acumulada al crear su tragedia. El argumento no tiene tantas pretensiones, es un suceso casi privado, un drama de amor en la corte del rey moro Boabdil; pero cuenta entre otras ventajas la de caber más verosímil y cómodamente que la *Raquel* dentro de los límites estrictos de las unidades clásicas en su tres jornadas : así las llama Huerta; Cienfuegos más á la moderna les da el nombre de actos.

El título es exacto y adecuado. Zoraida es protagonista y es el alma de la pieza, la llena toda con su amor ardiente y leal y con su triste suerte. Esposa prometida del guerrero Abenamet, aguarda

ansiosa la vuelta de su amante que ha salido á librar batalla contra el ejército de los reyes de Castilla y Aragón, los Reyes Católicos; ha salido por orden expresa de su soberano, Boabdil, con el siniestro fin por éste preparado de que fuese vencido y de que en la batalla se perdiese el estandarte real que le ha confiado, el « terrible estandarte sarraceno », por cuya pérdida impone la ley sentencia de muerte al militar responsable de la derrota. Boabdil, el insensato y avieso, que último de su raza tan menguadamente reinó en la vega y las sierras de Granada, ama á Zoraida, que es mujer de la más noble alcurnia, dama en su corte y en su palacio, y de ella espera obtener la mano y el amor por medio de sus intrigas y su perfidia. Aparece desde luego todo esto, rápidamente presentado y condensado, en una exposición digna del mayor encomio por su claridad y brevedad.

La tragedia en sustancia cuenta cinco personajes principales nada más, que además de los tres ya mencionados son : Hacen, que había abdicado antes la corona en favor de Boabdil, su hijo, y Almanzor, jefe de los Abencerrajes, de la tribu opuesta al rey, y amigo fiel de Abenamet, á cuya defensa animosamente se consagra, y á quien el poeta reserva para producir el desenlace de la tragedia. Fuera de estos cinco personajes hay sólo dos confidentes, indispensables siempre en obras trágicas á la antigua ó, mejor dicho, á la francesa de los siglos XVII y XVIII; figuras útiles que traen al

menos el beneficio de evitar el abuso de los monólogos, que tan á menudo cometieron Víctor Hugo y los románticos, Manzoni lo mismo que el Duque de Rivas, por ejemplo.

Abenamet es condenado á muerte, la ejecución de la sentencia depende sólo de la voluntad del rey, y Boabdil descubre ante la infeliz Zoraida el fondo horrible de su alma y de su premeditada falsía ofreciendo á la desventurada mujer, loca de dolor cambiar en destierro la pena capital impuesta, con tal que acepte ella la mano de esposo que le tiende. Ella rechaza con indignación la odiosa disyuntiva; pero dominada verosímilmente por el miedo que le inspira el carácter del tirano, á quien cree muy bien conocer, responde de este modo :

¡ Pudiese hacerlo ! pero aquesta mano
La dió mi corazón desde la cuna,...
Y es el único bien de un desdichado.
Desde Granada hasta el fecundo Nilo
Te guardan cien imperios africanos,
Cien princesas hermosas y opulentas,
Que de tu imperio el ámbito ensanchando
Te harán feliz con su feliz cariño.
Yo no he nacido para honor tan alto ;
Yo no puedo, señor. Deja que errante
Del triste Abenamet siga los pasos
Á los desiertos de la ardiente Libia...

Boabdil insiste, amenaza, da y vuelve á dar á su confidente Alatar la orden de hacer matar inmediatamente el prisionero : escena violenta, dema-

siado penosa sin duda, en que el carácter del rey frisa y aun va más allá de los lindes que la odiosidad y la repugnancia no debieran acaso traspasar en tragedia tan literaria, tan ajustada á las reglas del arte clásico, como ésta lo es.

Zoraida es mujer, mujer débil, apasionada, que ama cuanto es posible amar, á quien la suerte y la vida de su amado importan más que su propia felicidad; sucumbe, y al oir la orden que reitera Boabdil de ejecutar la sentencia, exclama simple-Dente : « *Seré tu esposa.* » El rey, asombrado de su triunfo, permanece incierto, y pregunta : « *¿Qué dijiste?* ». Ella responde :

Iré contigo : juraré en las aras
La obligación de amar á mi tirano.

En el acto siguiente, y último, Abenamet, libre de la prisión, acude en busca de Zoraida al jardín de la Alhambra donde pasa la escena toda de la tragedia. Su amigo Almanzor, para disuadirlo de tal propósito, le revela que ya han tenido lugar las bodas de Zoraida y de Boabdil, y huye de allí desesperado ante noticia de traición tan grande cuyos motivos en su abrumadora angustia no trata de penetrar. Almanzor ignoraba aún la verdad de lo ocurido.

El rey completa la serie de sus maldades haciendo llegar á Abenamet en su marcha al destierro por medio de un esclavo, falso mensaje de que

Zoraida lo llama, contando el monarca de ese modo sorprenderlo y hacerlo matar, único desenlace capaz de aplacar sus celos y su envidia.

Abenamet, que hasta el último instante duda de la lealtad de Zoraida, al creerse llamado por ella, al hallarse pronto enfrente de Boabdil y en poder de sus sicarios, prefiere herirse él mismo, antes que morir á manos de un verdugo. En su agonía brinda á la infeliz mujer el arma que lo liberta, diciéndole estas palabras que un poco recuerdan el *Non dolet* de la heroína romana :

Si amas, Zoraida,
Este acero es hermoso, toma y prueba.

Sintiéndose morir, desprendido ya de Zoraida y del amor y de su propio infortunio, acongoja á Abenamet únicamente la suerte de la patria en poder de tirano tan alevoso; presiente, anuncia el próximo, el irremediable desastre :

Caerá Granada, y Boabdil perdido
Sin trono, sin amor, sin inocencia,
Al carro triunfador del castellano
Atado irá, y en medio de su afrenta...
Allí mi sangre dejará vengada.
¡ Oh patria mía ! ¡ que mi muerte sea
El último delito que te infame !
Adiós, Rey de Granada, vive y tiembla.

Zoraida recibe el puñal ensangrentado de manos de Abenamet, se hiere inmediatamente con él,

y muere diciendo : *Abenamet me llama*, no sin pronunciar antes algunos versos más, que nada agregan al interés de la catástrofe é inúltimente la alargan.

Pudiera la tragedia concluir ahí y hubiera sido lo mejor; mas por supuesta necesidad de una lección moral, conforme á los sentimientos convencionales y justicieros de las letras en esos días, hay una escena más, que nada tampoco tiene de histórica, en que Almanzor, al frente de los Abencerrajes y de gente del pueblo, acude á exigir el castigo de Boabdil. Su padre Hacen se encarga de ordenarlo, reasume el poder, depone al hijo y manda que para siempre quede encerrado en la misma torre donde lo estuvo Abenamet,

y pues estuvo en ella
tu injusticia, que encierre tu escarmiento,
y pueda serte de virtud escuela.

De muy parecida manera concluye también la *Raquel* de Huerta :

Escarmiente en su ejemplo la soberbia :
pues cuando el cielo quiere castigarla
no hay fueros, no hay poder que la defiendan.

Las dos tragedias, *Raquel* y *Zoraida*, son, ya lo indiqué, probablemente las mejores que en España se escribieron desde que al estrenarse el siglo XVII « se alzó Lope de Vega con la monarquía

cómica», según la frase célebre de Cervantes, é impuso sus ideas y sus nuevas fórmulas dramáticas. Preciso sería llegar hasta bien entrado el siglo XIX, hasta Gertrudis Gómez de Avellaneda ó Hartzenbusch ó Ventura de la Vega, para encontrarnos con otras que les saquen ventaja; y éstas por de contado no se sometieron tan completamente á unidades y reglas clásicas, como lo están las de Huerta y de Cienfuegos.

Ambas son, no hay que disimularlo, obras imperfectas; demasiado francesas de aspecto, á pesar de los asonantes; con fuerte olor y sabor exóticos, no obstante lo español del argumento. Huerta es por otra parte de los dos el más artista; Cienfuegos con todas las palabras nuevas de que se vale, dispone de vocabulario poco rico, se repite con demasiada frecuencia, y nótase siempre en su estilo y en su dicción algo seco, duro, afectado ó de mal gusto, que tristemente desluce y afea trozos en que abundan versos muy bien forjados y magníficos pensamientos.

Recuérdese, *exempli causa*, este pedazo de la descripción de la derrota de Jaén, que hace Almanzor en la exposición de la tragedia:

Yo le vi, yo le vi cuando acosado
Por todas partes del cristiano esfuerzo
Pugnaba por romper con fuerte lanza
Cuádruples muros de acerado hierro.
Cubierto en polvo, de sudor bañado,
Tinto en la sangre que sus rotos miembros

Brotaban sin cesar, rompe, destroza
Cuanto resiste á su mortal encuentro
Hasta arrancar de la española garra
Sus encerrados moros, que sangrientos
Por montes de cadáveres se salvan.
Granada se admiró en aquel momento
De cobrar sus perdidos defensores,
Y alzó gozosa el abatido cuello.
Si su estandarte se perdió ¿qué importa?
Sus hijos recobró, y es lo primero.
¡ Boabdil, Boabdil ! Los invencibles,
Los héroes de la patria allí cayeron...

Imposible parece que el mismo autor de estos versos, tan briosos, de tan valiente entonación, sea el mismo que en una de las más patéticas escenas de su tragedia, cuando Abenamet, engañado por las apariencias, duda del amor de Zoraida y la increpa, responda ella con líneas tan desmayadas y prosaicas como estas otras :

Hombre de crüeldad ¿así atormentas
A quien se hizo infeliz por tu cariño?
Sabe, cruel, y luego me condena,
Que fué mi mano de tu vida el precio.
Intenté resistir, mas tu cabeza
Iba á caer sobre el cadalso infame.

IV

A juicio de Cienfuegos no era *Zoraida* su mejor tragedia, reservaba ese puesto á otra, *La Condesa de Castilla*, y en la dedicatoria que puso al frente dijo explícitamente : « la miro como la primera de mis composiciones». De ningún modo es posible convenir con él en semejante parecer.

Esta tragedia, desde antes de nacer, llevaba consigo el vicio incurable de su origen, de su argumento : la leyenda más ó menos histórica, que de algún cantar de gesta pasó á la *Crónica General* y de ésta á un romance de Sepúlveda; conforme á ella la viuda de García Fernández, segundo Conde de Castilla, perdidamente prendada de un enemigo, de un musulmán, « cobdiciando casar,» se confabula con él y entre los dos conciertan la muerte del conde Sancho García, hijo de la Condesa. Por delación de una camarera, de una *cobijera*, dice la Crónica, sabe la presunta víctima lo que contra él se trama y que debe su madre mezclar veneno con el vino en la mesa; pero no lo bebe, y al contrario fuerza á la madre á apurar la copa emponzoñada que para él estaba preparada. Surge, pues, desde

luego como irreducible dificultad el crear con esos elementos una situación trágica aceptable, capaz de interesar y conmover al lector ó al espectador. Lo mismo que en la leyenda caballeresca del Conde Alarcos, la cual tantos poetas han trasladado á la escena desde Lope de Vega hasta el hannoveriano Federico Schlegel y el cubano José Jacinto Milanés, el desenlace impuesto por la tradición es también irremediablemente horroroso en este episodio de la historia de los Condes de Castilla. Más aun lo ha de ser y parecer, pues se considera como suceso histórico real, y carece de la brillante aureola de poesía patética que acompaña al largo y admirable romance del *Conde Alarcos y de la Infanta Solisa.*

Bien pudo de antemano darse cuenta Cienfuegos de las dificultades de la empresa que acometía, pues algunos años antes el Coronel Cadalso, uno de los literatos más distinguidos de la época de Carlos III, había compuesto una tragedia titulada *Don Sancho García Conde de Castilla,* impresa y representada en 1717; y fué dado así á Cienfuegos observar cuán miserablemente los escollos naturales del argumento hicieron naufragar en ése, su ensayo primero y único (1) en el género dramático, al autor de los *Noches Lúgubres.* En esta tragedia,

(1) Escribió otra tragedia, *Numancia,* que menciona y celebra Signorelli en su *Storia Critica dei Teatri:* mas permaneció inédita, tanto que no llegó á verla el diligente marqués de Valmar, como lo dice en su *Historia crítica de la Poesía Castellana en el siglo XVIII* (tomo II, pág. 436) de donde esta cita mía procede.

Almanzor, el moro que seduce á la Condesa y la empuja al crimen, es un personaje en extremo odioso, movido juntamente por la ambición, por cálculo y por maldad; y la impresión que la catástrofe produce en el espectador es únicamente de horror é indignación, sin atenuación ni compensación alguna.

Al encuentro de estos inconvenientes, por no caer en los mismos errores, alteró Cienfuegos fundamentalmente el argumento, sin respetar demasiado la tradición histórica. En su tragedia el principal personaje no es el Conde Don Sancho sino Almanzor, el famoso guerrero, primer ministro, regente del Califato, el cual antes de comenzar la acción ha estado en Burgos disfrazado de cristiano, acompañando la devolución del cuerpo del Conde Garcí-Fernández, á quien él mismo ha vencido y matado en un combate, y que se ha enamorado perdidamente de la Condesa viuda; también ésta de él, por supuesto sin sospechar siquiera á quien amaba bajo ese disfraz de noble castellano. Es, pues, un drama de amor, de grandes y exaltados amores, de consecuencias trágicas terribles, lo que Cienfuegos quiso componer, atribuyendo nombres históricos á sus personajes, llenos sin embargo de sentimientos y preocupaciones, no el siglo de la Edad Media en que pasa la escena, sino del muy moderno XVIII.

La Condesa, que tan locamente se deja caer en los brazos de un desconocido á despecho de su edad

y de su alta posición social, es una mujer histérica, sensible en extremo, que se define ella misma de esta manera, hablando con su hijo, después que ha descubierto éste su pasión :

Yo ignoro
Lo que dice mi voz; ni sé qué siento,
Ni en el mar de pasión en que se anega
Á mi angustiado corazón entiendo.
Yo me abraso en amor, yo te amo, Sancho,
Sin medida ni fin, amo á mis deudos.
Á mis amigos, á mi esposo, á todos.
Á todo cuanto encierra el universo,
Hasta á las piedras insensibles amo,
Y solo en tanto amor yo me aborrezco.
¡ Ay ! plegue, Sancho, por tu paz y dicha,
Plegue, hijo mío, al compasivo cielo
Que no llores jamás como tu madre
De un alma tan sensible el don funesto.
. . . .
Hartos dolores en castigo pruebo !
Y dolores sin fin ! y no te bastan !...
No es hijo mío quien ingrato guarda
A mi ternura tan funesto premio.
Cuando rebelde guerrear osaste
Contra tu padre por robarle el cetro,
Recuérdalo, caíste desvalido
Entre sus manos vencedoras preso.
En el furor de su implacable saña
Sólo restaba á tu vivir el tiempo
Que durase tu marcha hasta el cadalso.
Te amé, y viviste.

En estos hermosos versos que tan bien expresan la angustia, la desolación de la mujer que se oye

acusar y no puede defenderse, hay un acento de emoción sincera inequivocable. Me recuerdan involuntariamente, sin buscar yo de propósito ni forzar el paralelo, algunos de los versos que pone Schiller en boca de Wallenstein rogando á Max Piccolómini que no lo abandone.

El desenlace de la tragedia de Cienfuegos no es tan horrible como en la de Cadalso. La Condesa muere únicamente; ella misma, arrepentida de lo que intentaba, de lo que estaba á punto de realizar, bebe el veneno preparado para su hijo, y antes de expirar tiene la satisfacción de ver reconciliados al Conde y á Almanzor, al hijo y al amante : terminación que sorprende y desconcierta, débil é inverosímil, por cualquiera de sus aspectos que se considere.

Más de cuarenta años después se estrenó en Madrid por actores excelentes, Carlos Latorre y Bárbara Lamadrid, que han dejado recuerdos no borrados todavía, y con grande éxito por consiguiente, el *Sancho García* de D. José Zorrilla. El autor califica su obra de « composición trágica », por capricho, sin duda, pues es bien romántica, con variedad de metros, cambios de escena y gran despilfarro de improvisador que no sabe ó no quiere releerse. Respeta bastante el relato de las crónicas, pero construye un desenlace, diferente en un todo del de éstas y también del de las dos tragedias anteriores.

En esta última versión romántica quien muere

al acabar, quien bebe la copa envenenada destinada para el Conde, no es la madre, es el moro, Hissem-Alhamar por nombre, enviado de Almanzor, gran odiador de los castellanos, que seduce á la Condesa sólo por espíritu de venganza en interés de sus correligionarios. La Condesa queda ahora impune; aunque si el crimen no se ha cometido no es por arrepentimiento suyo. Pero deberá ella pasar todo el resto de sus días encerrada en un convento, « do el funeral le rezarán en vida, » para que la crean muerta todos, mientras el Conde por su parte cuenta con que la posteridad, en vista de los triunfos y la gloria que espera alcanzar peleando contra los árabes, dudará de la justicia del fallo de la historia que lo condene, y dirá :

« Con tan gran corazón ser no podía
Un malvado tan vil Sancho García. »

Desenlace arrogante, zorrillesco, pero nada más que ingenioso. No embellece, antes bien apaga un tanto el lustre poético que conserva la tradición.

Zorrilla, es verdad, vence á todos en riqueza y brillantez de versificación. La lengua y la prosodia de los Huertas, Cadalsos y Cienfuegos parece bien pobre y pálida, al lado de los esplendores de ese poeta, desde muy temprano enamorado del colorido y los arreboles del Oriente musulmán. Pero es innegable que en esas aficiones llegó Zorrilla demasiado lejos, y ya en este mismo *Sancho Gar-*

cia hay escenas escritas en estilo frenético oriental. Así lo está toda la grande entrevista final entre el Conde de Castilla y el moro embajador, llena de trozos como éste :

Grajos viles que espanta mi bandera
Son los reyes de Córdoba y Sevilla :
Y yo haré con sus reinos una hoguera
A cuya luz, delante de Castilla,
Irán como espantados jabalíes
Al salvaje compás de sus *lelíes* (1)

Es una escena compuesta, del principio al fin, de gritos, de rugidos, de alaridos de cólera furiosa. Junto á ese ritmo violento y esos vocablo retumbantes, cuán firmes y sobrios y seguros no han de parecer estos versos de Cienfuegos en la exposición de su tragedia :

La guerra por Castilla declarada
Sabes que vine, que vencí, que el Conde
Herido y preso en la primer jornada
Murió, que treguas conseguí, y queriendo
Hacer la paz, para mejor lograrla,
El cadáver envío de García
Con regia pompa á su doliente alcázar,
Y le conduje yo...
Marcho, llego, los restos de su esposo
A la Condesa entrego, se desmaya,
Y yo no sé lo que en aquel instante
Pasó en mi corazón : sé que mi espada

(1) Ésta debe ser contracción, por Zorrilla mismo hecha, para suprimir una sílaba, de la palabra *lelilí*, que el diccionario de la Academia define : « grita ó vocerío de los moros cuando entran en combate. »

Me horrorizó, y mi diestra; y con mi gloria
Yo por aquel cadáver me trocara.
Ya en un silencio estúpido yacía
La triste, y yo también; ya suspiraba
Y con los suyos mis suspiros iban;
Ya á su esposo en el féretro abrazada
Sus labios á los suyos aplicando
Parece que partir con él el alma
Quería, y yo envidioso allá en secreto:
Vive y perezca yo, triste exclamaba.
Ora furiosa los atroces ojos
Inflamados en rayos de venganza
Maldiciones terribles y horrorosas
Contra el impío matador lanzaba,
Y yo también con ella maldecía.
Hermosa en el dolor, bella en la saña,
¿Qué pude hacer? la amé...

La otra tragedia de Cienfuegos, mencionada antes, *Pítaco*, está escrita mucho mejor que el *Idomeneo*, pero es fría y despierta su lectura muy escaso interés. Safo es uno de los personajes, la única mujer de la pieza; y aparece también Faón, pálida é insignificante figura, en suma antipática más bien. Safo, cerca ya de acabarse la tragedia, víctima de su amor, anuncia el viaje fabuloso á Léucada y el salto del promontorio y la muerte futura; pero nada hay que nos recuerde la extraordinaria admiración que entre los griegos obtuvo por sus versos la celebérrima poetisa.

La literatura castellana del siglo XVIII puede ser comparada, sin intención de denigrarla demasiado, á un campo reducido, árido, poco habitado; y en

él, mirado ahora desde la distancia á que nos encontramos, solamente unos cuantos árboles frondosos y florecidos interrumpen y disimulan la general esterilidad. Cienfuegos es como uno de éstos, si se me permite completar el símil; y nunca será posible estudiar cumplidamente la flora literaria de esa época sin detener algún tiempo y fijar la atención ante la vida y las obras de tan distinguido escritor.

VÍCTOR HUGO

I

Su Muerte

Víctor Hugo murió el viernes veintidós de Mayo de 1885 á la una y media de la tarde. La súbita, la inesperada noticia de su enfermedad circuló por primera vez cuatro días antes, el lunes de la misma semana, al salir en unas líneas del *Rappel*, diario en todo lo que á él se refería bien informado, como dirigido por amigos suyos íntimos y por admiradores. Decíase en ellas que el mal crónico en el corazón de que sufría se había repentinamente agravado y extendido á los órganos de la respiración. Este anuncio á todos consternó al recordar desde luego la avanzada edad del gran poeta, sus ochenta y tres años ya cumplidos. Comenzaba en efecto en aquel momento la larga agonía, que duró por tanto cerca de cinco días, y resultó menos terrible de lo que podía temerse en hombre de constitution tan vigorosa como la suya, gracias á continuas

inyecciones subcutáneas de morfina, el gran recurso que alivia los dolores y angustias del trance final.

Los funerales fueron magníficos, de una pompa extraordinaria Todos como á porfía se empeñaron en acumular honores sobre ese acto hasta convertirlo en verdadera apoteosis, y marcar bien ante el mundo que había fallecido uno de los hijos más ilustres de cuantos en Francia nacieron y brillaron durante el siglo XIX.

El cadáver fué tendido en alto y suntuoso catafalco bajo la bóveda central del Arco de Triunfo gigantesco de la plaza de la Estrella, juzgando el gobierno no impropio colocar bajo ese monumento, erigido á la gloria de los ejércitos, al poeta que con tanto exaltación había cantado las glorias militares de la nación .De allí fué conducido en la mañana del día primero de Junio, entre una procesión de doscientas mil personas, á otro gran monumento arquitectónico que se eleva en extremo opuesto de la ciudad , convertido para recibir sus despojos en asilo final de los grandes hombres, devolviéndosele su primitivo nombre de Panteón.

Todo fué vistoso, espléndido, magnífico. Los cuerpos oficiales del Estado con sus grandes uniformes, representantes de naciones extranjeras con sus cruces y sus insignias, las tropas de gala, grupos numerosos escoltando en orden simétrico una serie incontable de coronas enormes de flores hermosísimas. Y para que el espectáculo fuera com-

pleto, característico, Víctor Hugo mismo, que sin duda preveía estas grandiosas exequias, había dispuesto en su testamento que fuese su cadáver conducido en el carro de los pobres. De esa manera marchaba modestamente, en medio de tanto lujo, al compás de la patética marcha fúnebre de la sonata de Chopín, seguido de multitud de suntuosos carruajes revestidos de terciopelo negro y paramentos de plata, un mezquino carro tirado por dos caballos apenas enjaezados, en el cual iba el cadáver del héroe, del personaje principal de aquella soberbia ceremonia fúnebre. El dramático contraste, aunque buscado y previsto, causaba impresión profunda, y era además como antítesis suprema que apropiadamente coronaba la vida del escritor famoso, que con más frecuencia y más sorprendentes resultados había hasta abusado de la antítesis como recurso literario.

Quiso la casualidad que me encontrara yo ahora viviendo en la circunferencia de la plaza misma en cuyo centro estuvo el cadáver expuesto y custodiado de día y de noche, y he podido sin apartarme de mis ventanas ser testigo de la parte principal de las exequias, contemplar durante veinticuatro horas al pueblo de París desfilando ante el catafalco, formarse y marchar el cortejo que lo acompañó á su mansión definitiva. Esta coincidencia, insignificante en cualquier otro caso, tenía que ser para mí especialmente interesante. Yo he sido toda mi vida ferviente admirador del gran

poeta, desde los albores de mi juventud sabía de memoria páginas y páginas de sus obras en verso y — si es lícito mezclar lo muy grande con lo muy pequeño — recuerdo que de Víctor Hugo trataba el primer escrito en que vi mi firma impresa al pie, hace muchos años, siendo estudiante, en una Revista dirigida y publicada por estudiantes, en la Habana, con el título de *Brisas de Cuba*; y siempre, siempre había seguido con interés vivísimo y respetuoso la curva inmensa que al astro quedaba aun por recorrer hasta llegar entre nubes cada vez más resplandecientes á la tarde de su final ocaso.

Basta todo esto quizás para explicar el extraordinario, casi fantástico interés que el grave espectáculo en mí producía, y fuertemente impresionado, días después no podía mirar hacia la ancha abertura principal del Arco de Triunfo sin involuntariamente recordar los versos de una canción popular y repetirlos así.

En el carro de los pobres
Ayer pasó por aquí.

Si Víctor Hugo hubiera fallecido á los cincuenta años de edad, á principios de 1852, habría siempre tras sí dejado la reputación de poeta eminente, digno por sus dramas de ir al lado de Corneille y Racine, en la lírica rival afortunado de Lamartine y de Musset, y en prosa escritor no inferior á Cha-

teaubriand, su inmediato precedesor. Pero después de 1852 el establecimiento del Imperio en Francia, su oposición irreconciliable al despotismo triunfante, el destierro á que él mismo inflexiblemente se condenó, las heridas profundas que en su orgullo y sus ideas políticas infirieron los aventureros afortunados que circundaban al nuevo Emperador, la conciencia de su derecho y de la rectitud de su conducta política junto con la cólera inapagable que lo embargó, rejuvenecieron, por decirlo así, después de medio siglo de vida, su antigua poderosa inspiración y crearon un poeta nuevo cuyas obras desde los *Châtiments* hasta *Los Cuatro Vientos del Espíritu* publicados en 1881, — son positivamente superiores á cuanto hasta aquella fecha había dado á luz. Confundiéronse desde esa época en adelante el hombre y el poeta en abrazo estrecho, y crecieron hasta un nivel á que nadie en Francia antes había alcanzado. Como en Juvenal, como en Dante, la indignación centuplicó la fuerza creadora, agrandó la vigorosa elocuencia de la expresión, y un torrente de composiciones admirables del más variado carácter brotó de su genio con impulso hasta entonces inusitado, con profundo acento de sinceridad, cual nunca antes se había oído quizás en su patria y en su lengua, presente ahora como la grande, la envidiable cualidad, el signo inequívoco de la verdadera, suprema poesía.

Los diez y ocho años que se mantuvo en pie el

imperio de Napoleón III transformaron á Víctor Hugo en una de las más ilustres figuras de la historia del siglo XIX en Francia, por su heroica constancia, su indomable energía y el eco retumbante de su inspirada palabra. Enfrente de ese emperador tan mimado al principio por la fortuna, aclamado por el país, respetado por el mundo, rodeado de una corte fastuosa que lo adulaba y ensalzaba, elevado por una serie de imprevistos accidentes á la cumbre más alta del poder, desde donde fulguraba como legítimo sucesor de un nuevo Carlomagno, ó como un Octavio Augusto heredero ahora de Julio César por segunda vez, — levantábase sobre una roca del mar de la Mancha, libre é indómito, el poeta ilustre, cuyos sonoros acentos, vibrantes y proféticos en un torbellino de sublimes imágenes, debían seguramente llegar hasta los oídos de remota posteridad, por cima del rumor de los hombres, el estrépito de las armas y la aparente prosperidad de ese imperio por último tan malhadado.

Poniendo aparte la vasta riqueza lírica de las *Contemplaciones*, y la poderosa variedad épica de sus *Leyendas de los Siglos*, así como también las dos epopeyas en prosa de *Los Miserables* y los *Trabajadores del Mar*, quedan formando por sí solas una masa compacta todas las composiciones en verso que produjo, espoleado por el hambre y sed de justicia retribuyente y vengadora contra el régimen napoleónico, masa que basta por sí sola á

mantener el nombre de su autor perpetuamente entre los grandes bardos de la tierra. Su inagotable vena lírica, llena siempre de melodía, de nuevos ritmos, de combinaciones inesperadas, evitó la monotonía del incesante impulso de cólera é indignación, que de otro modo hubiese podido ser defecto capital, y la vivaz inspiración persistió de manera que se la ve, se la siente brillar con el mismo ardor no solamente en los dos tomos ya nombrados en 1881, sino también en los inéditos que póstumamente aparecieron el año 1888, en la sección llamada «Cuerda de Bronce» de los tres volúmenes que sus albaceas intitularon *Toute la Lyre*.

Acude á mi memoria, no puedo al tocar este punto olvidar la breve composición con que empieza el *Libro Lírico* de los *Cuatro Vientos del Espíritu*, las seis misteriosas cuartetas octosílabas aconsonantadas que expresan sobria y poderosamente la alegoría de una escala fantástica « hecha de sombras y de mármol» que parte del abismo de los sepulcros y asciende hasta una puerta bajo cuyo resquicio pasa un resplandor. Detrás de esa puerta se celebra un banquete, hay gritos, aplausos, incienso, gloria, mujeres escotadas, una gran fiesta, en fin, en torno de un trono ensangrentado, y se oye la voz del poeta que anuncia la hora del castigo.

Quelqu'un qu'entourent les ombres
Montera mes marches sombres
Et quelqu'un les descendra.

La hora en efecto llegó. El monarca y su corte suspendieron el banquete y bajaron desde la cumbre del poder por la escala que los conducía á las obscuridades del destierro ó á las amarguras del remordimiento. El poeta volvió á su patria. Había estrictamente cumplido su juramento, sin vacilación ni debilidad durante diez y ocho años. La anunciada catástrofe se consumó y volvió el profeta con el alma despedazada á deplorar él mismo, amargamente, la triste confirmación de su profecía.

Entró en Francia cuando más encarnizadamente continuaba la guerra tremenda con Alemania. A pesar de las ocupaciones terribles que á la patria atormentaban, fué por ella recibido con grandes demostraciones de cariño y entusiasta veneración; pero no pudo ella, es claro, en tales circunstancias; tributarles honores excepcionales, que merecía por su constancia, su heroismo, sobre todo por el empleo que de su genio poético había hecho durante la dilatada ausencia; y él mismo en las estrofas memorables, en las líneas marmóreas inspiradas por su vuelta á Francia, declaró que únicamente, en pago suficiente de sus esfuerzos, pedía un sepulcro en el suelo patrio :

Pour prix de mon exil, tu m'accorderas, France,
Un tombeau !

Ese fúnebre tributo fué puntualmente pagado

el día de esos grandes funerales, y magüer la pompa inusitada, el inmenso concurso, la profusión de homenajes, no excedió todo ello á los merecimientos del poeta, del artista, el tribuno y el patriota.

La vida en París del antiguo proscrito fué en esos últimos quince años algo que casi equivalía á una constante aclamación popular, á un triunfo continuado. Dondequiera que iba, por doquiera que pasaba todos, casi todos, levantaban el sombrero á saludarle. En todas las categorías sociales, pobres ó ricos, extranjeros ó compatricios, mostraban muchos empeño igual de acatar su superioridad, de tributar homenaje á la majestad de sus años y su gloria. A despecho de los crueles dolores que repetidas desgracias privadas le trajeron, de las amarguras que los vaivenes é injusticias de las luchas políticas pudieron alguna vez acercar á sus labios, puede afirmarse que recogió en ese período el premio de sesenta años de trabajo incesante y de las más generosas aspiraciones.

No puso después de la proscripción los pies en la patria como un peregrino que vuelve necesitado, que extiende la mano implorando limosna, pues había antes al contrario, sabido crearse con los frutos de su talento literario una fortuna independiente, no tenía favores pecuniarios y siempre humillantes que recibir. Por más aplausos que le otorgaran, daba con sus obras y su ejemplo más de lo que recibía, y era sin disputa á la postre el acreedor, no el obligado. Así vivió este último pe-

roído como un magnate, como un príncipe intelectual, abriendo las puertas de su casa con patriarcal afabilidad, recibiendo con soberana cortesía á cuantos hemos deseado conocerle, ofreciendo á todos sin distinción de raza, de procedencia ó de fortuna, la más franca hospitalidad todas las noches en su salón. Y era esencialmente placer moral, emoción subyugante y deliciosa, estrechar la mano de ese robusto anciano, á quien parecía interesar la conversación á menudo insignificante de los que iban á visitarlo, á poder decir que lo habían visto; mientras él escuchaba con la expresión de bondadosa severidad que animaba su rostro, grave y dulce, que traía á la mente el recuerdo de aquel verso magnífico de Dante : *A guisa di leon quando si posa.*

Tal aparecía á los ojos del público la gran figura de Víctor Hugo al término de su larga carrera : personificación popular de la poesía más alta, del patriotismo, del amor de la humanidad entera, de los más nobles y elevados sentimientos, al mismo tiempo que despertaba la más profunda admiración no solamente entre poetas y prosistas de profesión, sino también entre cuantos amaban las letras sin más interés que el placer de sentir y admirar la expresión feliz de lo bello y lo grandioso.

La pasmosa riqueza de su vocabulario, la brillante corrección de su lenguaje, la habilidad y perfección de su técnica amplia y maravillosamente

flexible, la variedad casi infinita de sus ritmos, la fuerza y colorido de sus imágenes ascienden á grado tal, á supremacía tan indisputable, que universalmente se le considera por los poetas como consideran los músicos á Beethoven ó los escultores á Miguel Angel, como un portento, aunque por lo mismo, peligroso siempre al tratar de imitarlo.

En el corto y excelente estudio que en la semana misma de su muerte escribió y publicó en el *Diario de los Debates* M. Paul Bourget, se dice que creó Víctor Hugo una lengua nueva para la versificación, impuesta ya de tal manera en Francia que todo « crítico experto puede hoy muy bien en presencia de cualquier poema determinar en seguida si ha sido escrito antes ó después de la publicación de las *Orientales*. Su influencia causó realmente revolución profunda en la literatura francesa, mérito envidiable, gloria suprema de todo artista que de ese modo logra imprimir su huella.

Es verdad que en más de un caso ha anulado después la posteridad fallos de esta especie y destruído reputaciones de autores en vida muy celebrados. No son muy raros los ejemplos de escritores muy admirados por sus contemporáneos, y olvidados, desdeñados no mucho tiempo después de fallecidos, como sucedió en España á Góngora, poco antes en Francia á Du Bartas, y como en nuestros mismos días hemos visto acaecer con la reputación de Béranger y la popularidad de sus canciones.

Pero las reformas y el ejemplo de Hugo han resistido ya cerca de un siglo á la acción demoledora del tiempo, y hoy además los lauros literarios no se disciernen por el voto de un círculo limitado de admiradores, se obtienen por medio de libros que se imprimen por cientos de miles de ejemplares y pasan por manos de millones de lectores. La opinión de los extranjeros también es piedra de toque más segura. Ajenos á mil circunstancias personales de localidad, nos elevamos sin esfuerzo en nuestra desinteresada admiración más allá de consideraciones transitorias, y es á la larga capaz solamente de arrebatarnos lo que en los versos se encuentre de humano, de patético, de permanente. Toda obra poética francesa, aun de Lamartine, aun de Musset nos parece hoy un tanto pálida, un tanto descolorida, comparada con el impulso y la viril entonación de Víctor Hugo.

« Arquitecto mágico del verso » se le llama muy acertadamente en un « á propósito » dramático representado en el Teatro de la Comedia Francesa poco después de su muerte en loor de su memoria. La frase es exacta y apropiada. Los alejandrinos de Hugo, cincelados como en piedra, fundidos como en bronce, se acumulan robustamente y conservan todos sus rasgos individuales en el conjunto arquitectónico de que forman parte. Después de apreciar en multitud de sus composiciones verso por verso la oportunidad del consonante, la precisión del ritmo, que producen en el lector un encan-

to de música y de colores, la reflexión nos advierte al terminar que no hay en ellas ni una sentencia ni un epíteto escogido á la ventura, que todo está fuertemente meditado y ajustado, rigurosa y matemáticamente subordinado á un efecto general.

Ha sobresalido en todos los géneros de poesía. Desde la canción hasta la epopeya no hay quizás uno solo que no haya cultivado y en que no haya dejado algún ejemplo digno de nota. Ha empleado todos los movimientos, todas las combinaciones rítmicas, todas las formas de la estrofa lírica. Aquí ha acercado á sus labios el caramillo pastoril y murmurado idilios llenos de ternura y encantadora sencillez. Allí se ha sentado luego ante el órgano colosal y las cien voces del instrumento atronador se han prestado con igual docilidad á las más terríficas y brillantes armonías ó á melodiosos suspiros de penetrante melancolía.

Tarea tan ociosa como estéril sería compararlo minuciosamente con grandes poetas de otras épocas y otras literaturas. Víctor Hugo es Víctor Hugo, no necesita encomios exagerados, ni para ocultar las inevitables limitaciones de su fuerza creadora, ni para abultar sus dones eminentes. Ha concebido y expresado en prosa y verso franceses, materia que la carcoma del tiempo no consume, ideas, imágenes, formas inmortales, y su gloria no puede extinguirse.

II

El Centenario de su Nacimiento

Apenas expiró el gran poeta, apenas acabaron de desprenderse de sus escarpias las grandes colgaduras de luto que cubrían el Arco de Triunfo, punto de partida, y la fachada del Panteón, punto de llegada, de la larga procesión fúnebre que acompañó su cadáver, comenzó en el acto á sentirse en los círculos literarios de París la reacción de vituperio y denigración que fatalmente sigue á la desaparición final de los grandes hombres estrepitosamente celebrados, la desaparición sobre todo de los grandes artistas, de los grandes escritores. Ocurre más pronto esa reacción si el personaje, que cargado de años y de gloria sucumbe, ha ocupado, como Béranger, como Lamartine, como Víctor Hugo, por largo tiempo un gran lugar en el corazón de su país y logrado llevar su nombre y sus escritos hasta las capas más profundas de la población. Es un eclipse parcial de más ó menos duración, en que algunos han perdido lo más brillante de su gloria, como á Béranger ha sucedido; en que otros, como Lamartine ó como Chateaubriand, permanecen hasta reaparecer al fin muy decaídos de su antiguo esplendor.

Respecto de Hugo la reacción violenta y ruidosa se pronunció inmediatamente. Aunque en el mundo de las artes no marchan las cosas como en el mundo físico, amenazó desde el primer momento ser tan extensa y tan honda como había sido la acción favorable anterior, declarándose naturalmente en muy contrario sentido.

La crítica, la de los periódicos diarios en especial, á caza siempre de novedades y grandes sensaciones, se lanzó contra la reputación del difunto con ensañamiento tal que parecían algunos de esos papeles políticos buitres voraces precipitándose sobre un cadáver.

Edouard Rod, profesor en Ginebra y colaborador de varios periódicos en Francia, al incluir en un volumen de « Estudios sobre el siglo XIX » dado á luz en 1888, un artículo, bien endeble y muy hostil, escrito tres años antes, es decir, inmediatamente después de los funerales, juzgó prudente advertir, en nota al pie, que se apresuraba á reimprimirlo *pour prendre date*, en vista del marcado movimiento de reacción contra la reputación excesivamente favorable del poeta, reacción que, según él, « no puede menos de irse acentuando más y más ».

M. Jules Lemaître, periodista y crítico de calibre mayor, insistía mientras tanto en uno y otro folletín del *Journal des Débats* en hacer chacota de las supuestas ideas filosóficas de Víctor Hugo, en rebajar los quilates de la decantada finura de la

trama de su poesía, y exaltar en cambio á Lamartine más allá de las nubes. Todo ello con tanto empeño y tal despilfarro de ironía que acudieron pronto en tropel los que siempre habían sido, en virtud de sus opiniones políticas, contrarios del poeta, pidiéndole que no dejara de la mano tan simpática tarea y continuara sobre otros puntos más palpitantes. Pero Lemaître mismo comprendió que deseaban llevarlo demasiado lejos y advirtió que no le convenía asumir el cargo de *tombeur* de Hugo, es decir, del jaque de oficio que en las ferias pulares sube al tablado apostando luchar con el gigante y derribarlo.

Tras éstos, otros, que no importa enumerar.

Mas poco á poco fueron también surgiendo escritores serios y realmente filósofos como Rénouvier, jefe respetado de las doctrinas que hoy se enseñan en las Universidades de Francia, como Mabilleau, como Ernest Dupuy, quienes en volúmenes de crítica sólida, sin intenciones de polémica y también sin caer en el tono de apología ó panegírico, han ido poniendo la cuestión en su verdadero terreno y tratado, con la gravedad y mesura que estas materias demandan, lo que en Rod producía tanta excitación y lo que tanto aguijaba la *verve* de Lemaître.

Signos inequívocos anunciaban ya por rumbos diferentes que la reacción iba extinguiéndose, que todo por sí mismo volvía á su justo nivel, que la posteridad desapasionada comenzaba á juzgar

definitivamente, á estimar conforme al valor real, echando al olvido consideraciones personales, favorables ó adversas, así como prejuicios nacidos de luchas efímeras de partido político, á colocar en fin á Hugo en su legítimo puesto, entre los benefactores de sus semejantes, inmediatamente después de los grandes vates universales, los que cantaron y escribieron para todos los tiempos y países, Dante, Shakespeare, Gœthe, pero en la primera línea de toda la literatura francesa, la que nunca tuvo otro poeta de ese temple ni de esas proporciones.

Nuevas ediciones de sus obras aparecen y se despachan rápidamente, unas de gran lujo y alto precio, otras populares hasta de veinticinco céntimos de franco el tomo. Nada más concluyente y característico. Si un escritor que ha hablado siempre el lenguaje más elevado, que ha escrupulosamente respetado la sintaxis de su idioma, que se ha mantenido en las regiones más altas del pensamiento poético, logra realmente ser leído en el hogar de los pobres, no es posible quizás prestar con sus escritos servicio mayor á la causa de la educación. Si el pueblo francés lee verdaderamente, en las largas veladas del invierno, trozos de poesía tan superior como abundan en la *Leyenda de los Siglos*, ó se deleita en escenas de moral sublime como el poema en prosa *Los Miserables*, el servicio, lo repito, es inapreciable. No sé si positivamente es así, no tengo medios de averiguarlo; pero los editores lo

afirman y las ediciones por ellos costeadas como simple especulación mercantil, se ven de venta por todas partes y parecen colocarse fácilmente.

Desde los días de Planche, Nisard y Sainte-Beuve corre entre ciertos críticos como opinión indiscutible que es el teatro lo más débil de cuanto Hugo escribió, el fracaso principal de su carrera, « teatro que murió sin gloria en 1843» asesinado por los aplausos con que en ese año, año del estreno de los *Burgraves*, fué recibida la mediana tragedia de Ponsard titulada *Lucrecia*, como ha dicho el Sr. Menéndez y Pelayo. Es el caso sin embargo que desde la muerte del autor, en los años que van transcurridos, han estado *Hernani* y *Ruy Blas* sin cesar representándose en el Teatro Francés, que son ellas las piezas del repertorio clásico que atraen siempre mayor concurrencia y parecen interesar más á la *bourgeoisie* y al pueblo en los días de fiesta. Al celebrarse el centenario creyó la dirección de ese mismo teatro no poder contribuir mejor al éxito de la fiesta que poniendo en escena con suntuoso aparato y sus mejores artistas esos mismos *Burgraves*, recibidos ahora con respetuoso interés, á pesar de que su carácter más épico que dramático no puede atraer tanto como en los otros dramas.

La idea de celebrar con grande y estrepitosa solemnidad el cumplirse cien años del nacimiento del poeta, fué desde luego acogida con entusiasmo por el país, como si realmente correspondiera á sus

deseos más íntimos y vivos. El gobierno, las Academias, el municipio, todos los institutos de educación y sin número de otras sociedades, contribuyeron á porfía para imprimir bien el sello de fiesta nacional á esta glorificación de este poeta, que, mientras tuvo aliento para cantar en su larga vida pública de más de setenta años, no cesó de expresar en versos de una resonancia por nadie superada los sentimientos de la patria, partiendo con ella todas sus penas y alegrías y sólo abandonándola indignado cuando mostró ella consentir el atentado del mandatario perjuro que edificó sobre ruinas y cimentó con sangre un trono, al principio apoyado no más que en las bayonetas de sus soldados.

Esa oposición irreconciliable, feroz, al imperio de Napoleón Tercero fué naturalemente lo que menos se mencionó en el torbellino de loores y distirambos que por todas partes se oyó el 26 de Febrero de 1902. Fué sin duda el período heroico de su vida, la estela fulgurante por él impresa en su historia; pero era también entonces fuego que ardía cubierto aun por ceniza engañosa, y el bonapartismo vuelve como una moda en auge de tiempo en tiempo. No hay peligro empero de que se olvide ese largo episodio de su vida, y ahí estará siempre para recordarlo, en el monumento del centenario, que ocupa el centro de la plaza circular que parte en dos la avenida desde hace mucho tiempo bautizada con el nombre del poeta, — ahí está en bronce

representada la musa colosal de los *Châtiments*, sacudiendo el triple látigo de la sátira vengadora, lanzando por la boca, por los ojos, por el rostro todo contraído, la tremenda invectiva.

El monumento, obra de Luis Ernesto Barrias, escultor de gran mérito, autor del grupo muy admirado que con el título de *Primeros Funerales* representa á Eva y Adán conduciendo en brazos el cadáver de Abel, que se ha visto mucho tiempo al aire libre en el Jardín de las Tullerías, — es de hermoso efecto teatral, decorativo. No es de esas composiciones de primer orden que bastan para dar gran reputación á un artista, como el grupo de Carpeaux delante del teatro de la Opera ó el soberbio de Rude en el Arco de Triunfo de la Estrella; pero concebido en vista del lugar donde había de erigirse, un espacio redondo al que convergen varias avenidas, presenta por todos sus lados algo interesante y no es indigno del hombre cuya vida y cuya gloria pretende resumir y enaltecer.

Sobre un alto y vasto pedestal de mármol negro mosqueado de menudas pintas blancas, se eleva una base de bronce que semeja las olas agitadas del océano del cual surgen rocas de granito amontonadas. En la cumbre el poeta, apoyado contra la roca más alta, en actitud de profunda meditación; es Víctor Hugo en plena virilidad, no anciano con barba y cabellos blancos, erizados, cual lo conocí y muchas veces ir pasearse á pie ó en ómnibus, sino con rostro enteramente afeitado, vestido á la

moderna, el cuerpo detrás y á los lados en parte cubierto con un manto para atenuar el efecto prosaico del traje común. De las olas surgen más abajo cuatro grandes y hermosas mujeres, también de bronce, que personifican los Cuatro Vientos del Ingenio, como él dijo, esto es, la lírica, la dramática, la sátira y la epopeya. En cada uno de los cuatro frentes del pedestal hay un bajo relieve que alude á episodios diversos de la vida, la muerte ó las obras del poeta. Encima aparece, flotando sus tentáculos entre las olas, el pulpo gigante de *Los Trabajadores del Mar*, y á un lado trofeos ú objetos militares para recordar al cantor de las batallas y glorias de los años del primer imperio napoleónico.

En conjunto, lo repito, es obra de arte interesante, que atrae, que excita la atención é invita á contemplarla y estudiarla. Solamente encuentro que de lejos, á causa de lo obscuro del mármol y lo negro de los bronces, el efecto es confuso, el conjunto indefinido. La suscripción pública para erigirlo produjo poco más de cien mil francos, y no hay que olvidar como dato curioso que el héroe mismo aquí endiosado fué luego el mayor contribuyente, porque Meurice y Vacquerie, albaceas á quienes legó Hugo el producto de la venta de sus diversas obras póstumas, resolvieron aplicar esas sumas al coste total del monumento, que pasó de 250.000 francos.

El día fué declarado de asueto en las oficinas del estado y los institutos de educación. Otros cuerpos

hicieron lo mismo y hubo fiestas durante cuatro ó cinco días más, compuestas de lo habitual en tales ocasiones: banquetes, discursos, coros, bailes, funciones de teatro y lo demás. No hay que insistir en ello.

La ceremonia de París se verificó en la inmensa nave del Panteón, con bien marcado carácter de función oficial. Entre los discursos que en ella se leyeron se distingue el del biógrafo de Richelieu, M. Hanotaux, en nombre de la Academia de la Lengua. Es trabajo ingenioso, no exageradamente encomiástico. El de Meurice, pronunciado antes en la parte de la fiesta que tuvo lugar al aire libre en plaza Víctor Hugo, fué bello tributo de admiración por discípulo reverente.

Augusto Comte quiso, como es bien sabido fundar la religión de la humanidad, culto nobilísimo que todavía practican algunos grupos de discípulos repartidos en varias regiones de la tierra. En momentos como éstos Francia entera parece adherirse, siquiera un día, á la nueva iglesia del ilustre fundador del positivismo é inscribir entusiasmada un nuevo héroe, un nuevo santo en el calendario del culto de los grandes hombres y rendirle homenaje profundo y piadoso. Se adora también á sí mismo, es evidente, el pueblo francés glorificando al poeta. Es natural que así sea. Uno de los rasgos más salientes en la vida y obras de Víctor Hugo es personificar el carácter nacional y vestir las grandes virtudes y las grandes ilusiones de su patria con la púrpura brillante de su poesía.

III

Víctor Hugo y la crítica española reciente

Con ningún país (dejando á Francia aparte naturalmente) diríase que hay en la vida y las obras de Víctor Hugo tantos puntos de contacto como con España, y es en España sin embargo donde parece dominar aún esa reacción hostil contra sus escritos, y hasta contra su persona, que en la patria del poeta va visiblemente desvaneciéndose. Así se deduce, por ejemplo, de los interesantes artículos sobre literatura romántica francesa que en su habitual estilo, ameno y desenfadado, y su lenguaje expresivo ha publicado la condesa de Pardo Bazán en estos días de 1910 en una revista de Madrid. No es ciertamente mi propósito discutir ahora la crítica de la distinguida autora, ni mucho menos pretender refutarla, aunque no me sienta de acuerdo con las más de sus apreciaciones ; pero las respeto como expuestas por juez tan competente y autorizado, y es mi intento solamente referirme á dos ó tres particulares, que más conexión guardan después de todo con la biografía que con la crítica propiamente dicha.

Encuentra no poco vituperable la distinguida escritora que Víctor Hugo « sin derecho á ello » agregara á su nombre el título de Vizconde y que lo hiciese antes de recibir del rey Luis Felipe esa dignidad nobiliaria con el asiento en la Cámara de los Pares. Olvida quizás que el padre del poeta, el general José Leopoldo Sigisberto Hugo, era un conde auténtico, conde de Cifuentes (1) : título que le dió el hermano del Emperador Napoleón, el José I, que durante unos cinco años tempestuosos llevó la diadema y ejerció más menos contrastadamente el cargo de Rey de España.

Bastante generalizada está en Francia la costumbre, no sé si en España sucede lo mismo, de usar los hijos segundos de los condes el título de vizconde. Creyéronse sin duda Víctor Hugo y su esposa, esta última sobre todo, con derecho de llevarlo, pues el padre murio en 1828, sucedióle en el condado su hijo mayor, Abel, y el segundo hijo, Eugenio, á quien por tanto correspondía el vizcondado, si tal correspondencia existía, murió en un asilo, privado de razón, el año de 1837. (2) Como

(1) Así se lee el título en el *Gran Diccionario de Larousse*; pero Edmond Biré, autor de una biografía de Víctor Hugo en cuatro volúmenes, que con apariencias de escrupulosidad y exactitud es de lo más cruel é injustamente apasionado que contra el poeta célebre se ha escrito nunca, dice que el título era Conde de Cogolludo-Cuentes y Sigüenza. En esta forma ridícula parece que está en el *Anuario de la Nobleza francesa*, por Borel D'Hauterive, 1886.

(2) Parece que antes de morir Eugenio usó alguna vez Víctor el título inferior de Barón, según un documento que incluye Biré en el apéndice I de su *Víctor Hugo après* 1830. Esto confirma la explicación que doy en respuesta al « Sin derecho » de la Sra. Pardo Bazán.

Hugo no entró en la Cámara de los Pares de Luis Felipe en 1845, pudo muy bien por consiguiente, y sin escándalo de nadie, á título de hijo segundo del General, añadir de cuando en cuando ese « bello adorno » á su apellido en las tarjetas de visita, aunque nunca lo emplease en la portada de sus libros. Tampoco creo que procediera al hacerlo, como supone la señora Pardo Bazán, « por envidia á Chateaubriand, vizconde de cepa vieja », como dice. Aunque fuese la cepa menos vieja, no creo que hubiese lugar á tal envidia. Todo es empezar.

Más grave y más inexacta encuentro esta otra frase del artículo á que estoy refiriéndome: « La decepción de que Bonaparte no le diese la anhelada cartera de Instrucción Pública produjo en Hugo el rencor persistente exhalado después en los *Castigos* »

Víctor Hugo, como es de soba sarbido, fué uno de los que sostuvieron la candidatura de Luis Napoleón Bonaparte á la Presidencia de la república, la hizo defender con sumo calor en el periódico que redactaban sus dos hijos con Vacquerie y otros jóvenes amigos; y militó abiertamente entre los conservadores, los antiguos monárquicos, los republicanos tibios y moderados, que aceptaban tanto el régimen como el candidato, á la manera que se acepta el menor mal posible en un instante peligroso. Elegido Luis Napoleón organizó éste su primer ministerio y no contó en efecto á Víctor Hugo. Continuó éste sin embargo votando en la Asam-

blea con la mayoría moderada que apoyaba al Presidente de la república, y solamente meses después, cuando imprimió Luis Bonaparte á la expedición en favor del Papa y contra la República romana el carácter agresivo y hostil tan distinto de lo que al principio se anunció, al mismo tiempo que se desenmascaró la propaganda frenética entre la tropa y el pueblo en favor del Imperio victoreado por dondequiera que pasaba el Presidente, — apartóse Hugo enteramente de los que habían sido sus amigos ó sus aliados, hasta oponerse vigorosamente á la revisión de la Constitución en el sentido por el Príncipe deseado, y hasta lanzar en Julio de 1851 aquella frase amarga y terriblemente profética : « Por que hayamos tenido á Napoleón el Grande, ¿ha de ser acaso preciso que también tengamos á Napoleón el Pequeño? »

Los *Castigos*, es decir, *Les Châtiments*, fueron escritos en 1852 inmediatamente después de los incidentes que siguieron al golpe de Estado del 2 de Diciembre del año anterior. En ese día y dos ó tres más de los inmediatos hizo el poeta cuanto al alcance de su indignación estuvo por levantar al pueblo de París contra el ambicioso, que se proclamaba él mismo dueño del país, disolvía la Asamblea republicana, suprimía la Constitución y encerraba ignominiosamente en las cárceles á lo más granado de la capital y del país, desde el puro y austero general Eugenio Cavaignac, que había sido su predecesor en la Presidencia hasta el ya

famoso Luis Adolfo Thiers que había de ser su sucesor.

Adversarios políticos militantes, clericales, momárquicos ó bonapartistas, son los que hoy en Francia todavía muestran empeño de rebajar el valor y el mérito de esa obra poética justiciera, vengadora, gloria sin par de las letras francesas, empequeñeciendo de propósito los móviles á que el encolerizado poeta obedeció, para desnaturalizar el espléndido carácter de la obra y el vigoroso acento de ira y de indignación muy sinceras que en toda ella se conserva del primero al último verso.

Es gran lástima que la cultísima escritora española, alejada como ha de estar de las pasiones políticas que á ciertos grupos agitan en Francia, se someta á unas mismas preocupaciones. Ellas le hacen declarar como «evidente» que «el interés egoísta es el móvil de las variaciones en la conducta de Hugo», y añadir por último estas líneas para dar al traste de una vez con todos los *Châtiments* : « Su retórica es populachera, callejera y hasta encanallada, si no la salvasen unas cuantas estrofas espléndidas, como las dedicadas á las viejas banderas del Imperio, rotas y cubiertas de glorioso polvo... » (1). Unas cuantas estrofas nada

(1) Esas estrofas, realmente espléndidas, son sin duda las que empiezan así:

O drapeaux du passé, si beaux dans les histoires!

Pero las banderas á que el poeta ahí alude no son las del Imperio Napoleónico, sino las de la monarquía y la primera república y para que así se en-

más son pues, á juicio de persona tan entendida, lo único que recomienda, lo que salva del desprecio á toda una obra de poesía altísima, compuesta de miles y miles de versos, donde se encuentran trozos épicos como nadie no los soñó iguales en su propio país, y en la que asciende la sátira lírica, género tan difícil, á una altura que muy pocos antes que él en otras literaturas lograron alcanzar.

Es muy parca en general la señora Pardo Bazán en celebrar las otras obras de Víctor Hugo y como grande encomio de la *Leyenda de los Siglos* aventurase á decir solamente que « su inspiración se acerca á la de los *Mártires* ó *Atala* ». Es bien poco decir; y yo confieso que no acierto á ver lo que haya de común entre esos dos poemas en prosa de Chateaubriand y la serie de *Pequeñas Epopeyas* que componen la *Leyenda de los Siglos*,

Confieso, volviendo á los *Castigos*, estar plenamente convencido de que día vendrá en que se hagan de ese libro ediciones sabias, especiales, con notas para explicar sus alusiones, hacer resaltar sus numerosas bellezas de estilo y aclarar lo que el curso de los años haya un tanto oscurecido; como se hace con las sátiras de Juvenal, con la *Divina Comedia*, con otros monumentos imperecederos del

---

tienda agrega que son las que en sus podazos, « en sus andrajos » llevan mezclada la sangre de Hoche.

Et le sang de Bayard.

De las victorias del primer imperio no se habla mucho en los *Châtiments*; y con alguna extensión, solamente de Moscú, de Waterloo y de Santa Helena en el soberbio poema titulado *La Expiación*.

ingenio humano. Calculo que, cuando esa época llegue, lo que menos ocurrirá al comentador será el vano cargo de la cartera de Instrucción pública anhelada y no conseguida, no obstante todo lo que sobre el caso tan minuciosa y complacidamente alega Edmond Biré en su *Victor Hugo après* 1830.

Había dado antes el ejemplo de tratar á Hugo de esta manera, si de ejemplo la Sra. de Pardo Bazán hubiera podido necesitar, el en su tiempo muy aplaudido crítico Don Juan Valera, que falleció en 1905 á los setenta y ocho años de edad. El año mismo de la aparición de *Los Miserables* publicó Valera un extenso artículo, recogido poco después en sus *Estudios Críticos* (Tomo II, 1864, págs. 191-237), sobre la primera parte de la novela, artículo en que, á la manera irónica y desdeñosa que después en Francia empleó M. Lemaître con tanto gusto de los adversarios políticos, inserta de paso fragmentos de una carta que antes había dirigido á un amigo á propósito de la aparición de la *Leyenda de los Siglos*, obra que él por cierto con su habitual inexactitud de datos menudos llama *Las Leyendas de los Siglos*. Da principio de este modo : « ¡ Válgame Dios, qué poema ! ¡ qué borrachera !... Empieza con una serenata que da la Creación á Eva, para felicitarla, porque está de esperanzas, como dicen los portugueses », etc. etc. y concluye tras otras cosas en el mismo tono y mismo runoso buen gusto : ¡ Léele y verás que pesadilla ! » Esto se aviene perfectamente con el análi-

sis que luego hace de la primera parte de *Los Miserables*, análisis de que basta para dar idea la siguiente frase : « La novela de Fantina ni por los caracteres ni por la acción vale más que la *peor novela* de Eugenio Sue ó de Ayguals de Izco ».

Este mismo crítico es el que más adelante en una de sus Cartas Americanas se burló de este verso del poema *El Asno :*

Le grand ciel étoilé c'est le crachat de Dieu,

traduciéndole él mismo de esta manera : « El cielo estrellado es un esputo de Dios, » simplemente por ignorar ú olvidar que en francés *crachat* no significa siempre esputo ó escupidura; y si bien á cualquiera puede ocurrir desgracia parecida al manejar una lengua extranjera, debió caritativamente empezar por no suponer á Hugo capaz de la estupenda vulgaridad que le achaca, y darse más bien el trabajo de ir á refrescar en un vocabulario el otro significado de la palabra. Del mismo modo, con un poco menos de afán de malgastar su donaire, se hubiera ahorrado el inferir al gran poeta, al novelista de *Los Miserables*, la injuria de proclamarlo inferior á Don Wenceslao Ayguals de Izco, al tétrico y desequilibrad o Ayguals, como lo llama el buen Padre Blanco García.

Por fortuna entre estos dos críticos, en su patria tan justamente apreciados, hay que colocar, (al

decir « entre » me someto al orden cronológico) otro escritor de importancia mucho mayor, el Sr. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, que consagra á Víctor Hugo un estudio muy completo y de muy superior alcance en el quinto volumen de su *Historia de las Ideas estéticas en España*, publicado en 1891. El Sr. Menéndez, á pesar de tener en política y en literatura opiniones que probablemente no se apartan mucho de las que siguen los otros dos compatriotas suyos, ha dispuesto de imparcialidad y serenidad suficientes para encerrar en su breve, pero muy llena y sólida monografía, un retrato del eminente poeta, en que sin olvidar una sola de las limitaciones de su genio ni de los defectos inherentes á sus grandes cualidades, á veces llevadas, como es de sobra sabido, á un exceso que no es posible dejar de reprobar, resaltan clara y vigorosamente las principales líneas y los relieves de la gran figura, es decir, del poeta, del prosista y el pensador; aunque no pretendió por de contado el distinguido crítico encerrar una biografía completa en los estrechos límites de un capítulo, de parte de un capítulo, de su historia de las ideas literarias en España.

Considera que la *Leyenda de los Siglos* es la obra capital, « la manifestación más alta y característica del genio » poético de Hugo, aquella « hacia la cual fué marchando por los dos caminos paralelos de la lírica y el drama », marcha progresiva que sigue y describe con magistral exactitud para terminar

con brillante enumeración « de las infinitas bellezas » que allí están y que « en ningún poema de nuestro siglo se encuentran en tanto número ».

Esta misma *Leyenda* es la que llama Valera « un aquelarre estupendo » y la que ha creído acaso elogiar la Condesa de Pardo Bazán al decir que su inspiración se acerca á la prosa artificial de los *Mártires* ó de *Atala.* Pero el Sr. Menéndez y Pelayo pone las cosas en su lugar verdadero.

UN RASGO DE GUZMÁN BLANCO EN PARÍS

A mediados del siglo XIX era la sastrería de Melogán la mejor de la Habana y tenía por principal cortador á un joven piamontés llamado Gaspar Porzio, que el dueño de la casa había hecho venir de París, y que no tardó mucho tiempo, por su habilidad en el arte y las simpatías que su carácter le trajo, en establecerse por su propia cuenta en el centro de la ciudad y llegar á ser el favorecido por los más elegantes de la capital.

Era de veras Porzio lo que se llama un real mozo. Alto, muy derecho, de tez blanca sonrosada, cabellos finos de un rubio obscuro, facciones marcadas pero correctas, manos largas, delgadas, bien cuidadas, y elegantes todos sus movimientos. Aunque se vestía á lo sastre, es decir, demasiado bien, exagerando las modas, y aun que tenía la costumbre, durante la temporada de Opera italiana á cuyos funciones todas puntualmente asistía, de entrar siem-

pre en la platea en busca de su asiento cerca de la orquesta, después de alzado el telón como para que lo vieran bien, con aire conquistador, la solapa de la levita echada á un lado y pasando la mano por la sedosa cabellera para corregir las huellas del sombrero; á pesar de todo esto, digo, era excelente persona, sin mayores pretensiones que las mencionadas, y nunca mostró empeño ridículo de mezclarse en la sociedad y subir más allá de lo que en virtud de sus quehaceres habituales podía corresponderle, dadas las preocupaciones sociales ordinarias.

Don José Zorrilla, el autor del *Don Juan Tenorio*, ha contribuído á dar á Porzio cierta celebridad, pues habla largamente de él en sus *Recuerdos del Tiempo viejo*, lo califica allí de sastre caballero, lo llama alma del buen tono, y agrega estas curiosas palabras : « se me metió en el magín que era él sastre como el rey don Sebastián de mi *Traidor, Inconfeso y Martir* era pastelero, y que un día podría muy bien venir una carroza de cuatro caballos á sacarlo de su establecimiento y llevarle á un palacio de su propiedad... » Ello está á lo Zorrilla, fantásticamente exagerado; pero es muy cierto que por su porte y trato afable parecía Porzio, á despecho de su humilde origen é instrucción escasa, mucho más de lo que era.

En 1862 juzgó suficiente cuanto había ahorrado, puso un gerente en la casa, trajo de París nuevo cortador, y á París volvió á darse la gran vida,

reducida ahora su ocupación á escoger y remitir de Francia lo necesario para la sastrería.

Cambió, pues, de vida y costumbres, instalóse en piso elegante de una calle próxima á los Campos Elíseos, con muebles y cuadros que compró por poco precio en almoneda á consecuencia de la quiebra de un conocido *coulissier* ó corredor intruso. Tomó con un maestro particular lecciones de itialiano, pues del hablar de la península materna nunca supo antes más lengua que el dialecto piamontés, ya entonces completamente olvidado. Se abonó por supuesto á las representaciones de ópera italiana del teatro Ventadour, y en virtud de su conocimiento del español, que había aprendido y practicado en Cuba y que era después del francés el idioma que mejor hablaba, y también de sus relaciones con habaneros, encontró pronto amigos en la numerosa colonia hispanoamericana, y se hizo grabar una gran trajeta de visita en la que, debajo de un gran escudo de armas bien negro con cuarteles, crestón y poblado penacho, aparecían estas tres líneas .

CAV. COMMENDATORE G. PORZIO RIGHETTI

Presidente d'onore della Societá di San Giovanni di Gerusalemme.

La presidencia de honor era cosa huera, pues categoría y credencial le habían costado, según oí

decir, veinticinco francos únicamente. Pero la encomienda era real y efectiva, de la orden del Busto de Bolívar, y se la había dado el mismo que la fundó, ó que la restauró y reorganizó en Venezuela, el famoso General Antonio Guzmán Blanco, grande amigo suyo y favorecedor. Ausente Guzmán de su país se reformaron después los estatutos de la orden de Bolívar y bajaron á Porzio de comendador á simple caballero, percance que le causó muy vivo dolor. Por fortuna otro amigo, español éste, Angel de Vallejo, donde de Casa Miranda en un tiempo el hombre de confianza y para ciertas cosas brazo derecho de Cánovas del Castillo, acudió á consolarlo, le consiguió al menor costo posible la encomienda de Isabel la Católica y calmados quedaron su angustia y su despecho. Creyóse de este modo autorizado á conservar en el ojal del sobretodo y en el de la levita el amplio botón de siempre con los colores venezolanos, contentándose con llevar el diploma español en el bolsillo, con objeto de exhibirlo en el acto ante el que dudase de su derecho á llevar la insignia de Comendador.

Conoció Porzio á Guzmán desde que éste llegó á Europa por primera vez, en 1863, como ministro plenipotenciario de Venezuela, junto con José María de Rojas, otro amigo íntimo suyo, que luego obtuvo de la Curia Pontificia un título de marqués que llevó constantemente hasta su fallecimiento en 1907. Estrecháronse mucho las relaciones entre ambos desde una grave enfermedad que en París

asaltó á Guzmán, soltero entonces y sin allegados en Francia, por lo cual fué Porzio su constante ayuda, asistiéndolo y cuidándolo con abnegación admirable.

El renombrado caudillo venezolano, á quien sus partidarios, siguiendo una costumbre de inventar nuevos apelativos, que no es por cierto de aplaudir en nombre del buen gusto, llamaron « Ilustre Americano » — cometiendo además en este caso una irrupción en mies ajena, pues hubieran debido consultar antes al resto del continente, — era también por su parte hombre de aspecto magnífico. De elevada estatura, erguido, con rostro expresivo de un blanco marmóreo, larga y abundante barba negra, extremidades finas, los pies sobre todo excesivamente pequeños, y muy atildado siempre en el calzar y vestir. Pronto encaneció y perdió buena parte de los cabellos, mas conservando hasta el fin hermosa é imponente presencia. Gobernó la República de Venezuela, como es sabido, primero á título de dictador, luego como presidente constitucional, en ambas ocasiones con idénticas absolutas facultades, durante diez y seis años repartidos en varios períodos, y hubiera quizás continuado gobernándola mucho tiempo más, hasta el fin de sus días, si así lo hubiese querido. Pero á sus grandes dotes de mando, á su entereza, á la soberbia y suficiencia de su absorbente personalidad, no se juntaban otras cualidades para completar el hombre de estado. Amaba el poder,

pero más como satisfacción de amor propio, que como fuente de consideración y riquezas; mostró abrigar así, no obstante su grande autoridad é innegable actividad de administrador firme y sagaz, en el fondo de su carácter, mucho de lo que en francés llaman *jouisseur*, como, por ejemplo, sucedía al primer duque de Morny en tiempo de Napoleón III, el mismo precisamente con quien, tiempo adelante, debía emparentar al dar en matrimonio su hija al segundo duque de Morny. A los pocos años de ejercer el mando no podía sobreponerse al deseo vivísimo dominante de volver á París, y á París volvía, á vivir con gran boato y disfrutar de su opulencia. Lástima grande en verdad, pues nunca se halló Venezuela tan próspera, tan adelantada y tranquila como en los años siguientes al día aquél de Abril de 1870 en que á fuego y sangre tras breve asedio, entró Guzmán vencedor en Caracas á comenzar desde ese instante su carrera de reformador, de « civilizador tenaz, imperioso y formidable, » como el distinguido escritor venezolano G. Picón Febres lo ha llamado.

Porzio, que conocía al dedillo los secretos de París, sus rincones y sus industrias, le servía siempre de mucho; cumplía, estuviera él presente ó ausente, sus encargos, y fué el lazo entre ambos estrechándose, sin nunca romperse, pues el general era para el antiguo sastre como un ser sobrenatural, y estaba en toda ocasión dispuesto á prosternarse ante él.

Sentábase Porzio todas las tardes, del primero al último día del año, cualquiera que fuese la inclemencia del tiempo, delante de una de las mesas de la *terrasse* del Café *de la Paix*, siempre la misma, del lado del *boulevard des Capucines*, y no se encontraría probablemente entonces un solo *boulevardier* que al pasar frecuentemente por allí no acabase por reparar la puntalidad de ese *habitué* de alta estatura, patilla partida en dos anchas alas laterales, bastón ó paraguas con gran puño y un suntuoso botón multicolor en el ojal de su gabán. Esperaba á Guzmán, y si acaso tardaba éste un poco, se mudaba, apenas diesen las cinco, al *perron* del próximo *Grand Hotel á* esperarlo, para correr á recibirlo apenas lo descubriese en la sombra del arco del portón, ó reconociese los caballos de su carruaje antes de penetrar en el patio.

Sufrió el pobre hombre súbitamente un penoso quebranto de fortuna por la desaparición inesperada del comerciante que le cuidaba sus valores, ya algo mermados de antemano, y se vió pronto en el caso de abandonar su apartamiento de la calle de Marignan, vender los muebles y entrar de pupilo en una casa de huéspedes; notándose desde entonces que, sin oírle proferir una sola queja, conocíase sin embargo lo amargo de su situación, porque iba siendo cada vez menos escrupuloso y correcto en el vestir.

Al levantarse los criados de la modesta pensión en la mañana de un día del mes de Agosto de 1896

encontráronlo tendido y muerto en su cama. La tarde anterior había estado, al parecer bueno como siempre, en casa de Guzmán, á pedirle prestada una suma de tres mil francos que éste le dió gustoso en un cheque á su orden, siendo ésa la primera vez que en su estrecha situación había él apelado á la generosidad del amigo. Hasta ese día le había probablemente durado la corta suma de su capital recuperada al liquidarse la quiebra del depositario desaparecido; y lo cierto fué que al expirar se halló que sus bienes se reducían á sus prendas de uso personal, su reloj, sortijas, etc, y en el bolsillo los tres mil francos del cheque de Guzmán, que no había materialmente habido tiempo de cobrar.

Apenas supo lo sucedido, fué Guzmán á la casa de huéspedes, quedó convencido de que había el amigo sucumbido á una apoplejía fulminante, y declaró encargarse de liquidar su situación así como de todos los gastos para enterrarlo decentemente. Los tres mil francos del cheque por cobrar no podía ya Guzmán recuperarlos, ni tampoco lo pretendió. Pasaron á su debido tiempo con lo demás á los colaterales italianos del difunto.

Tenía ya preparado Guzmán su viaje para el siguiente día, pues debía pasar el resto del verano con su familia en un balneario de los Pirineos. Con ese motivo dispuso que el cadáver quedase depositado en la iglesia parroquial, de manera de poder celebrarse más adelante los funerales y presidirlos á su vuelta. Tuvieron lugar en efecto con

alguna pompa á fines de octubre bajo la vasta techumbre del templo de forma griega dedicado á la Magdalena. Guzmán condujo el duelo y concurrió un buen número de amigos, hispanoamericanos casi todos. Los asistentes, cual era de esperarse, apenas terminado el responso, dieron la mano al generoso prócer venezolano y se retiraron. Al ponerse en marcha el carro fúnebre hacia el cementerio de Montparnasse, seguíalo únicamente el coche particular de Guzmán en que íbamos : él, su hijo mayor, el marqués de Rojas y el que esto escribe.

Apenas de la calle Royale, atestada de viandantes y de vehículos, desembocamos en la anchurosa plaza de la Concordia, nos llamó fuertemente la atención la presencia de una mujer vestida de negro que seguía á pie detrás del féretro. Era una persona de cierta edad, ya canosa, pero de aspecto agradable todavía, con ojos enrojecidos de llorar y una muy dolorosa expresión de cansancio y de tristeza. No se apartó un instante de la huella del carro fúnebre durante la hora y media necesaria para recorrer el largo trayecto, y no lográbamos darnos cuenta de quién podría ser aquella doliente desconocida. Penetró con los demás en el camposanto hasta el borde del terreno, que á título de concesión perpetua compró Guzmán en nombre del fallecido. Llenos de curiosidad fuimos luego Rojas y yo á hablarle, á manifestarle, para entrar en conversación, la simpatía que su honda aflicción nos inspiraba. Díjonos que había conocido y tratado á

Porzio mucho antes, jóvenes ambos todavía, que nunca se había entibiado ni de una de ni otra parte la amistad que los había unido, y supimos en fin que vivía en Burdeos, de donde había llegado aquella mañana misma, tras una noche de ferrocarril, nada más que con objeto de asistir á los funerales, pues se volvía á su casa y sus quehaceres de familia la noche inmediata. Supo la noticia de la muerte de Porzio por los periódicos, que la habían mencionado y repetido así en toda Francia durante uno ó dos días, por haberse temido al principio, por error de un *reporter*, que no hubiese sido natural. Vino entonces á París inmediatamente y enterada del aplazamiento de los funerales había dejado pagado el valor de un telegrama para que del consulado de Italia se sirviesen anunciarle la fecha que por último se designase. Todo esto entre sollozos apagados y los ojos siempre humedecidos.

Pregúntamosle si deseaba conocer y saludar al que había costeado y presidido el entierro y estaba allí presente. Se le encendieron los ojos al oirnos y fué con nosotros al lugar donde él estaba, á expresarle en términos muy apropiados y sencillos lo que admiraba su bondad. Guzmán le tendió afectuosamente la mano, ella se la besó con efusión, y sin decir una palabra más se colocó otra vez junto á la fosa, permaneció allí hasta caer la última palada de tierra y se retiró sin levantar la vista del camino que emprendía. No supimos más de ella.

La escena me produjo honda impresión. Pare-

cióme bien raro, bien inesperado ver así sepultar á un hombre de edad ya avanzada, que moría sin familia, sin fortuna, en tierra extranjera, acompañado hasta el fin de esa manera por un « Ilustre Americano » y seguido modestamente á pie por afecto tan grande, tan sincero y desinteresado, como el que en esa encapotada é inclemente mañana de Octubre embargaba á aquella pobre mujer.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

I

Les Trophées

José María de Heredia, cubano, primo hermano del otro insigne vate del mismo nombre, hijo de Cuba también, que como él lleva y llevará nombre y apellido hasta remota posteridad, nació, también como el otro, en la ciudad de Santiago, al oriente de la isla de Cuba, pero medió entre la venida al mundo del uno y del otro todo lo que va de Diciembre de 1803 á Noviembre de 1842, el enorme espacio de treinta y nueve años, con lo cual está dicho que no se conocieron. Jamás otros dos seres con tantos rasgos comunes, la misma raza, la misma sangre, el mismo abuelo, la misma patria, la misma ocupación literaria y, por curiosísima final coincidencia, hasta el mismo nombre de bautismo, habrán resultado más desemejantes á los ojos de la posteridad.

Porque todo lo que pudo haber tendido á reunirlos y confundirlos acabó por apartarlos y diferenciarlos, hasta el extremo de no tener en definitiva, ni como individuos ni como escritores, el más leve punto de contacto.

El primero, quiero decir, el más antiguo, el que versificó en nuestra lengua, fué personal, « subjetivo » como el que más entre cuantos han cultivado la poesía lírica, el género por su esencia personal llamado subjetivo. Para conocerlo íntimamente, para poseer los elementos necesarios de la historia de su vida, no es necesario apelar á los datos reunidos por sus biógrafos, basta leer sus versos, en los que una vez, y otra, y constantemente, depositó los secretos de su corazón, las ansias de su alma agitadísima y atormentada, las angustias de su infortunada existencia; mientras que del autor de *Los Trofeos* nada absolutamente sabríamos si no tuviésemos otro medio de adivinar su vida ó su carácter personal que el estudio de sus admirables sonetos.

En las estrofas patrióticas del *Himno del desterrado*, en los desolados endecasílabos de la *Epsitola á Emilia*, en medio del ímpetu lírico de la oda *Al Niágara* del primero de los dos, está siempre Cuba, su cielo, sus montes, sus palmas, sus mujeres, sus miserias sociales, sus desventuras políticas. En las 214 páginas de *Los Trofeos* sólo una vez, por accidente, que á causa de su rareza produce impresión particular, aparece Cuba, no su nombre, ni aun

puede decirse ella misma, pero en fin su clima, sus flores y el grupo geográfico en que se halla colocada. El soneto se titula *Brise Marine,* y habla el poeta en él en su propio nombre, cosa no frecuente, rarísima al contrario. De paso, durante un verano en las costas bretonas de Francia, en su *lande defleurie,* sobre un arrecife *battu du flot kymrique,* siente que del mar le viene un aroma delicadísimo, tan tibio, tan grato, tan poco parecido á las brisas que habitualmente bañan las costas de Francia, que conmovido se pregunta :

Ce souffle étrangement parfumé, d'où vient-il?

y responde, poseído quizás esa única vez en todo su libro de viva y penetrante emoción :

Ah! je le reconnais. C'est de trois mille lieues
Qu'il vient, de l'Ouest, là-bas où les Antilles bleues
Se pâment sous l'ardeur de l'astre occidental.

Et j'ai de ce récif battu du flot kymrique
Respiré dans le vent qu'embauma l'air natal
La fleur jadis éclose au jardin d'Amérique.

Estos dos bellísimos tercetos son, pues, por razones de sobra evidentes, los que para los cubanos más simpáticamente han de resaltar en la colección del compatricio que, tan felizmente para su gloria, tan infaustamente para la nuestra, abandonó el

suelo natal y la lengua que primero sus labios balbucieron (1).

Sería inútil, y sería demasiado largo, que continuase señalando contrastes entre ambos Heredias, pues son muchos, aun sin contar el primero, el que salta á los ojos, el más importante : la diferencia del idioma. Escribir en francés acompañado por un conocimiento tan minucioso como profundamente artístico de esa lengua, la más cultivada y más literaria de todas las modernas, es un ejercicio que en nada puede recordar la tarea del José María Heredia que murió en 1839. Escribió éste en castellano, porque era la lengua que habló en toda su niñez, la única que sabía bien, pero sin haber nunca tenido período oportuno, en el curso de su vida de aventuras, su constante é inquieta expatriación, para consagrarse larga y cuidadosamente al estudio detenido de los secretos y recursos de su instrumento poético. El artista de *Los Trofeos*, criado y educado en Francia, siguió apenas llegó á edad de hombre, el consejo de uno de sus maestros y modelos, Théophile Gautier, y logró manejando sin cesar el diccionario de la lengua, asimilarse, poseer pasmosa riqueza de vocablos y de giros con su significación y valor precisos, mientras que su primo y predecesor no penetró en la lengua poética más allá de modelos como Meléndez, Cienfuegos y Quintana, ni

(1) Noto por amor de la exactitud que se equivocó el poeta al indicar tres mil leguas como distancia entre las Antillas y las costas de Francia; no llega en realidad ni aun á la mitad de esa cifra.

probablemente hojeó los imperfectos diccionarios catellanos de su época con el deliberado objeto de reunir recursos para su poesía.

No se recuerda en París, según por todos lados he oído decir, que otro libro de versos de su carácter y categoría, pues son sin duda versos de erudito, de *savant*, al mismo tiempo que de verdadero poeta, haya tenido tan rápida fortuna como el de *Los Trofeos*. La primera edición se agotó casi en horas. No era muy numerosa, es verdad, porque un tomo impreso con lujo que se vendía al precio relativamente elevado de diez francos, no podía, conforme á las previsiones de Lemerre, su editor, despacharse sino con cierta lentitud. Su asombro fué completo é hizo al punto imprimir nueva edición, no tan lujosa como la primera, para calmar pronto la ansiedad de los libreros.

Todo en el presente caso tenía algo de curioso y original. Tratábase de un poeta inédito, ya con más de cincuenta años de edad, pues nació, como antes indiqué, en 1842, que durante lo que llevaba de vida había estado componiendo sonetos como quien engasta piedras preciosas en joyas exquisitamente cinceladas, y que parecía al mismo tiempo desdeñar el aprecio, los aplausos del público, pues echaba al viento aquí y allí en hojas sueltas, en revistas, en libros de amigos, sus sonetos, sin querer reunirlos en colección, y que de súbito cambia su modo de ser y comportarse con ellos, los reune y ordena cuando menos se esperaba, y da á luz un tomo en

que exhibe al público, como en suntuoso escaparate de diamantista, todas las maravillas de su arte.

En el acto, con verdadero entusiasmo, todos los críticos-poetas desde Catulle Mendès, el día mismo de la aparición del tomo, hasta Paul Bourget un mes después, se elevaron como á porfía al tono más alto para cantar las alabanzas del hijo eminente de la distante y casi ignorada Antilla.

Además de los sonetos contiene el volumen un fragmento épico en alejandrinos pareados, *Les Conquérants de l'or*, una de sus primeras obras, temprana manifestación de su genio poético, como de quien no se sentía aun seguro del rumbo que más le convenía; y dos episodios de la leyenda de las Mocedades del Cid escritos en muy sólidos tercetos. Pero lo principal del tomo es, no cabe duda, la masa grandiosa de los ciento diez y siete sonetos, que aparecen divididos en cinco grupos con estos títulos : Grecia y Sicilia (38 sonetos) : Roma y los Bárbaros (23) : Edad Media y Renacimiento (25) : El Oriente y los Trópicos (9) : y por último *La nature et le Rêve*, que consta de veintidós, entre los cuales se cuenta la *Brisa marina* ya citada.

En el grupo del Renacimiento aparecen reunidos con el título *Los Conquistadores* ocho sonetos á cuya cabeza está el más conocido y aplaudido de todos, el admirable poema que en catorce versos condensa la hazaña del descubrimiento de América, el cuadro luminoso en que se ven los aventureros salidos de Palos de Moguer en busca del fabuloso metal

escondido en las minas de Cipango, unos dormidos y soñando en la epopeya heroica á que creían correr, mientras los otros

...Penchés à l'avant des blanches caravelles
Ils regardaient monter en un ciel ignoré
Du fond de l'Océan des étoiles nouvelles.

Este terceto célebre, ya en vida de Heredia había sido tildado como inexacto por marinos y cosmógrafos escrupulosos para quienes no era cosa posible navegarse hacia occidente y ver desde la proa del buque levantarse nuevas estrellas; es decir, los astros del otro hemisferio; pero creo que está ya hoy recordado y reconocido por todos que los barcos de vela en sus bordadas se arrumban á merced del viento como pueden, y navegando de España á América no todas las noches irían directamente al occidente, lo cual permite mantener justificada nuestra admiración.

Completan la serie de los ocho sonetos tres, dedicados á un antepasado del poeta, *L'Ancêtre,* el Pedro de Heredia que fundó Cartagena de Indias, y como descendiente del cual usaba el escudo en que una palmera cubre con su penacho una ciudad de plata, rasgo también curioso que lo distingue del otro José Maria del mismo apellido, el que de seguro no timbraba con crestón dorado ni con palmera el papel de su correspondencia particular.

Motivo de gran perplejidad sería tener que designar entre todos estos sonetos cuáles pueden

considerarse como mejores, pues más de una mitad es positivamente de orden superior en su género, y el escoger por tanto muy difícil. Dos únicamente voy á aislar y mencionar, escogidos un tanto al acaso y en virtud más bien de simpatía personal. En primer lugar pondría el último de los tres sobre Antonio y Cleopatra, aquél que traza por sí solo un grupo escultural perfecto cuando al volver el rostro la reina de Egipto y tender los labios voluptuosos « al ardiente Imperator» descubre éste, cree ver, en las pupilas de la fatal mujer la imagen de la futura derrota cual

Toute une mer immense où fuyaient des galères;

verso este último incomparable, y — no sé en realidad por qué — á algunos, á Heredia mismo, á mí también, le recordaba aquel de Shakespeare en la tragedia de que son protagonistas esos mismos dos personajes; y que Víctor Hugo (1) tanto admiraba : *we have kissed away kingdoms and provinces.*

La frase de Heredia es en verdad soberbia, evoca todo el cuadro del famoso combate naval en que se jugó la suerte del mundo romano, y con él termina gloriosamente el soneto : una de esas composiciones

(1) Lo dice Hugo en el prólogo de la traducción de las obras de Shakespeare por su hijo François-Víctor. — «Hemos desgranado á besos reinos y provincias» así lo traducía una vez Rafael Pombo, rey de traductores, en conversación privada con el que esto escribe.

que no se olvidan, que dejan huella en la literatura á que pertenecen.

Es también excelente el soneto á Miguel Angel Buonarotti, notable como obra poética y de gran valor estético, pues vence la dificultad de decir á estas horas algo digno del grande hombre. Parece inspirado, la última parte al menos, la más notable, por las dos maravillosas estatuas con que el Museo del Louvre se enorgullece, los dos esclavos que debían formar parte del monumento proyectado en honor del papa Julio II. Ante ellas exclama el poeta:

Et dans le marbre froid où bout son âme altière.
Comme il a fait courir avec un grand frisson
La colère d'un Dieu vaincu par la matière!

terceto que con vigorosa precisión y espléndida poesía fija la impresión más ó menos experimentada por todos ante tantas obras no enteramente acabadas del sublime escultor, ante los *Esclavos* del Louvre lo mismo que ante la *Noche* y el *Día* del sepulcro de los Médicis, ó la *Madonna* colosal, apenas desbastada por el cincel, que existe en la misma capilla de San Lorenzo.

Y junto á estos raros, preciosos méritos, los más visibles para los que no poseemos el francés como lengua madre aprendida en la infancia, faltaría enumerar otra serie de cualidades exquisitas que sólo á franceses toca sentir bien y encarecer. Quiero decir las que atañen á la belleza de la forma, á la melodía de las frases y á la armonía del conjunto

cuya gran superioridad no puede inspirarnos más que silenciosa admiración.

Pero de la impecable erudición filosófica que revelan estos magníficos sonetos, así como de la extraordinaria concisión con que cada uno de ellos encierra en sus catorce líneas cuadros tan completos, somos todos jueces más ó menos abonados, y no es preciso penetrar en recónditos arcanos de la versificación francesa para admirar, por ejemplo, el soberbio cuadro de la madrugada del día de la batalla de Trebbia, los escuadrones númidas que se despiertan al toque de diana y las legiones romanas que marchan al ataque :

Et là-bas, sous le pont, adossé contre une arche,
Hannibal écoutait, pensif et triomphant,
Le piétinement sourd des légions en marche.

Ó el espanto de los habitantes de Roma al saber la derrota de Cannas :

Tous anxieux de voir surgir, au dos vermeil
Des monts Sabins où luit l'œil sanglant du soleil,
Le chef borgne monté sur l'éléphant Gétule.

Y nadie, francés ó no francés, podrá ganarnos en sentir la adorable melancolía y la música exquisita del soneto donde se encuentran estos dos versos :

Dans ce vallon sauvage où César t'exila...
Tu regardes le ciel, triste Sabinula.

No creo que haya sonetista español que con él

pueda ventajosamente compararse, y menos que otros el don Juan de Argujo, Veinticuatro de Sevilla, pálido y monótono á su lado, y al que alguna vez en España se ha intentado poner á su lado.

Cuando en la costa arenosa del mar Caribe echaba Pedro de Heredia los cimientos de Cartagena de Indias, la ciudad ya hoy medio muerta de la antigua Costafirme, no podía él pensar, es evidente, que persistiría de tan hermosa manera el brillo de su nombre, que una rama de su descendencia arraigaría y fructificaría en Santo Domingo y que siglos después, no en España, su patria, sino en Cuba y en Francia, dos poetas inmortales conservarían y aumentarían la gloria de su nombre.

II

Su Muerte

(Octubre 3, 1905)

No entraba ciertamente en mis cálculos como probable que debiese yo algún día tomar la pluma y lamentar la muerte de José María de Heredia, mi antiguo amigo y compañero de la juventud. No lo

creía, porque además de ser él un poco más joven, siempre lo vi lleno de vida, robusto al parecer, satisfecho con razón de los favores que tan merecidamente había recibido de la fortuna. Es verdad que en los últimos tiempos se quejaba del régimen estricto de vida á que un padecimiento crónico del estómago lo tenía condenado, pero al hallarlo siempre tan conversador y tan afectuoso y tan activo, figurábame que ese mismo género de vida arreglada sería razón más para creer que su existencia se dilataría y se prolongaría más allá de la cifra de años del salmista. Y viene ahora á sorprenderme la noticia de que ha sucumbido, lejos de los suyos, fuera de París, casi de repente, antes de cumplir sesenta y tres años, y que nunca más sentiré en las mías el contacto de aquella mano, que tan cordialmente estrechaba la de sus amigos, que no volveré á oir aquella palabra apasionada, llena de sinceridad y comunicativo ardor, á la que un ligero defecto en la emisión venía de cuando en cuando á añadirle algo de característico y original.

No puedo evitar que tome lo que escribo marcado acento personal, pues me persigue ahora sin apartarse un instante de mi memoria, el vivo recuerdo de los dos años, 1858 y 1859, que pasamos juntos en la Habana, cuando allí lo condujo su madre desde Francia, y lo dejó con objeto de que se incorporase en la facultad de letras de la Universidad y aprendiese bien al mismo tiempo el castellano, lengua que realmente nunca había sabido, pues

desde niño lo llevaron de Santiago á educarse en París. Contaba entonces diez y seis años, pero representaba más edad, tenía ya la estatura, el erecto continente, la expresión dulce y reflexiva en el rostro que en todo tiempo conservó, y en que, por así decirlo, se reflejaba cuanto en él debía surgir, después de transcurrido el período bullidor de su tumultuosa y brillante adolescencia.

La primera vez que nos vimos fué en los altos de una casa de la calle del Prado, donde vivían varios artistas de la compañía de Ópera italiana, principalmente la « primadonna », Adelaida Cortesi, y su marido, Servadio, director de orquesta. Allí, en las noches que en el teatro no había función, se cantaba y se bailaba, y el contento bullicioso de José María, aficionadísimo entonces al baile, ponía de buen humor á todos, y nos reíamos hasta desfallecer de su español chapurrado, doblemente cómico por el tartamudeo y por la mezcla de mal italiano con que á veces pretendía disimularlo. Vivía él en un cuarto interior de una gran juguetería llamada La Iberia, que estaba en la calle del Obispo, y yo á dos pasos en la calle de Compostela. Volvimos juntos á pie, desde la primera noche que nos conocimos, á nuestras respectivas moradas, y de ahí en adelante nos reuníamos con suma frecuencia recorriendo yo siempre con ojos golosos el estante lleno de libros franceses modernos, muchos recientes, que había traído de París, que me franqueaba amablemente y eran verdadero hallazgo para mí, pues en las libre-

rías de la Habana ó no los tenían ó eran innecesariamente caros.

Ya desde esa época adivinábase fácilmente en él, veíase como despuntar el futuro literato, el poeta cultísimo, y fué él, bien me acuerdo, quien primero me enseñó á comprender, á sentir la poesía adorable de las *Bucólicas* y de ciertos fragmentos de Andrés Chénier, que recitaba lentamente con voz de bajo profundo, y comentaba como quien desde muy temprano había comenzado á estudiar la lengua y la literatura helénicas.

Naturalmente no era posible todavía imaginar, ni descubrir nadie en aquel muchacho de diez y siete años al futuro poeta de *Los Trofeos,* pero no podíamos menos de observar y admirar cuantos teníamos el gusto de tratarlo, el fondo sólido de educación literaria, clásica y francesa, que existía ya en él. Yo solía decirle con toda seriedad que su nombre era como un decreto del destino que le ordenaba dedicarse al cultivo de la poesía francesa, y en ella esforzarse por brillar tanto ó más de lo que su primo hermano y homónimo había brillado en la poesía hispano americana, pues le llevaba la inmensa ventaja de una instrucción literaria ya tan notable; y que si el llegar á escribir buenos versos en francés, susceptibles por razón de la lengua sola de ser leídos en el mundo entero, era empresa grande y difícil, no había de ser imposible para quien reunía ya tantos elementos esenciales. Cuán cumplidamente realizó mis votos proféticos, en medio

de qué unánimes aplausos llegó triunfalmente hasta sentarse á título de gran poeta en un sillón de la Academia Francesa de la Lengua, es demasiado sabido y no hay necesidad de insistir en ello. Fué así su vida muy otra de la que tocó en suerte á su pobre primo hermano, pues la poesía, que llevó al uno hasta la gloria, hasta el apoteosis, puede decirse, en una gran capital de la civilización, llevó al otro á morir solitario y obscuro en un rincón de su destierro. Cuba, es claro, tendrá siempre muy presente que fué un hijo suyo el primero de nuestra raza y americano desde varias generaciones anteriores, á quien se otorgó en Francia esa distinción tan buscada y apreciada por los escritores franceses, y nunca olvidará que, gracias á él, resonó una y otra vez el nombre de la entonces desvalida y esclavizada colonia en el coro universal de elogios y plácemes con que el mundo civilizado saludó al autor de *Los Trofeos.*

III

Sus relaciones con la Academia

La entrada del poeta cubano en la respetable y antigua corporación fué por consiguiente el punto luminoso y culminante de su vida. Es así considerado en Francia ciertamente en todos los casos, pues la Academia es algo parecido á una supers-

tición nacional, se le atribuye grande importancia y ser académico es como llegar á mandarín con botón de cristal en China. Equivale en las letras francesas, es innegable, á un verdadero mandarinato, á lo cual mucho contribuye el no ser sus socios más que cuarenta, todos de una sola y misma clase, vitalicios y efectivos, es decir, numerarios. Es raro conseguir ser elegido la primera vez que se solicita, pues solicitarlo directamente y de cada socio uno á uno es indispensable, y candidatos ha habido, entre los más notables, como Víctor Hugo y otros, que han debido insistir y soportar desaires con paciencia. Para Heredia todo fué facilísimo.

Su notoriedad como literato comienza en realidad con la edición primera de *Los Trofeos* en 1893. Hasta entonces algunos de sus sonetos habían aparecido en diarios ó revistas y muchos de ellos se repetían de memoria entre amigos y aficionados á los versos, mas el público no lo conocía, y así fué hasta llegar él á contar cincuenta años bien cumplidos; era como se decía, un autor ilustre é inédito juntamente.

Al parecer sentía grande indiferencia y hasta desdén por los aplausos y la gloria. En realidad manejó sus intereses literarios con suprema habilidad, y supo arreglarse de tal modo que fué su carrera, aunque tardíamente emprendida, tan rápida como triunfante. Todos los momentos importantes de su vida de poeta francés se amontonan uno tras

otro precipitadamente en el curso de dos años, 1893 y 1894. Primero, la aparición del tomo tan esperado, de cuya primera edición repartió inmediatamente más de la mitad entre sus amigos, que eran muchos gracias á su inalterable afabilidad y á la muy sincera modestia de su carácter, y todos ellos se unieron en nutrido coro de aplausos para recibir el volumen. En seguida, su naturalización oficial como ciudadano de la República francesa, expedida por el ministro del ramo con frases de encomio y con dispensa del pago de derechos. La Academia después, en ese mismo año, le adjudicó un premio reservado por su fundador á los poetas, premio que no se discernía hacía algún tiempo, y cuyo monto era de varios miles de francos.

El día 2 de Febrero de 1894 llegó á la cúspide en su camino, pues fué el de su elección de miembro de la Academia Francesa. Había seguido el público con interés, aun mayor de lo ordinario, las peripecias de esa sesión definitiva, porque había parecido dudoso hasta el último instante el resultado para los no iniciados en el secreto de interioridades. En efecto, Alejandro Dumas había resuelto aquella vez, en vista del fracaso repetido de la candidatura de Emilio Zola, que en esta ocasión se presentaba nuevamente, emplear toda su actividad y toda su influencia entre sus colegas (que eran en efecto muy grandes) para evitar que cometiese la Academia ahora el mismo error que cometió con Balzac, el primer novelista de su época, rechazado tenaz y

casi ignominiosamente, por consideraciones que nada evidentemente podían tener de literarias, y que respecto de Zola no era posible alegar. De aquí la duda por algunos concebida de que lograse Heredia triunfar.

Nunca hubo en realidad peligro de derrota, aunque Heredia mismo no siempre las tuvo todas consigo. Así en la serie de visitas previas y obligatorias á cada académico, cuando creía dirigirse á algún amigo de Dumas, contentábase con tratar de asegurar su voto para el segundo escrutinio, si no salía Zola en el primero. Ocurrió esto, por ejemplo, con Sardou, el cual entonces le dijo : « ¿Y por qué no me habla usted más que del segundo escrutinio? — Porque lo supongo á usted comprometido de antemano con Dumas en favor de Zola. — ¡ Oh ! no — replicó el autor de *Patrie*, — así lo dice Dumas, pero no es cierto. Yo votaré por usted. Zola es un egoistón orgulloso que jamás se ha dado la menor pena en favor de ningún cofrade. No soy su amigo y no creo que salga elegido. »

Con otros académicos el matiz de la visita fué diferente; vaya este segundo ejemplo : con el anciano duque D'Audiffret-Pasquier, el cual le dijo : « *Mon ami*, yo no he leído sus versos, ni los leeré, pues estoy muy ocupado y es cosa además de que entiendo poco. Pero mis amigos me han dichoque es usted un *gentilhomme* y puede usted contar con mi voto. » Este gran señor, orador distinguido y personaje politico en extremo respetable, que entró

en la Academia sin haber antes publicado un solo volumen, estaba entonces, junto con el duque de Broglie y el conde de Haussonville, á la cabeza del grupo académico que, á causa de ellos y de otros titulados, se conocía con el nombre de partido « de los Duques », partido al cual Zola, por determinista en filosofía, por republicano y por el crudo realismo de sus novelas, era profundamente antipático. Á despecho de todos los esfuerzos de Dumas y de haber reunido ese día Zola más votantes en su favor de los que nunca había tenido, se lo llevó de encuentro Heredia con la mayor facilidad.

Apenas penetró Heredia en el Palacio de Mazarino, ó del Instituto, que ambos nombres se le suele dar, hallóse allí como en su casa. Puede decirse que era académico por vocación, por temperamento. Conocía la lengua francesa antigua y moderna como pocos, disponía al escribir de un vocabulario riquísimo, y muy pronto le asignó la corporación la primera plaza vacante que hubo en la Comisión particularmente encargada del Diccionario oficial, cuyos miembros reciben gratificación especial además del *jeton de présence* que á todos se les cuenta por cada una de las sesiones generales á que asisten : lo cual monta para los más asiduos á unos tres mil francos anuales. Heredia por ambos motivos venía á percibir unos seis mil francos al año.

Pero el puesto de la Academia, como ya lo di á entender, *mène à tout* aquí en Francia, pues es como

uno de los grandes *Corps de l'Etat* y tiene su lugar reservado en las fiestas oficiales. Por ser académico obtuvo el rápido ascenso en el escalafón de la Legión de Honor, y por la misma razón consiguió la administración de la Biblioteca pública, llamada del Arsenal por el viejo local donde se encuentra, puesto virtualmente vitalicio con sueldo no muy alto, pero con habitación amplia en el edificio y otras ventajas menores.

Elegido el 2 de Febrero la ceremonia de su recepción no se verificó hasta quince meses después, el 30 de Mayo de 1895, por enfermedad de François Coppée, que debía apadrinarlo y leer el discurso en contestación. El de Heredia es bastante largo, aun para la Academia, donde generalmente en esos casos no se estila ahora hacerlos cortos. Antiguamente por el contrario ó no se hacían ó se reducían á muy poca cosa.

Tocaba al poeta tratar de un predecesor obscuro, Charles de Mazade, publicista de segundo orden que pasó casi toda su vida en la redacción de la *Revue des Deux-Mondes*, de la cual fué mucho tiempo el cronista político habitual y siempre colaborador asiduo. El tema, pues, era ingrato, pero supo él infundirle alguna vida é interés bastante variado, y una nota personal en esta forma :

Comienza con un gran elogio de la lengua francesa. « Fué la primera que á mí llegó desde la cuna en la voz de mi madre, y al amor de este noble lenguaje, desde Homero el más hermoso nacido de

labios humanos, debo el venir á sentarme entre vosotros. Y no es sólo al poeta, á quien honra la elección que habéis hecho, ese honor rebota sobre España, nuestra hermana latina, y va aun más lejos, á ese Nuevo Mundo que se disputaron nuestros antepasados comunes, allá en el Océano que baña á la isla espléndida y remota donde yo nací». No aparece en el resto del discurso el nombre de esa patria distante, como tampoco se encuentra en la alusión que á ella contiene el soneto de *Los Trofeos*, de que antes he hablado. La omisión no creo que fuese hecha ni de propósito ni por simple eufonía; tampoco tiene verdadera importancia. Basta recordarle al pasar.

Muestra Heredia en este discurso dotes de prosista brillante y sólido, lo mismo que en otro leído años después al recibir en su calidad de director á un ya anciano candidato, el marqués de Vogüé, y el que en nombre de la misma corporación leyó al inaugurarse una estatua de Joaquín Du Bellay en Ancenis. Sobre todas son muy notables las sesenta páginas del cuadro histórico en que compendia el estado de España en los años 1513 y 1514 y sirven de prólogo á su excelente traducción de la historia de la conquista de Méjico por Bernal Díaz del Castillo, obra vertida al francés y llena de vigor con ligero barniz de arcaísmoque la enaltece y la comunica brillo particular.

El discurso de Coppée, benévolo, simpático en conjunto, no carece sin embargo de las puntas de

ironía á veces acerba que es usual encontrar en este género de funciones literarias, como v. g. clasificar á Heredia como « el más delicado y apasionado de los *amateurs* », y aunque trata de suavizar ó endulzar la píldora inmediatamente con la observación, no muy aguda, de que el vocablo *amateur* viene de *amour* y que en ningún caso debe un derivado de esa palabra ser tomado en mala parte, el calificativo intencionalmente traído queda listo como ave de presa y echado á volar. En otra página del discurso al negar que la producción del poeta pueda, por componerse casi únicamente de sonetos, ser censurada de monótona, agrega esta comparación exacta y muy justa : « Vuestros sonetos son como medallas que solamente se asemejan unas á otras por tener el mismo diámetro y la misma ley del metal, pues en ellas habéis sabido con sutil y vigorosa maestría variar las efigies y los ornamentos. Apenas se fija la vista en ese tesoro de poesía, compréndese bien no sólo que todas sus piezas son de un mismo valor y de oro igualmente fino, sino también que no hay entre ellas dos que sean idénticas y que cada una por sí es un objeto de arte perfecto. El éxito de *Los Trofeos* correspondió á su título y fué triunfal. »

El cargo académico no puede decirse que fuera para Heredia precisamente una canonjía. La Academia reparte todos los años una crecida suma de dinero por medio de un gran número de premios, y en busca de éstos se presentan cientos y cientos

de obras, manuscritas ó impresas, que es necesario leer para dar de ellas informe razonado en las sesiones. En su morada además tenía que evitar en lo posible, sortear, las visitas de los pretendientes, que acudían más ó menos provistos de recomendación; eran generalmente colegas, es decir, poetas, pues á él solía la Academia reservar las obras en verso, y en la época del concurso lo acosaban literalmente para solicitar su favor, y como siempre deseaba complacer, no podía hablar de esa tarea sin llevarse las manos á la cabeza desesperado.

Tres meses después estaba ya elegido el que debía ocupar su asiento académico, y el 17 de Enero de 1907, Maurice Barrès y el vizconde Melchior de Vogué, ahijado y padrino, leyeron en brillante y concurrida sesión de la Academia, sendos discursos en que cada uno exponía con hermoso lenguaje sus recuerdos del poeta á quien íntimamente conocieron y trataron, así como el juicio sincero que tenían formado de su poesía. Imprimen esas dos notables arengas idea muy exacta del hombre y del escritor, cuya imagen personal y cuyo valor artístico estaban encargados de trazar y de medir. Como José María de Heredia se movió constantemente en Francia, entre amigos y admiradores, atraídos por su carácter tanto ó más que por su talento, la amistad y la admiración rebosan en esos dos trabajos, pero sin estorbar en nada á la expresión sincera de una crítica convincente y magistral.

Enrique Piñeyro.

Fué una sesión por todos sus aspectos digna de la memoria del desaparecido y lamentado vate, que en su libro de sonetos inmortales agregó una nota original y penetrante al coro poético de la literatura francesa del siglo XIX, nota cuya perpetua repercusión mantendrá viva y fresca siempre su memoria.

BLANCO WHITE

I

Don José María Blanco y Crespo, como en España, su país natal, se le suele llamar; el reverendo Joseph Blanco White, como él mismo, conservando duplicado, en la forma española y en la inglesa, el apellido paterno, comenzó á llamarse y á firmar desde que se estableció en Inglaterra, segunda patria donde pasó la mitad más ocupada, más útil y fecunda de su existencia, — es una figura original, patética, en extremo interesante, que atrae ó repele según el punto de vista desde el cual se mira y estudia; y que por esto mismo cada una de esas dos patrias, al reconocerlo y tenerlo como suyo, en la parte que legítimamente le corresponde, estima y juzga de muy diferente manera.

España nunca ha perdonado á Blanco White ni la expatriación voluntaria en plena guerra contra Francia, ni su adjuración de la fe católica y súbito abandono del alto cargo que por oposición había

ganado y tenía en la Capilla Real de San Fernando en Sevilla; ni tampoco ciertas opiniones sobre puntos de política interna española y de política americana, que con su pluma enérgicamente sostuvo en los dos periódicos en lengua castellana, que enteramente solo dirigió y redactó en Londres en dos distintos períodos. Inglaterra se ha mostrado en cambio siempre agradecida á los servicios que en más de una vigorosa polémica y al lado de los catedráticos de la famosa Universidad de Oxford prestó á su religión oficial; así como á la profunda admiración que en todas ocasiones proclamó por su lengua, su literatura, sus libertades políticas y su gran papel en la historia y la civilización universal.

Los compañeros de estudios de Blanco, los amigos de su juventud, sus colegas de la Academia de Letras Humanas de Sevilla, nunca lo olvidaron, nunca tomaron parte en la cruzada de cólera con que el clero y la sociedad sevillana apartaron al réprobo de su seno; Arjona, Reynoso, Lista, sacerdotes los tres, dignidades de la Iglesia, así como muchos de aquellos con quienes trabó amistad en Madrid en la tertulia de Quintana, y Quintana mismo, le conservaron hasta el fin sincero y constante afecto, aunque desaprobaran algunos sus opiniones ó su conducta. Al contrario, los que después vinieron y no han tenido medios ú ocasión de tratarlo personalmente ó de simplemente conocerlo de vista son los que han desplegado al relatar su historia y juzgar las producciones de la segunda

parte de su vida un exceso deplorable de crueldad, de ensañamiento; como se ve brotar, á raudales, por todos sus párrafos, en las treinta y siete grandes páginas que le reserva don M. Menéndez y Pelayo en el tomo tercero de su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, publicado en 1883. Poco, muy poco menos severo se manifiesta don Leopoldo Angusto de Cueto en el tomo segundo de su *Historia Crítica de la Poesía Castellana en el siglo XVIII*, dado á luz en 1893, con intento deliberado de agravar lo que el mismo escritor había apuntado antes en el *Bosquejo Histórico-crítico* que en 1869 precede á la copiosa recopilación de poesías líricas de ese mismo siglo, y que ocupa tres volúmenes de ía *Biblioteca de Autores Españoles* editada por don M. Rivadeneyra.

El grado menor de severidad y vituperio en este segundo caso depende probablemente de la distancia enorme que en saber y en dotes de escritor media entre ambos historiadores literarios, pues no tenía á su disposición el marqués de Valmar (título de nobleza que aparece acompañando á su nombre en la segunda de las obras citadas) la vehemencia arrastradora de su predecesor, entonces muy joven, ni tampoco su estilo brillante ó la abundancia de sus recursos. No podía ciertamente estar á su alcance, al concluir su breve estudio de la vida y las obras de Blanco, realzarlo con las frases tan injustas y envenenadas, al par que tan hermosas, con que acaba Menéndez y Pelayo su capítulo. Al resumir éste todo lo que antes dice sobre el soneto en inglés

famoso de Blanco White, soneto á que en su lugar oportuno también me referiré, agrega lo siguiente:

« Sólo esta flor poética crece, á modo de siempreviva, sobre *el infamado sepulcro* de Blanco. Cuando acabe de extinguirse el último eco de sus polémicas y de su *escandalosa vida,* la Musa del canto conservará su memoria vinculada en catorce versos de melancólica armonía, que desde Liverpool á Boston y desde Boston á Australia viven en la memoria de la poderosa raza anglosajona, que los ha trasmitido á todas las lenguas vivas y aun ha querido darles la perpetuidad que comunica una lengua muerta. »

Inglaterra en tanto continúa, á pesar de los setenta años transcurridos desde la muerte de Blanco, dando pruebas de no haberlo olvidado, y hace poco, en 1909, un libro importante, del que todos los órganos principales de la prensa británica hablaron extensamente, contiene un estudio, ameno y sólido al mismo tiempo, sobre su vida y sus escritos, en el que se coloca desde luego á Blanco, al llamado « Peregrino de la Religión », entre los que allí representan y personifican en la cuestión religiosa « el tránsito difícil de la época de la tradición estrecha á la de libertad y actividad intelectual de nuestros días » (1).

(1) *Pre-Tractarian Oxford.* By the Rev. V. Tuckwell. (Smith, Elder.) Londres 1909. Las palabras entre comillas son del *Times* de Londres, repetidas en dos lugares diferentes del número del 25 de febrero de ese año : en el *Suplemento Literario* y en la plana editorial. Titúlase este segundo artículo *A Pilgrim in Religion,* y se refiere á Blanco únicamente. Una nueva biografía por J. G. Sieveking ha aparecido después.

Y cuenta que podrían muy bien tener los ingleses tanta excusa como los españoles para ser severos, y aun para mirar con ojeriza á Blanco, pues abjuró éste públicamente de la fe protestante anglicana, lo mismo que antes de la fe católica romana. No obstante, personajes de tan alto valer intelectual y moral como el grande hombre de estado W. E. Gladstone y el célebre cardenal J. H. Newman, protestante por los cuatro costados el primero, y eminentísimo converso á la religión católica apostólica romana el segundo, nunca, hasta el fin de sus días, desaprovecharon ocasión oportuna de consignar en sus escritos la no borrada simpatía y el respeto con que recordaban al antiguo amigo, con quien durante un cierto período habían vivido en Oxford en íntima comunidad de ideas. Varios otros podrían citarse, todos amigos fieles de la memoria de « esa extraña, aislada, solitaria figura », de la cual quiso espontáneamente Gladstone perpetuar el recuerdo para la posteridad en un notable « ensayo », recogido después en sus *Gleanings of past years*. En él dice, al empezar : « El espíritu de Blanco White fué como un campo de batalla en el cual los poderes de la fe y del escepticismo, con diversa fortuna, pero con singular intensidad, mantuvieron desde el principio al fin su incesante guerra. Dentro del círculo de la experiencia de su vida surgen ante nosotros los más de los grandes problemas morales y espirituales, indispensables en las condiciones de nuestra raza. »

En España, pues, si se le menciona, cosa que no muy frecuentemente acaece, es casi siempre para increparlo ó maldecir su memoria. En Inglaterra, si bien se discute á veces con calor el cambio de frente que lo llevó del protestantismo anglicano á uno de los grupos más libres del unitarismo, nunca es sin tolerancia respetuosa ó con piedad y lástima muy sinceras, á pesar de que nada suele provocar más animadas controversias que esos cambios de secta religiosa, en países protestantes.

Estas consideraciones me deciden á creer que quizás haya todavía lugar para decir algo en castellano sobre Blanco White, mayormente si se trata de hacerlo con ánimo libre de preocupaciones, de prejuicios, adversos lo mismo que favorables.

II

La obra en tres volúmenes publicada en Londres el año de 1845 con este título : *Vida del Reverendo José Blanco White escrita por él mismo* (1), y que en realidad se compone de tres grandes fragmentos

(1) *The Life of the Rev. Joseph Blanco Wihte written by himself, with portions of his correspondence. Edited by John Hamilton Thom.* 3 vols. London : John Champman. M. DCCC. XLV.

autobiográficos, de notas escritas en diversas épocas por él mismo día por día y de cartas tanto suyas como de algunos de sus amigos, es por fuerza la base, si no única, muy principal por lo menos, de todo estudio que se intente sobre el que fué en su patria sacerdote, poeta, periodista, y en Inglaterra lo mismo, además de polemista religioso, *theological writer*, ocupación que sola á su nombre añade Leslie Stephen en el muy completo y juicioso, aunque breve artículo, que le dedica en el gran *Diccionario de Biografía Nacional Inglesa.* Gladstone dijo de esas Confesiones, diarios y cartas reunidas en esta obra : « Son un libro que fuerza la atención y hace sangrar el corazón (1). »

Lleva al frente el primer tomo de esta copiosa y bien dispuesta biografía un retrato de medio cuerpo, grabado en acero, cuyo buen parecido desde luego se adivina por el perfecto acuerdo en que se halla con el carácter y escritos del personaje. Es una fisonomía llena de distinción, que atrae, que seduce, á pesar de su seriedad, á pesar de algo en ella que parece revelar que por contrariedad de la fortuna raras veces esas facciones han sido dilatadas ó animadas por la risa. El rostro aguileño, la nariz prominente y firmemente trazada, la frente elevada y espaciosa, los ojos grandes, andaluces, rasgados, de dulce y penetrante mirada, forman un conjunto que

---

(1) *Gleanings of past years.* London, 1879, vol. II, p. 164. — En este lugar se encuentran las frases del mismo Gladstone, citadas anteriormente.

no es español enteramente, algo vagamente inquieto al par que reflexivo y melancólico, cual si fuera producido por fusión incompleta del elemento materno sevillano con el tipo resultante de la larga sucesión de antepasados irlandeses del lado paterno.

Ambos aspectos se mantienen hasta el fin visibles en la existencia de Blanco, predominando cada uno en la parte correspondiente de las dos mitades, de extensión casi exactamente igual, en que se divide la historia de su vida; pues si nació en Sevilla el 11 de julio de 1775 y en esa ciudad, ó en Madrid, ó en Cádiz, residió hasta el año de 1810, — al comenzar de este año mismo emprendió viaje á Inglaterra, para nunca más volver al país de su nacimiento y en Inglaterra morir el año de 1841. Rebajando los años de la primera infancia, resultan prácticamente de duración idéntica los dos períodos, es decir, de treinta años cada uno. Blanco murió poco antes de cumplir sesenta y seis.

Pero en su biografía, como hemos de verlo, la segunda mitad resulta haber sido más importante, más fructífera que la primera, sobre todo considerado él como teólogo, como vigoroso controversista, como crítico literario y aun como poeta : y si bien falta en la segunda el efecto trágico de esa figura sombría de sacerdote mal avenido con sus hábitos religiosos, hábitos adheridos á su cuerpo como túnica de fuego de la que poder humano ninguno era bastante á librarlo en su país, llénala casi toda una angustia tal de sincero y á veces desesperado

buscador de la verdad religiosa, que despierta aun hoy vivísimo interés.

Fué Blanco el primero entre los varones de su familia que recibió toda su educación en Sevilla; la familia, establecida hacía tiempo en esa ciudad, era allí como « una pequeña colonia irlandesa cuyos miembros conservaban el lenguaje y muchas de las costumbres y gustos que á España trajo consigo el fundador» (1). Desde el tiempo de Fernando VI habían sus jefes obtenido ejecutoria de hidalguía, y todos, comerciantes muy bien reputados, fueron siempre además católicos sinceros y fervientes, con matiz bien marcado de fanatismo, color que se hallaba muy presente y muy marcado también, como era desde luego de suponerse, en la dama sevillana, de antigua cepa noble de Andulucía, con quien casó don Guillermo White, padre de nuestro don José María, nacido en Sevilla, pero que fué enviado á Irlanda á recibir su educación.

Tales condiciones de familia parecían traer envuelta para el hijo, al escoger carrera, la necesidad de ser ó comerciante ó sacerdote. En efecto, no tenía más de ocho años de edad cuando lo sentaron ante una carpeta del escritorio paterno, á comenzar su aprendizaje copiando cartas y facturas y conocimientos. No había nacido él empero para vivir de esa manera arrinconado, tenía talento natural y ansia muy viva de instruirse; y al fin, con

(1) *The Life... (ut antea)*, vol. I. p. 5.

la anuencia entusiasmada de la madre, dejó las cuentas y comenzó los ejercicios necesarios para entrar en la carrera eclesiástica, profesión liberal casi única reservada á las familias nobles ó seminobles. Arrastráronlo, pues, en ese sentido, para desgracia suya y de los suyos, el horror á la monotonía de la teneduría de libros, la necesidad de satisfacer á lo que pedían sus facultades naturales y su imaginación poética desde muy temprano reveladas, y por cima de todo, con fuerza incontrastable en esos sus juveniles años, el amor de hijo, el cariño á su madre; sin poder naturalmente prever nadie que este último sentimiento, exagerado hasta transformarse así en deplorable debilidad, sería causa de romper violentamente un día todos los lazos que á la familia, á la patria y á la fe de sus mayores estrechamente lo ligaban.

Completó sus estudios religiosos, no reducidos estrictamente á lo que se enseñaba entonces en los seminarios, gracias á un sacerdote distinguido, don Manuel María de Arjona, humanista, poeta de algún valer, que á él y á Reynoso y á Alberto Lista (corifeos de la llamada escuela poética sevillana que con cierto brillo floreció al principiar el siglo XIX) dió generosamente lecciones de literatura, mientras Blanco aprendía además por sí solo el francés y el italiano, y ahondaba en el estudio del latín un poco más allá de lo que en la Universidad se exigía.

De este modo y á vueltas de intermitentes vaci-

laciones, dudas y temores, que más de una vez lo llevaron á punto de abandonar el intento, arribó por fin á la edad de veinticinco años y al instante crítico de pronunciar la palabra fatídica y el juramento irrevocable. No era posible que el padre y la madre dejasen de observar la situación del hijo, la incertidumbre que tan penosamente antes del paso final lo acongojaba; y vióse bien en la conducta de cada uno la diferencia de temperamento, no obstante la identidad de sentimientos y deseos. El padre provocó una conferencia aparte con el hijo para insistir grave y solemnemente en el consejo de no aventurar todo su porvenir, toda su vida, si la menor angustia le hacía dudar de la firmeza de su propósito é imaginar, siquiera como posible, el horror de un arrepentimiento tardío. Pero la desolación que de la madre intensamente se apoderaba ante semejante idea arrolló en el hijo todas las dudas : « Era ya demasiado tarde », escribió éste repasando treinta años después la historia de su vida, « hallábame yo en esos momentos bajo el encanto de su cariño y como la disyuntiva era volver á trabajar en el comercio ó refugiarme en la iglesia, tomé equivocadamente por vocación é impulso de seguir la profesión, lo que no era más que vivo deseo de secar las lágrimas en los ojos de mi madre. »

Para esa madre, santa y buena, aunque tan completamente dominada por el ardor de su piedad; que vió una de sus hijas apartarse de su lado para

profesar en un convento de monjas, y que pronto vería á la otra hija hacer lo mismo, debió ser satisfacción inmensa que también el hijo admirable, de tan brillante inteligencia y tanta ansia de saber y perfeccionarse, se consagrara á Dios y voluntariamente se atase con lazo indisoluble á su servicio. ¡Cuán diferentes, cuán desastrosas habían de ser las consecuencias de esa pasajera alegría! Las dos hijas murieron con pocos años de intervalo, jóvenes aun, consumidas por el duro y estrecho régimen de vida á que estuvieron en el convento sometidas; y un tormento mayor, terrible, sin igual, aguardaba á esa pobre madre el día que comenzó á adivinar, á descubrir en el hijo adorado el cambio fundamental de ideas, el alejamiento gradual y constante de la iglesia y de sus dogmas esenciales, llegando entonces hasta el extremo de evitar el entrar en conversación con él, por temor de oir de sus labios alguna expresión que, conforme á los preceptos de la Iglesia, la pusiese en el imprescindible caso de ir ella misma á denunciar su conducta ante la Inquisición. Así lo cuenta Blanco mismo en uno de sus libros publicados en Inglaterra (1).

Para atenuar un tanto lo que sorprende, y aun subleva, en revelación semejante, es preciso recordar que al hacerla Blanco por primera vez, fué su objeto solamente presentar un ejemplo «de los

(1) *Practical and Internal Evidence against Catholicism*... 1 vol. 8*vo*. Primera edición, 1825. Segunda, 1826.

horribles resultados á que podía llegar el fanatismo que la Iglesia inculcaba en sus fieles». Así es que en la autobiografía, al repetirla diez años después, se vuelve á los que en Inglaterra misma encontraron inoportuna tal acusación contra su madre, y añade entonces estas palabras : « Mi madre es digna de compasión por haber sido educada bajo la completa influencia de los principios de la Iglesia Romana, tales como entonces en España se entendían; pero la abnegación con que aceptaba y concebía su deber religioso merece la admiración de cuantos sean capaces de apreciar y juzgar un carácter virtuoso, sometido á la prueba de semejantes condiciones exteriores» (1).

Es controvertible todo esto por de contado; lo traigo á colación simplemente como muestra del grado á que podía llegar en la polémica y la invectiva un hombre como Blanco White, de quien cuantos de cerca lo trataron, en España igual que en Inglaterra, encomian á una la dulzura y amabilidad de su carácter (2).

(1) *The Life...*, I, p. 157, nota.

(2) Así lo declararon Southey, Coleridge, varios otros. Véase el artículo antecitado de Leslie Stephen en el *Diccionario de Biografía Nacional*. — Don Alberto Lista en carta insertada en la introducción á las *Obras* de Reynoso, publicadas por los *Bibliófilos Andaluces*, escribe estas líneas : « Yo he sido siempre un medio entre los dos. No siempre he reprimido mis afectos como Reynoso, pero nunca les he concedido la razón como Blanco... Reynoso era el mas perfecto de los tres, Blanco *el más amable*, yo el más enérgico. » Lasso de la Vega, *Historia y Juicio crítico de la Escuela Poética Sevillana*, Madrid. 1876, p. 147.) Don Antonio Alcalá Galiano en artículo de la *Crónica de Ambos Mundos*, 1860. incluído por Cueto en la *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 67, dice que el genio de Blanco era « agrio y violento »; pero Galiano trató demasiado poco á Blanco para que pueda en este caso su juicio valer tanto como el de Lista.

Pero antes de sonar, en familia hasta entonces muy unida, la hora triste del escándalo y la discordia, gozó la madre de muchas horas de gusto y de ventura, oyendo los hermosos sermones, llenos de rica fantasía, que predicaba ese hijo, colmado de honores desde muy temprano, ganados honrosamente en pública lid : Rector de un importante Colegio, luego Canónigo de la Catedral de Cádiz tras brillante oposición, Magistral por último en la Capilla Real de San Fernando de Sevilla : todo en los dos primeros años siguientes á la fecha de su mayoría de edad. Al mismo tiempo ganó como poeta elegante, como excelente prosista, rápida reputación, y el concepto de todos lo colocaba al mismo nivel que Arjona, Lista y Reynoso, honra y prez de la recién fundada Academia de Letras Humanas, y de la escuela de poesía, que ya se consideraba como renacimiento feliz de la que en la misma ciudad tanto había prosperado en los siglos XVI y XVII con Herrera, con el autor de la hermosa oda clásica las *Ruinas de Itálica*, con el de la no menos bella *Epístola Moral*, con Rioja, el Rioja de la pequeña silva *Á la Rosa*, con Gutierre de Cetina en fin, y con Arguijo.

Las poesías de Blanco apenas se acercan á las de esos predecesores, ni dió él nunca á la verdad, mientras en España vivió, pruebas decisivas de verdadero poeta. Son sus versos en general correctos, conceptuosos, armoniosos á menudo, mas casi siempre destituídos de real, íntima poesía; obra sin

duda de hábil artífice, en el fondo producción de un hombre instruído, que sabe lo que quiere decir, cuya pluma nada podía dar á luz enteramente privado de algún valor; pero el estro no los levanta ni los inflama. Leídos cuidadosamente todos, como los ofrece reunidos el diligente colector de poesías líricas del siglo XVIII en la *Biblioteca de Autores Españoles*, puede muy bien suceder que no quede al lector en la memoria uno solo cuyo recuerdo vuelva espontáneamente á presentársele. No así acontece con los pocos que escribió en inglés durante la segunda mitad de su vida, ni con las tres ó cuatro poesías en castellano que brotaron con acento dolorido en las horas melancólicas de sus últimos años, en el período de la existencia en que imágenes y reminiscencias de la juventud, ya pálidas y mustias, reverdecen como flores solitarias en corazón desierto de donde va pronto á desaparecer para siempre hasta la esperanza.

Pocos meses después de haber iniciado la práctica y los deberes de su cargo sacerdotal, comenzaron las dudas á trabajar en su espíritu. Ellas en verdad habían empezado mucho antes á germinar allí, desde que una tía del lado paterno, « la única dama sevillana que poseía una pequeña biblioteca », le prestó las obras de Feijóo; y del *Teatro Crítico* de ese buen benedictino recibió Blanco las primeras impresiones de filosofía moderna baconiana, en contraposición á la aristotélica y tomista que le enseñaban en la Universidad. De ahí partiendo,

fué luego, de libro en libro de los filósofos franceses de la misma época, hasta empaparse en lectura tan francamente ateísta como el *Sistema de la Naturaleza* del barón de Holbach; y no tardó en desencadenarse la tempestad que había de llevarse todas sus creencias católicas, y aun cristianas, dejándolo en completa, desnuda incredulidad : « Una tempestad (dice él mismo) que al caerme encima, barrería de un golpe todas las impresiones tan laboriosa y tan largamente inculcadas en mi espíritu. » (*The Life...*, I, p. III.)

Engolfóse más y más en esas lecturas. Descubrió otros miembros del clero tan escépticos como él, que le prestaron « todas las obras anticristianas que tan abundantemente brotaban de las prensas de Francia ». Sin distinción leía unas y otras, porque « cuando falta libertad, agrega, no puede haber discriminación. El apetito devorador producido por la abstinencia forzada inclina la mente á atestarse de toda suerte de alimentos... Fingiendo vivir en estudioso retiro, dispuse un pequeño aposento en que solos los amigos de mi entera confianza penetraban. Ahí custodiaba mis libros prohibidos, bien escondidos en un rincón especialmente preparado debajo de una escalera. Pero sobre la mesa de mi aposento únicamente se veía el Breviario con su encuadernación obscura, sus broches y cantos dorados, para contener así toda sospecha de parte de cualquier visitante que inesperadamente apareciese. » (*Letters from Spain*, p. 117.)

Todo así lo precipitaba al desengaño, al descreimiento, á la abjuración, al despeñamiento final. La situación por doquiera que volviese los ojos parecía de propósito creada para lanzarlo más pronto al abismo á que corría. En torno suyo veía que el miedo al tribunal de la Inquisición era lo único que mantenía aparentemente en conformidad con las enseñanzas de la Iglesia, á muchos que en el seno de la amistad no tenían empacho de confesar sus dudas y sus cambios de sentir. Veía igualmente que otros sacerdotes, demasiado numerosos, tenidos por modelos de virtud, vivían en la mayor inmoralidad, aun los más encopetados, y entre ellos el Penitenciario de la catedral de Córdoba, Arjona, su maestro, su confesor, su protector, su amigo(1). Manaba sangre en su pecho sin cesar la imagen de la suerte de sus dos hermanas, desaparecidas, la una en la muerte, la otra encerrada en un convento de la orden cruel de San Francisco, donde solamente viviría unos pocos años más, sin que nunca volviese él á verla. Dentro de su casa en fin, donde se practicaba la religión sin tolerancia, en la forma más estricta, con verdadero fanatismo, padre y madre entristecidos más que por los duelos, por la decadente fe del hijo querido y éste siempre ceñudo y desalentado ante el negro horizonte que lo circundaba.

Trató un momento de embarcarse, emigrar á

(1) *The Life...*, I, p. 124.

América, establecerse en los Estados Unidos. No pudo realizarlo, y tuvo que contentarse por último con pedir una licencia para Madrid que le concedieron por corto término; mas esperaba luego prorrogarla y vivir algún tiempo en la capital, arrinconado, obscurecido, sin deberes religiosos á que públicamente atender : única manera entonces á su alcance de aquietar temporalmente sus escrúpulos, sin afligir demasiado á su familia, sin romper de un todo con ella.

III

De este viaje y larga residencia en la capital de la monarquía debía resultar más adelante el más leído, y único acaso extensamente popularizado, de los libros que publicó Blanco en Inglaterra : el titulado *Cartas de España por don Leucadio Doblado* (2). Formó este seudónimo, sin idea de ocultar más allá de cierto grado su persona, agregando, como lo advierte en el prefacio de la segunda edición revisada y corregida, al nombre *Leucadio*, derivado de la raíz griega que significa *blanco*, el vocablo *Doblado*

(2) *Letters from Spain. By Don Leucadio Doblado.* 1 vol. 8 vo, 1822. — *Second edition. Revised and corrected by the author.* — London, 1825. — Á esta última edición es á la que siempre me refiero.

á causa de la repetición, ya por él entonces usada, del apellido *White* de su familia, vertido al español, versión impuesta por sus paisanos con objeto de evitar « valerse de palabra cuya pronunciación y ortografía eran tan diferentes en castellano ». Estas cartas, en su mayor parte escritas en 1820 para una revista mensual, *The New Monthly Magazine*, un año antes de coleccionadas y publicadas en volumen, son cuadros acabados y admirables de costumbres de Andalucía, de Sevilla principalmente, desde donde se suponen dirigidas y escritas entre 1798 y 1808; pero dos de ellas, tal vez las más interesantes, aparecen fechadas en Madrid, año de 1807, tratan de política, de literatura, y en unas treinta brillantes páginas ofrecen en croquis vigoroso el retrato de lo que era aquella Corte, cuya cumbre ocupaban el rey Carlos IV, la reina María Luisa de Parma, el príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, y don Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

Á poco de llegado á Madrid pasó á Salamanca, con objeto de solicitar desde esa ciudad, conforme á la ley del caso, prórroga de la licencia. La logró, y tuvo además la satisfacción de conocer y tratar en esa ciudad al que los literatos todos de la época, los poetas principalmente, reconocían como maestro, á don Juan Meléndez Valdés : « persona amable, muy instruída y de un gran gusto, único español entre los que he conocido, que, rechazando el catolicismo, no ha caído en el ateísmo. Era un deísta devoto ».

Vuelto á la capital, el coronel don Francisco Amorós, muy conocido más adelante en Francia por sus institutos gimnásticos, que había simpatizado con él por comunidad de ideas y por mutua afición á la música, y que entonces intervenía en la creación de una escuela para aplicar el sistema de Pestalozzi bajo los auspicios del príncipe de la Paz, le ofreció en ésta el puesto de catequista ó instructor religioso. « Hízome la proposición », cuenta Blanco, « como excusándose de brindar semejante cargo á un hombre *ilustrado*, y acepté yo, á pesar de sentirme humillado y avergonzado, por evitar que se lo dieran á algún gazmoño santurrón. » El cargo era sin sueldo, y Blanco, es claro, conservaría los emolumentos de su prebenda en Sevilla.

Fué su gran recurso, su gran consuelo en Madrid, la tertulia de Quintana, á la que constantemente asistía, después de paseo cotidiano por el Prado en compañía del ya bien conocido poeta. En este párrafo de las *Cartas* presenta á Quintana tal como lo vió en aquellos años inmediatamente anteriores á la invasión francesa : « Joven abogado, cuyas dotes poéticas, variada lectura y selecta erudición colocan entre los primeros de nuestros literatos; al par de ser, por la bondad de su corazón y sus nobles y elevados sentimientos, un amigo inapreciable y agradabilísimo compañero. La norma de su conducta política es el odio profundo á la tiranía existente, y una grande oposición á la influencia domi-

nadora del emperador francés sobre la Corte española.»

De don Leandro Moratín expresa los mayores elogios y piensa que «si no hubiese sido por su estricta fidelidad á las unidades y su respeto servil á las reglas aristotélicas del drama, habría podido elevar el teatro español hasta hacerlo decididamente superior al del resto de Europa». Observa que Moratín y Quintana acaudillaban dos partidos literarios irreconciliables, sin ser la literatura misma causa de esa disensión, pues nacía de haber Moratín y sus amigos procurado captarse el favor del príncipe de la Paz; mientras Quintana por su parte jamás había dirigido una sola línea al favorito. «Esto ha producido una separación total que revienta en forma de sátira ó invectiva cada vez que aparece alguna composición de Quintana.»

Este favor del omnipotente privado causó también á Blanco, aunque indirectamente, algunos malos ratos, á pesar de no haber solicitado cosa alguna de él, ni recibido más beneficio que el puesto ínfimo sin sueldo de la Pestalozziana y un permiso indefinido de residir en Madrid y no continuar en el trance penoso de ejercer en Sevilla el sacerdocio, de decir misa, predicar en el púlpito, oir en el confesonario, cuando ya no se sentía poseído de la gracia ni convencido de la verdad y santidad de lo que hacía. Ese permiso, sin embargo, era todo para él en aquellos momentos, y sentíase profundamente agradecido. Si pretendió en ocasiones diversas

hacer justicia al favorito, decir en su obsequio lo poco que podía alegarse sin faltar á la verdad, no olvidó un solo instante el origen vergonzoso de su privanza y los medios aun más reprobables con que la recuperaba cada vez que la sentía escapársele; ni su ignorancia, y el perpetuo escándalo de su vida pública y privada, ni, en fin, la ciega vanidad con que se echó él mismo en las garras de Napoleón y se dejó engañar lastimosamente (1).

En los exámenes públicos de la escuela recitó Blanco una oda, que se imprimió, y habiendo llegado un ejemplar por vía oficial á manos de Godoy, invitó éste al poeta á una de sus audiencias no públicas, « en que sólo recibía personas de alta clase, del ejército especialmente. El príncipe, que tenía ciertamente maneras muy agradables, me dirigió un expresivo cumplimiento, y siguió adelante, diciendo algo, cual solía, á cada una de las personas presentes». Fué esa la vez única que asistió Blanco á función semejante. Tampoco pudo ser de otro modo, pues fué también la última que celebró el favorito. Ya en ese momento no distaba mucho de Madrid el mariscal de Francia Joaquín Murat al frente de su ejército, y la hora de la gran catástrofe se aproximaba.

Pero los muchos enemigos que á Blanco produjeron su partida, su establecimiento en Inglaterra y las opiniones políticas que á veces sostuvo en su

(1) Véanse *Letters from Spain*, pag. 301 á 318.

periódico *El Español*, nunca desperdiciaron ocasión de recordarle sus relaciones con Godoy, y hasta la Regencia del reino, que sucedió á la Junta Central y que gobernaba en nombre de Fernando VII, lo que se mantenía libre de la ocupación francesa, llevó su saña hasta el punto de calificarlo, en documento oficial de « eterno adulador de don Manuel Godoy », al cual oficialmente, como se ve, ya no llamaban príncipe de la Paz.

Blanco, al defenderse y replicar con energía, ni entonces ni luego añadió su voz á la del numeroso coro de enemigos personales de Godoy. Es de creer al contrario que movido por sentimiento, acaso excesivo, compadeció más por eso mismo la triste suerte del hombre, caído de lo alto de todas sus grandezas. De ahí que al aparecer en 1836 las *Memorias*, que Godoy escribió ó no escribió, pero que fueron por él mismo dadas á luz (1), resolviese Blanco decir algo á propósito de ellas é insertar su artículo en la *London Review*, con objeto de blanquear un tanto la memoria del personaje. Anunció su intento en carta á lord Holland de esta manera : « El pobre hombre con todas sus faltas me inspira lástima ; hay que confesar que ha sido bárbaramente tratado. Estoy resuelto á

(1) Á diversos escritores se ha achacado, como es sabido, la paternidad de estas *Memorias*. Pero J.-G. d'Esménard, autor de la traducción francesa, que salió á luz en París al mismo tiempo que la edición española, dice en la introducción del tomo primero : *C'est bien lui qui l'a composé, rédigé presque sous mes yeux... La copie qui sert á l'impression a été revue, corrigée, collationnée par lui...*

borrar las falsas impresiones que de él quedan todavía. Fué ciertamente persona de carácter afable y con buenas intenciones. Fundábase mi único grave cargo contra él en el supuesto de su mal proceder con Jovellanos, pero todo el que conoció á Caballero debe estar hoy convencido de que ese odioso individuo fué el causante de las penalidades de Jovellanos.» No es inoportuno recordar que Larra hablaba también de Godoy con muy parecida indulgencia, en artículo publicado en Madrid el año mismo de la aparición de las *Memorias* y recogido en la colección de sus obras.

El objeto principal de la carta de Blanco era pedir al noble inglés, su amigo, permiso de citar en el artículo un rasgo clemente de Godoy, ignorado de todos; de Holland y el interesado solamente conocido. Tratábase de un súbdito británico que, con recomendación de lord Holland, fué á solicitar del favorito algún alivio en la situación de un hijo, condenado á presidio perpetuo en América por causas políticas y encerrado en la insalubre fortaleza de Omoa. Leyó la carta Godoy, oyó al atribulado extranjero, pasó al cuarto del rey, á los pocos momentos volvió con el indulto completo del prisionero, agregando con benévola sonrisa, en respuesta á la efusión de gracias del postulante, que era lo menos que podía hacer en favor de quien venía desde tan lejos y tan bien recomendado, y le concedió además pasaje en barco del Estado para ir de Cádiz á Honduras en busca del hijo.

Consigna Holland en su respuesta unas palabras de Godoy, que no pueden aun hoy leerse sin emoción. Con motivo de la muerte de Carlos IV á cuyo lado se mantuvo hasta el fin, y al recordar el odio implacable que le conservaba siempre Fernando VII, escribió en 1821 otra carta á Godoy ofreciéndole, de acuerdo con el ministro lord Liverpool, asilo y protección segura en el suelo inglés. Godoy contestó muy agradecido y añadió con amargura que « durante años habían estado á su disposición los recursos de uno de los países más ricos de la tierra, que había tenido durante ese período ocasión de hacer la fortuna de miles y miles de personas, y que sin embargo era ahora él, un extranjero, el primero y único mortal desde su caída, que le daba muestra de conservar agradecimiento, ó memoria siquiera, de servicio alguno grande ó pequeño por él prestado » (1).

Influído por datos y consideraciones de este género escribió Blanco su artículo, que salió en la Revista inglesa mencionada; pero es claro que el fallo final de la historia sobre los actos de la vida pública de Godoy ha de apoyarse en bases diferentes, y que no es bastante echar la culpa encima de otros ministros de menor importancia, para exonerarlo á él.

---

(1) *The Life...*, vol. II, p. 195. Holland cita esas frases de memoria; en la respuesta de Godoy que junto con la carta del lord se encuentra en el tomo IV de las *Memorias*, son un tanto diferentes, aunque en sustancia vienen á decir lo mismo.

Lord Holland, gran columna hasta sus últimos días del partido *Whig* en Inglaterra, grande amigo de Quintana y gran viajero también, visitó España varias veces, residiendo algún tiempo en Madrid durante casi todas ellas. Ahí y en Sevilla lo conoció y trató Blanco, contrayendo con él amistad á que puso término sólo la muerte, y que fué sin duda uno de los más vivos estímulos á decidirlo por Inglaterra cuando necesitó nuevo suelo en que arraigarse.

Durante su estancia en Madrid escribió muy poco para el público, y aun menos en verso que en en prosa. Lo más importante fué la réplica al juicio del poema de Reynoso *La Inocencia Perdida* que escribió é insertó Quintana en la « Obra Periódica » mensual, que éste publicaba con el título de *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*.

La *Inocencia Perdida* es una obra poética que puede á lo sumo calificarse de estimable, un poemita de poco más de cien octavas reales, con el mismo argumento del *Paraíso Perdido* de Milton, pero alejado y empequeñecido, como si fuese un vasto paisaje mirado por el objetivo del anteojo, *par l'autre bout de la lorgnette*. Pero era su autor el presbítero don Felix José Reynoso, cura de Santa Cruz, socio importante de la Academia Sevillana; había obtenido su obra el premio en concurso abierto por esta misma, é hizo desde luego algún ruido entre el clero y los aficionados á las letras. No impreso inmediatamente, hubo, según parece, tal

empeño en conocerlo que alguien se aventuró á publicarlo sin consentimiento del autor y con muchas erratas y disparates, lo cual movió por fin á Reynoso á darlo á luz por su cuenta, en un elegante cuaderno salido de la Imprenta Real en Madrid, con una bonita estampa emblemática al frente, oportunamente explicada, ó « declarada», como dice, en hoja especial al efecto reservada.

Quintana juzgó el poema breve y benévolamente, sin encomios exagerados. Hizo algunos leves reparos de forma y dirigió dos cargos importantes al autor respeto á la esencia de la obra. En el primer cargo, de acuerdo con Boileau en su *Arte Poética*, que proscribe de la epopeya el maravilloso cristiano, reprueba por las mismas razones la elección del argumento; mientras en el segundo, sin abrumar á Reynoso con el ejemplo de Milton, deplora que en la escena capital de la seducción de Eva se hubiese apartado tan completamente del poeta inglés hasta presentar la serpiente tentadora, no bella y vistosa de aspecto, insinuante y dulce, como Milton lo hace, sino repelente de figura, sin gracia y sin posible seducción en el violento lenguaje que le atribuye. La primera objeción, aplicable sobre todo en país como era España entonces, donde la religión tendía siempre á tomar carácter severo, imponente, avasallador, continúa pareciendo justa, aun en nuestros días, á escritores de poiniones filosóficas tan distantes de las de Quintana como por ejemplo F. Brunetière en sus notas

al poema didáctico de Boileau. Respecto á la segunda objeción pienso que es una reflexión estética indiscutible.

Blanco salió á la defensa de los versos de Reynoso, su conciudadano é íntimo amigo de la juventud, llevado sobre todo, es de suponer, por sentimientos de afecto, y dirigió « á los Editores de las *Variedades* » una carta, cuatro veces más extensa que el artículo de Quintana, que puede hoy todavía leerse con interés. Está escrita con suma templanza, con animación y delicadeza, en lenguaje terso y preciso, y bastaría ella sola para dejar demostrado que al resolver Blanco expatriarse y escribir en otro idioma, perdió al mismo tiempo España un prosista de orden superior, más variado y no menos nervioso que Quintana.

Polémica de esta laya no tendría hoy razón de ser; á nadie se limita ya por consideraciones religiosas la elección de sus argumentos. Pero la obra que le dió origen estaba muerta aun antes de nacer, y la Eva y la serpiente y las otras figuras de Milton no pueden ponerse en parangón con las débiles siluetas del respetable y por otros motivos muy distinguido sacerdote sevillano. Quintana implícitamente lo confirma así, al contentarse por respuesta con una pequeña observación en forma de nota al escrito de Blanco, en la que advierte que lo hace « más en defensa de nuestra intención que de nuestro juicio literario, y es la sola que nos permitiremos acerca de esta contextación, la qual es un

ejemplo del modo urbano y decente con que deben tratarse estas materias entre personas que cultivan las letras y se estiman recíprocamente» (1). Palabras estas últimas en que respira Quintana por la herida; aludiendo sin duda á Moratín el hijo con su Tineo, su Hermosilla y sus otros seides agresivos.

La resolución de abandonar la Iglesia se afirmó más en Blanco día por día de esos tres ó cuatro años relativamente obscuros que pasó en Madrid, aunque lo detuvieran naturalmente todavía el escándalo inevitable y sin duda el riesgo personal á que se exponía ante tribunal tan formidable como el Santo Oficio. Su conformidad con las doctrinas de los filósofos franceses de la época había llegado, al refugiarse en la capital, á una violenta crisis, y en uno de sus escritos paladinamente lo confiesa: « Exasperado por la diaria necesidad de someterme aparentemente á doctrinas y personas que detestaba y despreciaba, la amargura desbordaba en mi alma. Aunque bien conozco las ventajas de la moderación, como ninguna se empleaba conmigo aprendí prácticamente, contra mi propio juicio, á ser fanático también por mi lado. » (2)

De este proceder exagerado se confesaba él mismo culpable diez años después en el último número del segundo periódico que redactó en Lon-

---

(1) *Variedades...* Año II, tomo I, p. 179 (Madrid, 1805). He respetado la ortografía del texto original.

(2) *Letters from Spain*, p. 117.

dres en castellano. Dijo allí que en Madrid «por no entrar en ninguna iglesia no vió las excelentes pinturas que hay en las de aquella corte. Tan enconado (agrega) me había puesto la tiranía» (1).

Libre ya en su propio concepto, aunque no tanto en la apariencia ni en la opinión de los demás, juzgóse libre también de ciertas consideraciones en materia que no era socialmente menos delicada. Á esto se refieren sin duda dos alusiones misteriosas en dos diferentes lugares de la autobiografía. En el primero, después de mencionar su situación intolerable al fingir aquello en que no creía y al ejercer, como si aun creyera, su ministerio, dice : « Y, sin embargo, este género de sufrimiento debía ser nada, comparado con el que estaba condenado á experimentar cuando unas relaciones infortunadas me forzaron á amar á escondidas y disimular sentimientos que, inocentes por sí mismos, una superstición maldecida envenenaba y degradaba.» La otra alusión, menos explícita aunque á primera vista más circunstanciada, parece referirse á lo mismo, y concluye así : « Doy gracias á Dios de todo corazón por haber podido fielmente cumplir cuantos deberes la moral estricta me imponía á causa de esas relaciones. Gracias también le doy, y con más ardor aún, por el modo como mi lealtad á esos deberes fué después grandemente recompen-

---

(1) *Variedades ó Mensajero de Londres.* Octubre 1°, 1825.

sada.» De esta recompensa habrá ocasión de hablar en época posterior de su vida (1).

En Madrid hallábase, pues, lleno como siempre de incertidumbre y angustia por su porvenir, cuando cayó sobre España la formidable avalancha militar francesa, precedida en el orden de los sucesos por los tumultos del sitio real de Aranjuez, que echaron despeñado al suelo al favorito de los miserables soberanos, y á éstos mismos costó la pérdida del trono, pues se prestaron voluntariamente á renunciarlo y abandonarlo por salvar la vida del príncipe de la Paz, derrumbado á tal extremo de abyección que era esa vida miserable lo único que de su antes espléndida fortuna le quedaba, lo único que podía salvársele y conservarle todavía(2).

Á Fernando príncipe de Asturias, al heredero del trono, enemigo sin piedad de Godoy y de sus mismos padres, necesitaron éstos acudir para evitar que la furia del pueblo, excitado por conspiradores de alta clase, hiciese menudos pedazos lo que del pobre Godoy quedaba, insultado, vilipendiado prisionero cubierto de sangre, tendido en el suelo del cuartel de Guardias. Diríase de antemano pre-

---

(1) *The Life...*, vol. I, p. 117 y 132.

(2) Que fué ése uno de los móviles, si no el principal, de la abdicación, ha sido opinión general dentro y fuera de España, aunque en 1859 lo puso en duda Lafuente en su Historia (t. XXIII, p. 247, nota) pero sin aducir prueba directa alguna. Confirma la primera versión el haber Carlos IV hasta su muerte en 1819 conservado á Godoy cerca de él con el antiguo inexplicable afecto. Ello es de todos modos discutible; y se ha discutido, sin traer nuevos datos concluyentes, al celebrar España en 1908 el primer centenario de lo que ocurrió en Madrid el dos de Mayo de 1808.

parado para algún poeta trágico ó moderno novelista el breve diálogo que, según la tradición, medió entre aquellos dos irreconciliables adversarios. « Te he salvado la vida, Manolo», dijo Fernando. — « ¿Es ya rey Vuestra Alteza? », preguntó Godoy. — « Todavía no, pero pronto lo seré. » — Iba á serlo sin duda, aunque por unos cuantos días nada más, pues para ceñirse definitivamente la corona necesitaría pasar primero seis años confinado en el castillo ducal de Talleyrand en el centro de Francia, de donde salió tan ignorante, tan rencoroso y tan avieso como había entrado; mientras en medio de la tempestad de sangre y fuego más terrible su pueblo enloquecido le había defendido con furia inaudita el trono de sus antepasados.

Fué Blanco testigo presencial en Madrid de los horrores del dos de Mayo de 1808, de la venganza frenética que el jefe de las tropas francesas, Murat, Gran Duque de Berg, en posesión tranquila de la ciudad donde había entrado sin costarle una gota de sangre, á título de amigo, resolvió tomar ese día en represalia de unos cuantos atentados que contra soldados dispersos cometieron los madrileños; pero en realidad con el fin de intimidar, aterrorizar la capital y con ella el país entero. De esos sucesos hizo en las *Cartas de don Leucadio Doblado* una relación exacta, vigorosa é imparcial, documento histórico de valor permanente, como íntegras lo son también las dos cartas que á esos días se refie-

ren y con las cuales termina el libro, escrito catorce años después, de memoria y reposadamente.

No estaba así por cierto su ánimo cuando presenció tales escenas, porque á la desolación general, al terrífico efecto de la inicua conducta del general francés, uníase para Blanco la necesidad de resolver un problema candente, enigma opresivo que ante él se presentaba exigiendo solución inmediata : uno de esos combates tremendos del espíritu, que lo dejan por largo tiempo sacudido y martirizado, una tempestad dentro de un cráneo, como dijo el poeta francés de los *Miserables*.

Juzgaba él, al par que muchos entre los más reflexivos é inteligentes de sus paisanos, incontrastable é invencible la fuerza con que traidoramente el César francés se lanzaba contra España abatida y mal armada. « Mi convicción (traduzco de la tantas veces ya citada y siempre interesante autobiografía) era que si el pueblo español permanecía tranquilo bajo un gobierno de forma igual á la que hasta entonces estaba acostumbrado, pero libre de la dinastía incapaz é incorregible que lo abrumaba, grandes podían ser los beneficios ulteriores de tal situación, no obstante la dolorosa humillación de recibir el nuevo rey de manos de Napoleón. Á los pocos años se identificaría con el país la nueva familia real. Muchos de los más ilustrados y honrados españoles se habían puesto ya al lado de José Bonaparte. Preparábanse las bases de una constitución que expresamente reconocía al

país el derecho de ser gobernado conforme á sus deseos y no al de la voluntad absoluta de un rey. La Inquisición, origen principal de la degradación de España, sería abolida, lo mismo las órdenes religiosas, surtidero también de ignorancia, de vicios y de esclavitud mental. Así, desembarazada la nación de la balumba de males morales que impedía su desarrollo natural, en menos de medio siglo quedaría regenerada. » (*The Life...*, I, p. 140.)

Á pesar de tales premisas, el que firmemente deducía de ellas como no imposible tan lisonjero porvenir, hizo exactamente lo contrario de lo que su razón le sugería. Juzgó que á despecho de sus convicciones debía seguir á la masa de sus compatriotas, y de ningún modo pretender forzarlos á lo que tan resueltamente no querían : « Si el gobierno de José Bonaparte hubiera quedado establecido, mi tierra natal habría dejado de ser para mí un sitio de servidumbre mental; sin embargo, apenas supe que mi provincia se levantaba en armas contra el invasor, cargué otra vez con mi cadena y volví sin dilación adonde sabía que más me había de lastimar su peso, á la ciudad en religión más fanática de España, y allí reasumir mi odiada y ya abandonada tarea de hierofante entre una ciega, ignorante é ilusa multitud. » Había en fin dentro de su pecho, es la verdad, y en otro lugar lo reconoce, algo que no podía sofocar, algo que le mandaba sacrificarse, si necesario fuera, por aquellos entre quienes había nacido y vivido hasta llegar á edad de hombre.

IV

El largo y difícil viaje de Madrid á Sevilla no pudo ser por el camino más corto, sino al través de las nubes de polvo de Extremadura, á causa de las evoluciones que en esos momentos verificaba en la parte norte de Andalucía el ejército francés de Dupont, evoluciones que tan tristemente para él, tan famosamente para España, debían pronto terminar, después de la jornada de Bailén, con la capitulación de Andújar. Fué un viaje muy molesto, en pleno verano, en un carromato aragonés de carga, la mayor parte del tiempo á pie por el poco espacio que en el borde de la cama de la carreta dejaban libre los fardos que trasportaba, con peligro además muy real y frecuente de ser encarcelado, y aun de perder la vida, entre la turba de aldeanos y campesinos sobreexcitados, que armados con sus cuchillos de monte ó sus guadañas. creían ver franceses, ó afrancesados, ó espías, en cuantos viajeros aislados, sin pasaporte especial, ó sin equipaje, ó de cualquier otro modo, por allí pasasen con rumbo á otra provincia. Fué como una ruda marcha en campaña, y más de una

vez tuvieron ocasión Blanco y el amigo que lo acompañaba, sacerdotes ambos, de arrepentirse del impulso patriótico que los había arrastrado á semejante peligrosísima excursión.

En Sevilla encontraron á las turbas ciudadanas en no menor efervescencia que las de los labradores en los caminos del campo, acompañadas y presididas ahora en sus tumultuosos desmanes por grupos de frailes más violentos y arrebatados que el mismo populacho : espectáculo no el más adecuado á tranquilizar el ánimo de quienes tan azorados venían por lo que habían visto en el camino.

Sevilla estaba ahora destinada á ser virtualmente, por corto espacio de tiempo, la capital de España, y Blanco á encontrar también allí por breve término ocupación digna de él. Madrid, que después de la victoria de Julio en Bailén fué abandonado antes de finalizar el mes por el rey José y sus franceses, volvió á poder de éstos en Diciembre, gracias á las legiones y á la acción directa de Napoleón mismo, á la cabeza de sus tropas. La Junta Suprema, que aposentada en Aranjuez desde allí gobernaba la nación en nombre de Fernando VII, se vió forzada á emprender retirada, y siguiendo casi el mismo camino que antes Blanco por Extremadura, hizo alto en Talavera, luego en Mérida, y llegó por último á instalarse en la cabecera de Andalucía.

Por el mismo camino de Extremadura llegó también el gran poeta Quintana, después de haber

recorrido á pie y solo una parte de la jornada. Mucho había aumentado el insigne madrileño su reputación como poeta y como publicista en el curso de ese año, por medio de magníficas odas patrióticas y á causa del periódico que, durante el paréntesis de la evacuación de los franceses, había publicado en la capital con el título de *Semanario Patriótico*, « cuyo prodigioso despacho y aceptación singular » (1) fueron extraordinario fenómeno en aquellos días. La Junta ofreció allí inmediatamente á Quintana el puesto de Oficial mayor de su Secretaría general, y manifestó el deseo de que se continuase en Sevilla la publicación del *Semanario*, cuya redacción entonces confió él á Blanco y á don Isidoro Antillón, sabio profesor de historia y geografía en Madrid, amigos ambos de toda su confianza. Blanco quedó en él desde luego encargado de la parte política, y así se anunció.

El *Semanario Patriótico* fué probablemente el primer periódico político que ejerció en España influencia eficaz y directa en los negocios públicos, debido en parte muy grande á lo enteramente nuevo de la situación nacional, y también á la sinceridad y talento con que el fundador en Madrid primero, y sus continuadores en Sevilla después, lo dirigieron y redactaron. No había por supuesto que siquiera pensar entonces en libertad completa de imprenta, ni existía ley que la estableciera ó costumbres

(1) Obras inéditas de D. Manuel José Quintana, Madrid (1872) p. 179.

adquiridas que la protegieran; exigió, pues, la Junta que Quintana considerase el cargo de Censor del periódico como parte de sus funciones en la Secretaría y se constituyese por tanto ante ella responsable de la marcha del papel. Los dos nuevos redactores, que conocían bien la suavidad y nobleza de carácter del ilustre poeta, aceptaron desde luego la superior posición en que respecto de ellos lo colocaban, y no temieron por ese lado ningún conflicto. Habían tratado mucho á Quintana, sabían bien cuál era su temperamento, lo que él mismo, apropiándose palabras de Montaigne, en alguna parte llama *ses mœurs molles, ennemies de toute aigreur et aspreté* (1); y no creían posible ninguna divergencia personal insoluble con hombre de ese temple excepcional.

Logró el *Semanario* en esta su segunda época éxito no menor que en la anterior, y pudo la Junta Suprema, por primera vez quizás, formarse idea de lo que era un periódico capaz de hacer y de influir entre la masa de sus lectores. Esto no equivalía para el papel mismo á un buen augurio, pues la Junta, en globo considerada, era en realidad una corporación de espíritu atrasado y tímido, que desde el principio apareció bastante disminuída por darse el título de Majestad, el de Alteza á su presidente, el de Excelencia á los vocales; y más que todo, por resoluciones como el nombramiento

(1) *Ibid.*, p. 167.

de un inquisidor general, la readmisión de los jesuítas, la suspensión de la venta de bienes en manos muertas y otros votos poco ó nada liberales. No es extraño por consiguiente que las ideas reformistas y progresistas de los redactores del periódico les fuesen á la postre antipáticas en extremo.

Inició inmediatamente Blanco en el *Semanario* una serie de artículos sobre cuáles debían ser las condiciones esenciales de toda forma representativa de gobierno aplicadas á España, insistiendo para ello con sumo vigor en que fuesen las Cortes inmediatamente convocadas, convocación que precisamente era lo que trataba la Central de ir aplazando, y lo que, en caso de verse forzada á disponer, se inclinaba á realizar constituyéndolas á la antigua usanza, como en el siglo XV, destituídas de intervención eficaz y fuerza verdadera. Á este parecer se arrimaba hasta el mismo Jovellanos, el más respetable é inteligente de sus vocales, pero viejo ya y demasiado apegado por su larga carrera judicial á requisitos anticuados.

El decreto de la Junta de Mayo 22, 1809, sobre las Cortes, anunciando nada más que « el restablecimiento de la representación legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Cortes, convocándose las primeras en el año próximo, ó antes si las circunstancias lo permitiesen », indignó á Blanco, y si no pudo desahogar toda su indignación en el periódico, hízolo en carta privada á lord Holland en que le decía : « Cada día me convenzo más de las bastar-

das intenciones que esconde ese decreto. La mayoría de nuestros gobernantes está desplegando á las claras el carácter de los decenviros en Roma, y no nos prestaremos á aprobar directa ó indirectamente lo que avanzan con el fin de darse por amantes de nuestros derechos, cuando en realidad sólo aspiran á perpetuarse en el poder» (1).

Era esto más de lo que á título de oposición periodística se sentía la Junta capaz de soportar; pero no atreviéndose á suprimirla directa y paladinamente, encargó á Quintana de llevar y entregar á Blanco el cordón de seda para que él mismo, á la oriental, se suicidara y quedase el periódico suprimido. Prestóse á semejante género de muerte por respeto y afecto al dulce amigo que tan mansa y resignadamente se lo pedía, pero reclamó el derecho de no ocultar al público en la despedida á los lectores que el periódico cesaba porque el gobierno quería que cesase. Quintana accedió á ello sin vacilar, y este desenlace contribuyó, á pesar de la moderación con que se explicó, á aumentar la impopularidad contra la cual, poco más adelante, acabaría la Junta por naufragar. He aquí los términos en que apareció, sin firma, en la última página del número 32 : « AVISO AL PÚBLICO. — Quando empezamos este trimestre ya preveíamos que el *Semanario* podía encontrar obstáculos insuperables en su continuación, y aun tuvimos enton-

(1) *The Life...*, vol. III, p. 321.

ces que arrostrar algunos para no abandonarlo desde luego. Las circunstancias se han ido después complicando de modo que nos vemos en la dura necesidad de anunciar al público que tenemos que suspender nuestros trabajos. El amor á la justa causa de nuestra patria, y quando esto no fuera bastante, el agradecimiento al favor que la nación nos ha dispensado, nos harían arrostrar qualquier género de inconvenientes que solo se limitasen á nuestra incomodidad ó peligro; mas si quisiéramos desentendernos de los que al presente se ofrecen, el *Semanario* no podría llenar nuestras miras, ni sostenerse en la opinión de los que hasta ahora lo han favorecido. Cedamos, pues, á las circunstancias: nuestros amigos (tales llamamos á quantos nos han favorecido con su aprecio) sufrirán mejor que se interrumpa otra vez el *Semanario*, que verlo mudado en otra cosa que lo que hasta ahora ha sido.»

Cuenta Blanco en la autobiografía (I, p. 151) que hallándose un mes después de paso en Cádiz, era aun tan viva la impresión causada por los términos de su despedida del periódico, que al entrar en un café, frecuentado por lo mejor de la población, se levantó un desconocido á decir á los consumidores quien era él y á darle las gracias en nombre de todos por la energía con que había procedido en ese caso (1).

(1) Es raro encontrar fuera de España, y aun tal vez en España misma, ejemplares completos del *Semanario Patriótico*. El único ejemplar que he visto yo es el que se encuentra en Londres en el *Museo Británico*, donde he podido

Permaneció en Sevilla algunos meses más, mientras la Junta, y en su nombre Jovellanos, continuaba recogiendo á diestro y siniestro opiniones é informes acerca de la manera mejor y el momento más oportuno de convocar y reunir las Cortes. La Universidad sevillana fué uno de los cuerpos consultados, y nombró al efecto una comisión con Blanco de vocal ponente. Dió esto ocasión á Blanco para tomar del Santo Oficio una pequeña venganza, que con maligno placer se apresuró á aprovechar. Juzgó, de acuerdo con su compañero de comisión, que era necesario consultar ciertos libros que sólo podían encontrarse entre los prohibidos, recogidos y embargados por la autoridad

---

hojearlo. Compónese de cinco tomos empastados. El primero de ellos contiene os catorce números publicados en Madrid por Quintana. El segundo, los siguientes hasta el 33, que fueron los que aparecieron en Sevilla, dirigidos al final por Blanco solo, pues Antillón salió de allí á desempeñar un cargo en otra ciudad. Los otros tres volúmenes contienen los números de la tercera época, en Cádiz, donde reapareció el 21 de Noviembre de 1810, precedido de estas palabras, firmadas : *Manuel Josef Quintana.* « El S. P. vuelve á aparecer en Cádiz bajo la salvaguardia de la ley que acaba de decretar la libertad de imprenta. Su fundador en Madrid... será su principal autor y redactor. Bien quisiera poder acompañarse de los escritores que con tanta gloria propia y satisfacción del público lo continuaron en Sevilla, pero las circunstancias los han llevado á otros países y le han privado de su poderosa asistencia. »

El tomo de los números de Sevilla tiene esta portada : Semanario Patriótico Segundo trimestre : La parte histórica : por D. Isidoro Antillón. La política : por D. Josef María Blanco—*Nulla enim nobis societas cum tyrannis, sed potius summa distractio... atque hoc omne genus pestiferum atque impium, ex hominum communitate exterminandum est.* Cic. *De Officiis* : Lib. 3, cap. 6 Sevilla : Por la viuda de Vázquez y Compañía.

Quintana, al frente del número LIV, del 18 de abril de 1811, puso este aviso : « No permitiendo las atenciones del nuevo encargo que el Gobierno ha confiado á Don Manuel Josef Q. proseguir con la redacción y edición del S. queda este papel al cuidado de los tres amigos que desde el quarto número de la tercera época le han ayudado á componerle. »

El quinto tomo del ejemplar del Museo Británico concluye con el número LXXXVI.

eclesiástica, que los conservaba almacenados en las buhardillas de la Inquisición. Pidiéronlos pues, y la antes tan poderosa orden de Santo Domingo, dado lo revuelto de aquellos días y el menor prestigio de que ya gozaba el Oficio, no osó negarse; consintió en ello á pesar de lo muy sospechosos que le eran los postulantes, y Blanco en particular.

Bajo una espesa capa de polvo encontraron ambos comisionados, como lo esperaban, gran número de libros franceses del siglo anterior : cautivos que volvieron ellos á la luz y la libertad. Lograron entre otras obras curiosas completar dos ejemplares de la gran Enciclopedia de D'Alembert y Diderot; como la Inquisición poco después fué abolida, nadie vino en su nombre á recogerlos y quedaron para siempre esos volúmenes fuera de la prisión.

No tardó en llegar á orillas del Guadalquivir la fatal noticia de haber franqueado el ejército francés los desfiladeros de la Sierra Morena, y dispersado en las Navas de Tolosa las tropas allí reunidas para defender lo que se consideraba antemural inexpugnable de Andalucía.

La terrible nueva dispersó en el acto á los miembros de la Junta Suprema; y unos por tierra á través de vociferaciones y de insultos, otros más tranquilamente por el río y por el mar, fueron todos á congregarse otra vez dentro de los muros de Cádiz.

Nada más restaba ya en España á Blanco por

hacer. La idea, en su mente invariablemente fija, de abandonar la patria, y con ella el ministerio que se sentía tan incapaz ya de ejercer, perdidas la fe y las ilusiones que en hora infausta de su juventud lo habían decidido á contraer el lazo indisoluble, transformóse por fin en necesidad de acción ineluctable. El respeto, el amor de la familia, siempre vivos en su corazón, no podían ahora, como antes, impedirle la realización de su propósito. La madre, á quien tantas veces había hecho temblar la imagen horrorosa del hijo encerrado en las mazmorras del Santo Oficio, se estremecía de nuevo al pensar que pudiese ahora caer en la tentación que, por diversos lados, amigos antiguos y queridos le ofrecían, de adherirse á la causa del invasor francés, pues á muchos parecía ya cosa inevitable que éste llegara á ser dueño del país entero. El viejo y el nuevo peligro eran para la pobre mujer igualmente aterradores. Vieron por tanto padre y madre partir al hijo de Sevilla, como si les quitasen un gran peso del alma, sin suponer, sin adivinar naturalmente que iba á ser eterna la separación.

Era Cádiz ahora el último seguro asilo de la independencia española y hervía en su estrecho recinto á borbotones en confuso desorden la política nacional. Esa situación, ese espectáculo, que hoy la historia, contemplándolo de lejos, reconoce grandioso y digno de la mayor admiración, no podía de cerca producir el mismo efecto á quien como Blanco tan

hondamente desconfiaba de que fuese dable á España librarse al mismo tiempo del fanatismo religioso y monárquico en que más que nunca parecía ahora envuelta. No permaneció en Cádiz más que el tiempo indispensable para estar listo á darse á la vela el paquete inglés, y el 3 de Marzo de 1810 desembarcó por fin felizmente en el puerto de Falmouth.

V

Bien arriesgada, bien aleatoria era en verdad la empresa á que se lanzaba el excanónigo español, colgando para siempre los hábitos que había llevado durante veinte años, y refugiándose en Inglaterra, país que realmente ni aun era la tierra de sus abuelos, y del que sólo conocía de una manera incompleta ó imperfecta la lengua y las costumbres, por lo muy diferentes que son y siempre han sido entre sí la Irlanda y la Gran Bretaña.

Abandonaba la patria en uno de los más crueles momentos de la crisis más tremenda El desconcierto, la lucha violenta de nobles ilusiones ó intereses bastardos, que dentro de sus muros sumían á la ciudad de Cádiz en tan penosa confusión, contribuyeron poderosamente, aparte de sus fines personales, á precipitarlo en busca para él de otro

desenlace, de otro porvenir menos encapotado. Tenía ya perdida hasta la última de las esperanzas que, obstinadamente, contra su propia razón, había acariciado. Á su parecer ya, cualquiera que fuese, próximo ó distante, el resultado de la lucha heroica empeñada contra el invasor en nombre y en beneficio de Fernando VII, no se vería ciertamente libre esta vez España de la ignorancia profunda en que vivía la masa de su población, ni daría un paso más hacia la libertad religiosa ó la libertad civil, de que tan distante se encontraba.

Renunciar « el odioso oficio de engañar á las gentes», como él decía; no aparentar más aquello, que ya no era y en que ya no creía; entrar otra vez en posesión de la libertad de su conciencia, valían en su situación, según sus cálculos, mucho más que cuantas desazones y miserias podían venirle, lejos ya de la atmósfera sofocante de donde salía. Confortábalo ahora también la esperanza de dulcísima ocupación : traer cerca de él, legitimar, dar su nombre, cuidar en fin de la familia que se había formado en Madrid durante aquel triste período en que, merced al príncipe de la Paz, pudo vivir tranquilo, sin necesidad de ejercer ninguna de las funciones anexas á su canonjía de Sevilla. Esa familia vino en último término á reducirse á un hijo adorado, Ferdinando White, á quien bastó, como al padre, la ascendencia irlandesa para ser tenido por ciudadano inglés y ser educado como tal; que al morir Blanco servía como oficial en el ejército

inglés de la India, y cuyo cariño fué en suma el rayo único de luz brillante y pura que embelleció los tristísimos años últimos de su vida.

Tenía Blanco al desembarcar en Falmouth por todo capital una letra de cien libras esterlinas en el bolsillo. La impresión que en el primer momento le produjo Londres no contribuyó á calmar los temores y la melancolía que oprimían su corazón, pues no vió más que « lodo, humo, paredes ennegrecidas y tiniebla espesa » en todas direcciones.

Pero este desaliento no había de durarle mucho, abundaba en su espíritu la energía necesaria para combatirlo. Tampoco se encontró aislado desde un principio : Lord Holland lo acogió afectuosamente, otras personas importantes, del gobierno ó de la aristocracia, que como viajeros había conocido y acompañado en España, reanudaron gustosos relaciones con él, como lord John Russell, muy joven todavía, que tantas veces en el curso de su larga vida debía formar parte del gobierno; como Richard Wellesley, hijo del marqués del mismo nombre, sobrino por consiguiente del futuro duque de Wellington. Otras personas también le brindaron hospitalidad, guiaron sus primeros pasos en la enorme metrópoli, y el caso fué que no se habían cumplido dos meses de su llegada cuando apareció el primer número de *El Español*, periódico mensual, por él solo dirigido y redactado (1).

(1) Colecciones completas de *El Español* deben ser, según imagino, más raras

Resultó ser una posición estable, que duró un poco más de cuatro años; que se avenía bien con su carácter, pues estaba solo, hacía lo que mejor le pareciera, y aunque no muy bien remunerada, daba lo suficiente para sus necesidades. Mantúvolo además, mientras duró la publicación, que fué mientras duró la guerra en España, en relación constante con los sucesos y los intereses de la patria, ó indirectamente le aseguró la tranquilidad del resto de su vida, pues al periódico debió que el gabinete británico, reconociendo la energía, la amplitud de miras y la generosidad de ideas con que lo había dirigido y redactado, le asignara una pensión vitalicia de doscientas cincuenta libras esterlinas; suma siempre pagada que fué el elemento principal de las escasas comodidades de que pudo gozar en medio de las muchas contrariedades de su existencia. Verdad es que en cambio las polémicas, los disgustos, los insultos y calumnias, que desde Cádiz llovieron sobre él con motivo de sus artículos, lo hicieron terriblemente sufrir. Así, escribía él años después, en 1832 : « No es posible

---

aún que las del *Semanario Patriótico*, pues no hace mucho que no poseía ninguna el Museo Británico. No es así ahora, y he disfrutado allí de un ejemplar, muy bien conservado; en ocho volúmenes en 8vo. grande, al que nada le falta. La portada del tomo I dice : El Español por Dn. J. Blanco White *At trahere, atque moras tantis licet addere rebus.* Vir. Tomo I. Nueva edición Londres : Impreso para el Autor 1812.

Todos los números continuaron saliendo con el mismo epígrafe de Virgilio que sacó el primero : 30 de abril de 1810. Pero el número penúltimo, de marzo y abril de 1814, lo sustituye con éste : « *Nunc sinite, et placitum læti componite fæus.* Virg. » Y en el último, melancólicamente, se alude al acabamiento de la empresa con esta breve frase : *Omnis effusus labor* ; mayo y junio de 1814 es la fecha de este número final.

exagerar los trabajos que por causa de *El Español* pasé durante cerca de cinco años. Por causa de él quedó mi salud arruinada, hasta un punto tal que desde entonces ha sido la vida para mí un penar incesante.»

El periódico fué leído en España y en Portugal, luego también en América. Como las comunicaciones por mar estuvieron en todo tiempo abiertas gracias á las escuadras inglesas, llegaba frecuentemente á los puertos y circulaba sin gran dificultad en el interior de la península. Sostuvo en él Blanco mes tras mes la política más nacional y oportuna en la fecha aquella, es decir, el establecimiento de un gobierno monárquico liberal, con dos cámaras y las libertades consiguientes, inclusa sobre todo la de conciencia, tan importante á su juicio, aunque en verdad la que menos entusiasmaba á la nación. No bastaría esto sin embargo para justificar, ni aun explicar, la animadversión con que fué el periódico recibido y pronto hostilizado por la Junta de Cádiz, es decir, por la corporación en cuyas manos cayó el gobierno de la ciudad desde las primeras alteraciones del orden público producidas por la invasión francesa; componíase la Junta ahora en gran parte de negociantes, enriquecidos por el monopolio de que gozaban en el comercio con las Américas, y á quienes por este motivo, á pesar del gran beneficio que en esos momentos recibían de la alianza política con Inglaterra, todo lo inglés les era sospechoso, y aun odioso, pues suponían que al gabinete britá-

nico movía el deseo, si no de quitar á España su vasto y rico imperio colonial, por lo menos de introducir allí sus mercancías libremente, y privar así prácticamente de sus monopolios á la marina mercante y al comercio español, que en virtud de ellos únicamente subsistía y prosperaba. Este es la natural explicación del estado de ánimo en que se hallaban aquellos comerciantes, la verdadera madre del cordero, si vale este dicho proverbial.

Pero el primer choque grave y descubierto de la Junta contra Blanco no fué todavía en ese terreno, sino en otro muy diferente. Un general español, el duque de Alburquerque, « mozo valiente » como lo llama Toreno, célebre por haber tomado atrevidamente, sin órdenes para ello, la iniciativa de cubrir á Cádiz con su división la segunda vez que entraron los franceses en Andalucía y corrieron hacia el mar, con lo cual salvó, dice también Toreno, « ese precioso rincón y con él quizá la independencia de España », hallóse en pugna declarada con la Junta, y se quejaba de ella por el abandono escandaloso en que tenía al ejército desde que la Regencia la había encargado del manejo de la Hacienda pública. La Junta, que era dueña de la situación y omnipotente en realidad, respondió denostando al general, y los Regentes creyeron mejor cortar la discusión enviando al duque de embajador á Inglaterra y sacándolo de allí. Una vez en Londres juzgó Alburquerque necesario continuar su defensa y suplicó á Blanco que lo

ayudase á redactar el manifiesto en que exponía su conducta y la de la Junta. Ésta reconoció inmediatamente en el papel la pluma de Blanco, sabiendo demasiado lo ingorante que en esa otra clase de guerra era el que firmaba el manifiesto, y se desató en improperios contra los dos. Blanco, avezado á esos combates, tomó el asunto con calma y replicó sin exaltarse; pero Alburquerque, pundonoroso y excitable, duque, marqués y conde varias veces, además de señor de un sin número de lugares, al leerse calificado por esos mercaderes de la Junta, en carta oficial suscrita por todos sus miembros, de calumniador, de traidor y de enemigo de la patria, experimentó tal sacudida que perdió el juicio y murió á los dos días, víctima de una congestión cerebral, á la temprana edad de treinta y siete años, casi á la vista de Blanco mismo.

Grande emoción produjo en Londres la muerte súbita de tan joven y ya ilustre militar. El gobierno decretó un santuoso entierro á que asistieron todos los ministros al frente de la aristocracia británica. John Hookham Frere, erudito hispanizante, que tradujo en verso pedazos del Poema del Cid así como varias comedias de Aristófanes; que fué quien en Malta transformó en poeta romántico al duque de Rivas y lo excitó á componer su *Moro Expósito,* escribió en buenos hexámetros latinos, con ligero sabor arcaico, la inscripción grabada en la losa del sepulcro de Alburquerque, y Blanco la tradujo y publicó en *El Español.* La inserto aquí,

porque no recuerdo haberla visto nunca, fuera de las páginas tan olvidadas hoy del periódico :

Impertérrito, activo, audaz, valiente,
Apoyo fuí de la española gente :
Nueva gloria á los timbres de mi cuna
Me concedió el Valor, y la Foıtuna
Que, para mí sin ceño y sin mudanza,
Jamás frustró mi esfuerzo, ó mi esperanza.
La Patria iba á expirar, quando mi mano
La conservó en el suelo gaditano.
Este el término fué de mi carrera;
Si generosidad, si honor pudiera
De algunos hombres amansar las iras
No baxara tan pronto á dó me miras.
Ausente aquí, lexano de mi España,
Hallé fin á mi vida en tierra extraña;
Mas no á mi gloria. Hasta el sepulcro umbrío
Trasciende el nuevo honor del nombre mío;
El nuevo honor que la nación inglesa
Tributa á mis cenizas en la huesa.
De próceres y pueblo rodeado,
De próceres y pueblo fuí llorado.
Benigno Dios ! Eternizad el lazo
De esta amistad que consagró mi brazo !
Mi brazo !... Oh ! nunca en la gloriosa guerra
Llore su falta mi adorada tierra :
Llóreme, sí; mas no con desconsuelo :
Názcanle otros valientes en su suelo
Que imitando el ejemplo de mi vida
Disfruten gratitud no interrumpida. (1)

---

(1) Estas últimas tres líneas flojeas y prosaicas en realidad, no son mucho mejores en el original latino que dice así :

Sint fortes alii ac felices, qui mea possint
Factaque sequi semperque benignis civibus uti.

La gran desavenencia entre Blanco y la Junta culminó, agriándose día por día, cuando llegaron pormenores de las sublevaciones populares que desde 1810 fueron brotando por todo el imperio americano español, y poco á poco se extendieron desde Méjico hasta Chile y Buenos Aires. Blanco de ningún modo creyó que estuviesen esas colonias en aquella fecha bastante maduras para ser y prosperar independientes; pero reconociendo la injusta desigualdad con que España las trataba en beneficio exclusivo de la metrópoli, fiel además á sí mismo, á su amor de la justicia, al ansia de libertad que lo había impulsado al abandonar posición social, amigos, religión, patria y familia, consideró acreedores á los americanos, bajo la enseña española, dentro de la monarquía de Fernando VII, á todas las franquicias económicas, sociales y políticas de que hasta entonces habían estado privadas. Á más, á mucho más por consiguiente que el derecho aislado de diputar representantes á las Cortes reunidas en Cádiz. Esta última concesión, acordada, no sin trabajo, en recompensa de las sumas respetables con que desde luego espontáneamente contribuían á los gastos de la guerra, era más en la apariencia que en sustancia: ¿de qué podían en realidad servir en pro de los intereses de América unos cuantos diputados, perdidos á tantos miles de millas de distancia en medio de la masa infinitamente más numerosa de delegados de las provincias de la metrópoli, secularmente habitua-

dos todos á considerar las colonias de América como fundos de la corona de Castilla, algo así como fincas rústicas explotables y expoliables sin más freno que el interés ó la buena voluntad del propietario?

La política, pues, que en todos los números de *El Español* aconsejaba y predicaba Blanco, tendía siempre fuerte y declaradamente á buscar por medios pacíficos la reconciliación entre España y sus dependencias americanas. « En vano (escribía él), en vano se discute en las Cortes; mientras que allí se arguye, los españoles y americanos se degüellan. Si las Cortes quieren no profanar el nombre de Padres de la Patria que con tanto ardor dieron los pueblos á sus representantes, no dejen que se asesinen sus hijos, mientras ellos arguyen tranquilamente cuál es el que tiene razón. Arrójense en medio de ellos... traten de un arreglo inmediato con armisticio garantizado por Inglaterra y no pongan más condición fundamental que ésta : las provincias españolas de uno y otro hemisferio tendrán siempre un mismo rey y un mismo congreso soberano » (1).

En estas líneas se sintetiza la política de *El Español* en la grave y candente cuestión americana y se descubren los móviles de su oposición á la política insensata que las Cortes adoptaron. Era él, de sobra lo probó el resultado, quien tenía razón, quien

(1) *El Español*, número de Abril 30 de 1811 (tomo III, p. 70-7[illegible]).

claramente vió que por el camino emprendido y con el sistema aplicado perdería España su imperio colonial, porque ni entonces ni luego ni nunca dispondría de recursos suficientes para recuperarlo por la fuerza.

Más explícita y vigorosamente agrupó é hizo resaltar en dos párrafos de un artículo publicado en la importante revista trimestral *The Quarterly Review* que era, como lo es hoy todavía, uno de los órganos más importantes de la opinión de las clases ilustradas de Inglaterra, los sucesos tristes y capitales que fueron origen de la nefasta política, de la Regencia primero, y luego de las mismas Cortes :

« El primer paso de la Regencia, al tener noticia de lo ocurrido en Caracas, fué declarar rebelde la conducta de Venezuela y bloquear sus puertos : la declaración misma redactada además en los términos más violentos y ultrajosos. El resultado de ese cruel ó insultante decreto fué aumentar el desprecio á un gobierno que, al par de verse obligado á mendigar la protección de un puñado de comerciantes en la Península, tronaba tales venganzas contra millones de seres, á quienes el Atlántico separaba de los que pretendían ser sus dueños. En realidad la Regencia era un mero instrumento de los comerciantes de Cádiz, y sus órdenes provenían de la alarmada avaricia de estos individuos.

» Las Cortes pudieron hacer las colonias volver á sus primeros sentimientos. La veneración que esa voz antigua, casi sacrosanta, comunicaba á los representantes de la nación, el nuevo interés que

les prestaban las circunstancias en que se hallaba el pueblo español, dueño otra vez de sus antiguos privilegios constitucionales, hacía á esa asamblea señora absoluta de la opinión en toda la extensión de las posesiones españolas. Mas estaba por desgracia reunida en el foco mismo de la hostilidad contra la América, y esto la ponía desde luego en frente de enojoso dilema. Ansiando la popularidad tocábale escoger entre el aplauso del pueblo de Cádiz y otro aplauso que, aunque repetido por millones, llegaba, eco vago y tardío, desde el otro lado de los mares. Las Cortes se dejaron llevar de la natural debilidad humana, la satisfacción inmediata pesó más que el temor de males distantes, y el interés mercantil prevaleció» (1).

Tal era el fondo de sus ideas y tal la doctrina que predicaba inútilmente *El Español*. Iba en contra de intereses demasiado hondamente arraigados y de vanidades personales demasiado vivas, para no provocar odio inextinguible á la persona del escritor, el cual impávidamente continuaba en tanto su camino. La Regencia empezó por prohibir la entrada del periódico en las colonias, y la Junta ponía especial cuidado de que circulase en Cádiz mismo lo menos posible. Aquella prohibición llegó á oídos de Blanco accidentalmente, por un número de la *Gaceta de México* de 15 de Noviembre de 1810,

---

(1) *The Quarterly Review*, June 1812. Vol. VII, *London. Printed for John Murray*, 1812. — Es el artículo que encabeza el número.

en el cual publicaba el virrey un bando con la Real Orden recibida de la Regencia del Reino en que se decía que « Blanco, eterno adulador de don Manuel Godoy, se había refugiado á Londres, donde pasa el tiempo publicando un periódico. Como en este impreso se habla muchas veces sin tino de los asuntos de la Península y maliciosamente se vierten especies subversivas de todo buen orden y de aquella unión que sólo puede salvarnos, ha dispuesto S. M. se prohiba en esas provincias la libre circulación de ese periódico y me manda... »

Esto podía ordenarse sin más trámite en países despóticamente gobernados como las colonias; no así en Cádiz, donde regía desde Noviembre de 1810 el decreto de las Cortes estableciendo en asuntos políticos la libertad de imprenta, y fué preciso á las Cortes buscar ó hallar un pretexto plausible de atacar y de poner marchamo deshonroso encima de Blanco y de su periódico. Pronto se encontró.

Recibió Blanco en Londres por conducto de la Embajada portuguesa una carta de Cádiz firmada por un Señor Pérez, diputado en las Cortes por Puebla de los Angeles en Méjico, carta en que juiciosa y moderadamente se aplaudía la conducta de *El Español* y su política en la cuestión americana. Carta y firma eran una mentira de la primera á la última línea; pero Blanco, que no podía saberlo ni sospecharlo, se alegró de ese aplauso venido de donde menos podía esperarlo, y lo publicó con agradecido comentario. El diputado, cuyo nombre

y firma se suplantaban, era el presbítero don Joaquín Antonio Pérez, reaccionario declarado, muy enemigo de toda reforma, muy ocupado sobre todo en obtener la mitra episcopal de la región que representaba; apenas llegó el número á sus manos, sin nada más averiguar, indignado, furioso, tomó la palabra en las Cortes para acusar á Blanco de falsificador y sostener, sin dato alguno para ello, que era el autor consciente de la falsificación.

Tras éste hablaron otros, todos en el mismo sentido, ninguno para sugerir que se aguardase siquiera hasta oir las explicaciones del acusado, á pesar de que en los escaños se sentaban varios amigos personales de Blanco que íntimamente lo conocían, como Antillón, que no chistó; como Gallego, que fué de los que más cruelmente le atacaron; y todos aplaudieron á don Felipe Aner cuando dijo que « *El Español* era un enemigo de su patria peor que Napoleón »; á don Luis R. del Monte cuando agregó entre otras la siguiente frase : « Este editor es un infame é indigno español, que desde el primer número se ha declarado enemigo descarado de su patria. »

Las Cortes por supuesto votaron en el acto la proposición presentada de pasar el papel « á la Junta territorial de Censura para que *obre según los méritos de dicho número y de los anteriores contra este periódico y el nombre del autor* » (1). No era sólo,

(1) Cortes, sesión del 24 de mayo de 1811.

pues, el periódico lo que se trataba de infamar y castigar, sino la persona del periodista, *su nombre*. ¡Extraña manera de aplicar la ley de libertad de imprenta, que ellos mismos habían votado como grande y segura garantía de la libertad individual!

El *Semanario Patriótico*, al dar cuenta de la sesión, habla de Blanco en estos términos: «Sus amigos lo desconocen, se avergüenzan de haberlo sido, se apresuran á manifestarlo en el Congreso... Nosotros aprovechamos esta ocasión de decir que el editor de *El Español* no se parece al editor que fué del *Semanario Patriótico*» (1). No hay que olvidar en honor de Quintana que no tomaba ya él parte alguna en la redacción ó en la dirección de este periódico.

Recibió Blanco sin excesiva sorpresa los papeles de Cádiz con el extracto de la sesión y los comentarios agravantes, aunque ciertamente no esperaba tal aluvión de injurias del lado de las Cortes. Ya un año antes con motivo de unas líneas del *Observador*, periódico de Cádiz, había escrito á lord Holland estas palabras: «No sé en verdad cómo un hombre honrado puede contestar á injurias tan enormes. Lo que en mí sobrenada es una especie de estupefacción al ver que en Cádiz, ciudad llena hoy de antiguos amigos míos, se me pueda calificar de monstruo, de corruptor de la moral pública, sin que haya habido uno que intentara siquiera defender-

(1) *Semanario Patriótico*, n.º 62. Jueves 13 de junio de 1811. P. 274.

me; no me queda duda de que no conservo ya un solo amigo entre todos ellos» (1).

Contentóse esta vez con rectificar los hechos, relatar sencillamente lo que pasó, insertar en el periódico un facsímile de la carta en cuestión, responder categóricamente á los oradores de las Cortes y aguardar que allí mismo rectificasen todo.

Vana esperanza. Nadie se encargó de tal rectificación; en las actas de la Asamblea quedó archivado para siempre el testimonio de la ligereza é iniquidad de aquellos legisladores; y el nombre de quien nunca faltó á la verdad, *this truthful man*, como lo llamó Gladstone (2), injustamente acusado y al parecer convicto como falsario.

Con sobrada verosimilitud dijo poco después que de esos malos ratos le sobrevino una afección nerviosa, que le hizo perder toda esperanza de recuperar nunca la salud y lo dejó convertido en inválido constante para el resto de sus días. No rindió las armas sin embargo; el periódico continuó apareciendo y circulando, con más ó menos dificultad, en España y en América, mientras pudo ser útil, esto es, hasta que acabó la guerra y quedó restaurado Fernando VII.

Fué *El Español* un periódico esencialmente político, aunque al principio tuviera su director la intención de hacerlo en gran parte crítico y literario,

(1) Carta de octubre 26 de 1810. *The Life...*, t. III, p. 335.

(2) *Gleanings of past years*, t. I, p. 51 (J. Murray, 1879).

como lo fueron después las *Variedades*; pero los importantes sucesos de la época que rápidamente se precipitaban en España y en Europa, y muy pronto las noticias de América, que en Inglaterra se recibían á menudo antes que en Cádiz y que Blanco siempre discutía y comentaba, le imprimieron pronto rumbo fijo en aquel sentido. No es decir que evitase tocar puntos literarios; hacíalo cuando el caso lo requería, como en el número de Enero de 1812, que contiene una bella y generosa defensa de Jovellanos al anunciar su fallecimiento; ó como el de Febrero de 1813 con una interesante noticia necrológica de Capmany, que concluye así: « Llevaba ciertos gustos y opiniones al exceso. Tal era á mi parecer su idolatría (que así puede llamarse) de la lengua española, su admiración de la eloquencia de los escritores castellanos del siglo XVI y su empeño en conservar la lengua en el mismo estado que tenía en aquel tiempo. Pero si esto, como creo, debe ponerse en la clase de preocupaciones, no puede negarse que es una preocupación laudable en su principio y en perfecta armonía con el carácter *castizo* de Capmany. »

Cesó, pues, *El Español* de aparecer cuando ya en España Fernando VII con tan enconada ingratitud había disuelto las Cortes, abolido la Constitución de 1812 y encarcelado, á reserva de mayor castigo después, á los jefes y más notables diputados del partido liberal. Despidióse Blanco de sus lectores en un artículo titulado « Conclusión de la Obra», cuyo

párrafo final bien merece ser citado, por lo que tiene de personal y por el dardo que, al acabar, con mano segura lanza y deja vibrante donde quiso clavarlo :

« Dios no permita que emplee yo mi pluma en acumular odio sobre los caídos, ni que dé entrada en mi corazón á la vilísima exultación que pudiera sugerirme mi amor propio. Estoy íntimamente persuadido de que los principales autores del caso que lamento, han procedido con puras aunque no prudentes intenciones, y aunque su situación presente debe servir de lección á los reformadores, es demasiado amarga para la sola culpa de vanidad intratable en que ciertamente han incurrido los más de los liberales. »

VI

Muy grande fué ciertamente la suma de trabajo á que estuvo sujeto durante esos cuatro años largos, siempre solo : director, redactor, corrector de pruebas, secretario y lo demás que empresa de tal género demanda; todo lo cual sin embargo no fué su única ni aun quizás su principal ocupación. Apenas extendió un tanto su trato con personas cultas del país, quedó convencido de lo ignorante que era

comparado con ellas, á pesar de haber siempre pasado él en su tierra como muy instruído, sólo porque sabía latín, teología y había cultivado un poco las bellas letras. « No tardé en convencerme de que para ser tenido en Inglaterra por literato era indispensable saber el griego. » Púsose incontinenti á estudiarlo, y al cabo de cuatro años, por el tiempo en que cesó de salir *El Español,* había leído y corrientemente descifraba « la *Iliada* y la *Odisea,* Herodoto y la antología de Dalzel, además de varias vidas de Plutarco ». Siguiendo un consejo de Addison, no había dejado pasar un solo día de esos años sin consagrar á su estudio un cuarto de hora por lo menos.

Durante el mismo período ahondó más y más en el estudio del idioma inglés y su literatura, llegando hasta el grado de serle menos fácil escribir en castellano, por haberse habituado á traducir antes mentalmente del inglés las ideas, que delante del papel siempre ya le venían en este último idioma.

Otro cambio más profundo fué al mismo tiempo lenta y seguramente operándose en su espíritu y llevándolo de la radical incredulidad religiosa, del ateísmo en que confesaba estar al salir de España, otra vez al cristianismo; no por de contado al gremio católico cuya entrada le estaba negada sin remisión.

Junto con el griego y el latín, pues no empezó el hebreo sino algunos años después, estudiaba la *Teología Natural* de William Paley, bajo cuya

influencia « sentimientos de piedad hacia el gran autor de la naturaleza comenzaron á derretir la escarcha artificial que miserias y desgracias impuestas en su santo nombre habían producido sobre un corazón no formado para ser ingrato » (1). Así volvió al deísmo. Luego, al pasar un domingo delante de una iglesia anglicana, entró en ella. « las oraciones, aunque enunciando cosas en que no creía, me parecieron solemnes y conmovedoras ». Fué volviendo á la superficie de este modo el fondo de místico y de creyente que en la juventud lo había arrastrado al sacerdocio católico, y que no podía haber desaparecido. Poco después lo sintió ya bullir, subir y enseñorearse de su espíritu otra vez, hasta que sin vacilar mucho, penetró una mañana de Octubre de 1812 en su parroquia á recibir el sacramento conforme al rito del culto anglicano, y á los dos años firmó la profesión de fe necesaria para ejercer el sacerdocio, « los Treinta y Nueve artículos », como se dice; y partió en seguida á la ciudad de Oxford, asiento de la célebre Universidad, á completar su educación religiosa anglicana y perfeccionar sus estudios griegos. Allí su afabilidad, su inteligencia, su conocimiento cabal de la teología católica y su mismo aislamiento en el país, contribuyeron á hacerlo acoger, con muy simpático

(1) *Practical and internal evidence against catholicism with ocasional strictures on Mr Butler'sook of the Roman Catholic Church* in six letters ...by the Rev. Joseph Blanco White, M.A.B.D. London. John Murray MDCCCXXV p. 13.

interés por Newman, Whately, Froude, Pusey; luego por Gladstone y muchos otros, doctores ó estudiantes, lumbreras actuales ó futuras, en un sentido ú otro, de la ciencia teológica en la Gran Bretaña.

A primera vista el menos prevenido en contra, el más imparcial, ha de juzgar enfadosa coincidencia la conformidad de este cambio, este avatar tercero de Blanco, con su interés directo y personal. Había abandonado irrevocablemente la ciudadanía española, era súbdito inglés ahora, y el nuevo cambio de estado en materia de religión lo hacía entrar en una comunidad muy rica, de grande influencia oficial y social, en la que podría obtener beneficios pingües y permanentes. No hizo, pues, otra cosa, dirán los malquerientes, que subordinar la religión á la seguridad de su porvenir y laborar hábilmente en pro de su fortuna.

Esta es la apariencia, pero la realidad es otra. Cierto que recibió, once años después y no sin alguna desagradable tentativa de oposición; por diploma, es decir, sin solicitarlo, y sin someterse á prueba alguna, el título académico de *Magister Artium*, honor que no muy fácil ni frecuentemente concedía la Universidad en esa forma á particulares, y también que llegó á ser profesor en uno de los Colegios adjuntos á la misma Universidad; pero igualmente es positivo que conservó siempre escrupulosamente su independencia, como lo probó, sin miedo, sin titubear, en la primera ocasión de reivin-

dicarla que se presentó. Fué ésta cuando Roberto Peel, ministro en el gabinete presidido por el duque de Wellington y *leader* del partido dominante en la Cámara baja, después de haber propuesto y sostenido, hasta lograrlo, la emancipación política de los católicos en Irlanda (quienes no podían hasta entonces penetrar como diputados en el Parlamento á causa del juramento imposible de aceptar lo que se les imponía antes de usar del derecho de entrar y sentarse en él), renunció el cargo de representante de Oxford en la Cámara y solicitó en el acto ser reelegido allí mismo, como aprobación de su conducta.

Habíase manifestado siempre en la Universidad de Oxford oposición decidida á esa reforma, y parecía bien improbable que se desdijese esta vez y aprobase al cambio de frente del partido provocado, impuesto casi, por el prestigio y obstinado vigor de Peel. Dibujóse desde luego en la ciudad invencible desaprobación de la reforma. Pero en el ánimo de Blanco, á despecho de su antigua y arraigada hostilidad al catolicismo, pudo más que el interés inmediato y los favores que á la Universidad debía, su amor sincero de la justicia; hallábase él entonces en Londres ocupado en los mútiples preliminares de la fundación de una revista inglesa, y desde Londres, sin vacilar, muy al principio de la campaña electoral, en carta pública, anunció que por su parte votaría allí en favor de la reelección de Roberto Peel.

Peel resultó vencido, cual era de preverse, y Blanco, que abiertamente votó por él, llevando consigo á las urnas los papeles que acreditaban su derecho de votar, pues se había hablado de negárselo, se oyó tratar de advenedizo y en peligro real de perder cuanta simpatía y consideración tenía ganada entre sus colegas universitarios. Ocurrió esto en 1829, pero lo relato aquí anticipadamente para completar este lado de su carácter.

Mas si es evidente su firmeza, y en el caso descrito la persistencia de su liberalismo y su rectitud, pues mucho arriesgaba en favor de los católicos de Irlanda, quienes nunca le darían cosa alguna en compensación, no es posible pensar lo mismo de la constancia de su ánimo y su inteligencia en cuestiones de fe religiosa : no hay la menor duda de que ya en ese año 1829, y aun antes, su confianza en la verdad del protestantismo anglicano sufría recias sacudidas, iguales ahora en la madurez de su vida á las que en él pasó la fe católica durante la juventud.

De esta indecisión intelectual, de esta perenne movilidad él mismo se daba cuenta clara, que encuentro formulada por medio de este símil en su autobiografía : « Yo siempre estoy, simpre he estado dispuesto á proceder en busca de la Verdad, sin curarme de riesgos ó de pérdidas, lo mismo al través de honores que de afrentas. Pero la Verdad nunca ha venido á mí á manera de ancho torrente de luz, cual sobre otros parece haberse presentado

y derramado. Ante los ojos de la mente mía ha brillado solamente como vívida, pequeña, centelleante estrella en medio de una tempestad; á veces circundada por un instante de hermosura que embargaba mi corazón; otras veces perdida entre nubes espesas que, con un poco menos de fe por mi parte, me hubieran hecho creer pura ilusión cuanto había pensado descubrir. A prueba tan larga y tan penosa he estado sometido, aunque resuelto siempre á marchar, en la claridad ó en las tinieblas, hacia la dirección en que vi la luz aparecer» (1).

En 1832, cuando escribía estas líneas, estaba ya él á más de la mitad del camino que había de llevarlo al libre gremio de los unitarios, y al cual es seguro que no lo condujeron motivos de interés personal.

VII

Después de haber residido en Oxford cerca de un año la primera vez, volvió á Londres á vivir en casa de lord Holland, llamado por éste para confiarle

(1)...*Truth has never manifested itself to me in such a broad stream of light, as seems to be poured upon some men... Truth has appeared to my mental eye like a vivid, yet small and twinkling star, in a storm. now appearing for a moment with a beauty which enraptures my heart, now lost in clouds...* (*The Life...*, I, p. 213.)

la educación de su hijo : ocupación penosa para Blanco, á que su impaciencia natural difícilmente se avenía, y á la que renunció á los dos años, aprovechando como pretexto un viaje de varios meses por Bélgica que emprendía la familia toda. Peor de salud cada vez, sometióse entonces al régimen más severo, primero bajo las órdenes, como dice, de un charlatán desesperado, luego bajo las de un hábil facultativo; « pero el resultado fué una extremada debilidad; no me quedaron más que los huesos y el pellejo, y apenas podía dar un paso sin sentirme próximo á desfallecer ». Poco á poco fué restableciéndose, y en 1820 aceptó la invitación que el aplaudido poeta Thomas Campbell, director del *New Monthly Magazine,* le hizo de escribir para ese periódico las *Cartas de España de don Leucadio Doblado* (1). De este libro, qué colocó desde luego á su autor en buen lugar entre los que en Londres cultivaban las letras en esos días, ya he hablado antes. Comenzó entonces el más ocupado y fecundo período de su vida.

Un editor londinense, Rodolfo Ackermann, dueño de una imprenta y taller de grabados, que negociaba con la América española á la que surtía de sus libros y catecismos, recordando el éxito de *El Español* y en vista ahora de las dos ediciones pronto

(1) En ese periódico mensual, *Campbell's New Monthly Magazine,* por esa misma época, publicó Blanco otros varias trabajos sobre libros antiguos españoles, en especial sobre *El Conde Lucanor,* del cual tradujo muy bien al inglés el *Enexemplo XI* « de lo que acaesció á un dean de Santiago con don Illán, el grant maestro ».) N° 64; 1824.)

despachadas de las *Letters from Spain*, acudió á proponer á Blanco la dirección y redacción de una revista trimestral, que proyectaba dar á luz, especialmente dedicada á hispano americanos. Vaciló él bastante antes de aceptar la proposición. « Desde que suspendí *El Español* (escribe en la autobiografía) apenas si de cuando en cuando tuve ocasión de poner una carta en castellano. Había totalmente descuidado durante varios años el pensar en mi idioma nativo. Me era penoso hacerlo, y cada vez que lo intentaba me sentía como en duda de mi propia identidad; á la manera del que despierta de una pesadilla, necesitaba persuadirme de que no me hallaba otra vez en esa tierra de mi amor y de mi aversión; de que no revivían afectos y relaciones que habían de romperse con renovada dificultad, pues forzado yo á huir de esas instituciones aborrecidas, dejaría en peligro á personas estrechamente ligadas conmigo. »

No le desagradaba por otra parte la idea de contribuir á la ilustración y progreso de esos americanos cuyos intereses políticos tanto en *El Español* lo habían ocupado, y además el sueldo fijo que el editor le ofrecía por los cuatro números anuales venía á superponerse muy bien á la pensión del gobierno y permitirle atender mejor á los gastos de la educación de su hijo. Aceptó la oferta; el primer número salió á fines de 1822 con fecha 1.º de Enero de 1823, no debiendo el segundo aparecer hasta el mismo día y mes de 1824, subordinado á la acogida que

obtuviese. Ésta fué buena y continuó saliendo puntualmente. Forman hoy la colección dos tomos en octavo. Esta es la portada del primero : « *Variedades* | O | Mensagero de Londres : | Periódico trimestre | Por | El Revdo. Joseph Blanco White, Tomo I | Londres : | Lo publica R. Ackermann, 101 Strand | 1824 ». Cada número tenía unas cien páginas más ó menos (1).

Este periódico no duró tanto como *El Español*, acaba en el número de Octubre-Diciembre de 1825. Hojeado hoy, despierta menos curiosidad que su predecesor ; fáltale la vida, el palpitante interés de la frecuente polémica, del drama agitado de aquellos primeros quince años del siglo XIX, en que apenas pasaba mes sin traer consigo algún suceso de importancia histórica duradera. Es más literario sin duda, casi únicamente literario : un *Magazine* para lectores desparramados en un vasto continente, á cuyas manos no ha de llegar hasta semanas y meses después de impreso. Eran además para su dueño elemento principal del negocio los grabados, planchas, nuevas ó viejas, del fondo de su almacén ; vistas, retratos, figurines coloreados de modas ; pero estos últimos, declaró Blanco desde el principio á su editor, que no se encargaría de explicar ó comentar.

---

(1) « Uno de los periódicos más perfectos que se han publicado jamás en idioma castellano, es sin duda el *Mensajero de Londres*, escrito por aquel eminente literato que antes que Mr. De Pradt y ningún otro europeo defendió la causa de la América en el mundo antiguo, el ilustrado Blanco White. » José Joaquín de Mora, *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*, nº 90, agosto 31 de 1827

El interés del editor coartaba sin embargo un tanto su libertad y lo forzaba á prescindir de ciertas materias. « No está bien ni es decente (dijo después, ya en la hora de despedirse) empezar un libro con un artículo sobre Religión ó Política sabiendo que se ha de concluir con descripciones de flecos, cintas y modas. Aun cuando escribiese con entera independencia de miramientos, la distancia á que me hallo del público á que he dirigido mis reflexiones, priva á la imaginación del estímulo que nace del trato y vista de las personas para quienes escribe. »

El número 1.º, quizás el mejor de todos, empieza con una noticia biográfica, acompañada de retrato, de Simón Bolívar, cosa de que se escandalizaba todavía en 1882 el autor de la *Mistoria dc los Heterodoxos españoles.* La noticia después de todo vale bien poco, en la narración de los sucesos, no pasa del año 1821; y no es además obra de Blanco, pues una nota al final dice que « se ha sacado de un manuscrito en inglés comunicado al propietario del périódico. »El resto del número es muy interesante y llena perfectamente el objeto declarado de la publicación : « llamar la atención de sus lectores á los estudios y lectura que cultivan el entendimiento, y especialmente á la literatura, que es el medio más eficaz de refinar el gusto intelectual, y por éste el gusto moral de los pueblos. » Brillan como perlas finas en este mismo número tres trozos de Shakespeare, por el director traducidos en verso : el monólogo famoso de *Hamlet* : *To be or*

not to be; una parte del diálogo también del *Hamlet*, entre Polonio y Reynaldo; y la respuesta de Norfolk en el *Ricardo II* al ser desterrado por el rey.

La versión del soliloquio de *Hamlet*, apenas deslucida por dos ó tres ligeros lunares, es probablemente la mejor que existe en castellano; la de Tassara, por ejemplo, ni siquiera se le puede comparar. La de Rafael Pombo es excelente, como suya; pero menos ajustada al original, libre á la manera que Andrés Bello tradujo á Víctor Hugo. La de Blanco es quizás lo más literal posible, el señor Menéndez y Pelayo la inserta íntegra en su *Historia* citada, y también don L. A. de Cueto copia una gran parte en su *Bosquejo crítico*; el primero la encomia por su « áspera energía », el segundo por « su briosa naturalidad », y ambos tienen razón.

A la traducción del diálogo entre Polonio y Reynaldo precede una breve nota en que, á modo de pequeña medalla, graba Blanco muy bien la figura del padre de Ofelia cual la concibió el gran trágico inglés : « prototipo de la adulación, vanidad y afectación política de un cortesano viejo; un completo bulle-bulle, un corre-ve-dile (1) de palacio, entonado, profundo y pomposo con sus dependientes. »

La elección por Blanco del tercer trozo es característica. Diríase que influyó en él algo de personal,

(1) Sigo, como en otras ocasiones, la ortografía del original.

y en uno de los capítulos de la autobiografía lo cita otra vez, íntegro, en el texto original. Son las sentidas palabras que dirige el duque de Norfolk al rey Ricardo que lo destierra, y expresan vivamente « el desconsuelo de tener que resignarse á abandonar el idioma nativo y aprender otro extranjero » : Son las siguientes :

Severa por demás es mi sentencia
Y tal, señor, cual no la esperaría
De vuestra boca. Si algo he merecido
De parte de mi rey, no es la amargura
De ser así arrojado al ancho mundo.
El idioma patrio que he aprendido
Más de cuarenta años, me es inútil
De hoy en adelante. ¿Qué es mi lengua
Ya para mí sino harpa destemplada,
Ó instrumento sonoro puesto en manos
No acostumbradas á pulsar sus cuerdas?
Con doble cerco habéisla aprisionado
En mi boca, señor, y la pesada,
La estúpida, la estéril ignorancia
Le dais por carcelera. Pasó el tiempo
De imitar balbuciendo á la nodriza...
Si del nativo aliento, de esta suerte,
Me priváis, o mi rey, dáisme la muerte.

El periódico, ya lo he dicho, vivía de las suscripciones de América; mas no por eso adula ni engaña á sus lectores americanos. Muy al contrario; véase lo que dice á propósito de la nueva constitución chilena de 1823 : « Que los hispano americanos tienen aun mucho que sufrir, es bien claro; no

porque la España tenga fuerzas para impedir sus progresos, sino porque se hallan en el caso de niños mal criados que alcanzan su libertad antes de conocer el mundo...» y desaprueba enérgicamente así la intolerancia religiosa en que estaba empapada esa nueva Constitución chilena (1).

Pero en semejante clase de periódico no estaba él realmente en su elemento; no se amoldaba á la tarea de escribir prosa española sin verdadero interés en lo que hacía, sin la excitación de la lucha, sin poner toda su alma en lo que escribía; nada más que por el sueldo relativamente crecido de trescientas libras esterlinas que por cada cuatro números le daban. Cansado al fin, abandonó la empresa. Con gran sentimiento de parte del editor, pues el negocio no era malo, y creó Ackermann inmediatamente otros dos periódicos en sustitución de las *Variedades*. Al frente de ellos puso, con recomendación del predecesor, á otro emigrado español, hijo de Cádiz, José Joaquín de Mora, buen poeta, notable publicista, autor de las *Leyendas españolas*; que pasó luego varios años de una vida bastante agitada como profesor y como político en Buenos Aires, Chile, Perú y Bolivia; que volvió á Londres de cónsul general de la Confederación Perú-Boliviana; y que, derruída ésta, retornó á su patria en 1843 y murió en Madrid muy cerca de cumplir ochenta y dos años de edad, honrado

(1) Número VI, p. 2 (tomo II)

desde 1848 con el título de individuo de número de la Real Academia Española. Sus compatriotas no se mostraron tan severos con él como lo fueron con Blanco hasta el último momento (1).

No quiso Blanco separarse de los lectores de las *Variedades* sin darles antes la más franca explicación sobre su vida en España y los motivos que le hicieron cambiar de patria y de religión, pues no había antes aludido á esa cuestión, de suyo delicada para la gran mayoría católica de la América española. Titúlase el artículo « Despedida del autor de las *Variedades* á los hispano-americanos », y es como un primer esbozo de autobiografía, un compendio de lo que después escribió en inglés para el doctor Whately en que más circunstanciadamente refiere su vida íntima y sus actos públicos. En esta *Despedida* el interés es más vivo, más sostenido, por la concentrada energía, la cabal franqueza con que cuenta esa larga y dolorosa crisis de su carrera, sin miedo ahora de chocar contra nada ó contra nadie. Me parece también de lo mejor que escribió en prosa castellana, por su vigor, su elegancia y su transparente sinceridad. A esta confesión general, pues así puede llamarse, he aludido ya varias veces. Véase esta última muestra :

« A decir verdad no es tanto el trabajo como las

(1) Mora, como Blanco White, á pesar de ser español-europeo, apoyó con la mayor decisión la independencia de las jóvenes repúblicas que se habían alzado en el continente... (M. L. Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora*, Santiago de Chile, 1888, p. 40.)

circunstancias del periódico que he tenido á mi cargo, lo que me mueve á abandonarlo. El escribir ó hablar en mi lengua nativa siempre me es doloroso. El eco de la hermosa y desgraciada lengua española trae consigo á mi oído, como si fuese el rumor lejano de una mazmorra en que hubiese sufrido encarcelamiento, grillos, heridas é insultos, y donde hubiese dejado los amigos más queridos sufriendo los mismos males sin remedio ni esperanza.

» Tal vez soy víctima de una sensibilidad extremada sobre ciertas materias enlazadas con la libertad moral del hombre, pero supuesto que ni los años ni la mudanza de vida hacen mella en mis sentimientos; ¿qué me queda sino mimarlos, é impedir que me destrozen ? » Volvió, pues, á ocupación más en consonancia con su talento y su carácter, á la controversia religiosa, á la propaganda protestante, y publicó en un mismo año (1825) dos de sus libros en ese género más importantes. El primero se intitula : *Evidencia práctica é interna contra el catolicismo, acompañada de algunas críticas á propósito del Libro de la Iglesia Católica Romana de Mr. Butler* (1). El segundo : *Preservativo del Pobre contra el Papismo* (2).

Terciaba Blanco por medio del primero de estos

(1) Véase el título original exacto en nota anterior.

(2) *The Poor Man's Preservative against Popery*, 1 vol. in-12º, 1825. Última edición, 1834.

dos escritos en reñida polémica que sostenía Roberto Southey, el poeta laureado de Inglaterra, biógrafo de Nelson é historiador de la guerra con Napoleón en España, contra Charles Butler, campeón católico, « escritor, dice Leslie Stephen, delicioso, aunque superficial y apasionado». Southey agradeció y estimó en mucho el auxilio que acudió Blanco á prestarle. Coleridge y Southey eran en esa fecha los únicos dos ilustres poetas ingleses que vivían en Londres ó cerca de Londres (pues Keats, Shelley y Byron ya entonces habían fallecido y Wordsworth apenas se movía de su región de los Lagos), y tenían ambos por Blanco particular, muy viva estimación, como lo prueban las cartas que de ellos se encuentran en la *Vida* editada por J. H. Thom. El segundo escrito, el *Preservativo,* traducido luego al español, probablemente, según Menéndez y Pelayo, por Usoz y Río, pues no tiene nombre de traductor, sirvió mucho en lo adelante á las sociedades bíblicas inglesas para su propaganda en países españoles.

Cuando volvió á Oxford en 1826 llevaba muy acrecentado su prestigio literario y fué recibido por catedráticos y alumnos con los brazos abiertos, contado pronto entre los llamados *Noéticos* del colegio Oriel, nombre que viene á ser, conforme á la raíz griega de la palabra, algo así como lo que hoy llaman *Intelectuales*. Los dos primeros años de esa su segunda residencia allí fueron de los más tranquilos y gratamente ocupados; continuó asidua-

mente el estudio del hebreo, predicó, dió conferencias, una muy apreciada sobre la « Teoría de los sonidos musicales », y se hizo á menudo apreciar ejecutando tríos clásicos en la viola, con Newman, que tocaba el violín, y Reinagle el tercer instrumento. Los oyentes notaban con curiosidad el contraste entre Blanco agitado, saludando muy agradecido á los que aplaudían, y Newman inmóvil en tanto como una Esfinge (1).

La campaña electoral de Roberto Peel en 1829, de que ya he hablado, nubló el horizonte, y comenzó entonces á minar el corazón de Blanco el deseo de no quedarse allí indefinidamente. Era él en extremo susceptible y su posición en el Colegio de que era profesor, miembro, pero honorario, no *fellow*, no asociado propietario, le desagradaba, pues tenían sobre él derecho de precedencia otros más jóvenes, y los subordinados no le guardaban la consideración á que se juzgaba acreedor. « El forastero en Inglaterra nunca es popular », escribía en 1835 (2). Al mismo tiempo empeoró el estado de su salud, pasó cinco meses encerrado en el aposento sin poder moverse, y todo reunido le hizo aprovechar la favorable coyuntura que se presentó cuando Whately, nombrado arzobispo de Dublín, quiso llevarlo consigo á vivir á su lado

(1) *Pre-Tractarian Oxford. A Reminiscence of the Oriel « Noetics »*, by the Rev. W. Tuckvell. London, 1909.

(2) *The Life...*, vol. II, p. 120.

en su palacio; él aceptó ofreciendo dedicarse al mismo tiempo á la educación del hijo de corta edad del prelado, compensación que el excelente amigo ni sugirió ni esperaba. Ocurrió esto en 1832.

En Dublín demasiado sabía Blanco que, fuera del palacio arzobispal y las oficinas del gobierno, no se hallaba en suelo amigo, pues no habían de mirar en el país con buenos ojos á un excatólico español, descendiente de irlandeses, afiliado en la secta que con tan evidente injusticia trataba á la Iglesia romana en Irlanda. Confiesa él mismo (1) la pena que esto le causaba; sin embargo no fué ella bastante para amenguar su inextinguible afán por la polémica religiosa, pues allí escribió y publicó al año siguiente de su llegada un libro, que es acaso el mejor de cuantos produjo sobre esas cuestiones controvertibles, en respuesta á otro que acababa de dar á luz Thomas Moore, el popular poeta de las *Melodías Irlandesas*. Titulábase éste último libro : « *Viajes de un caballero irlandés en busca de una religión* », y no lo firmaba Moore con su nombre sino como « *Editor* de las Memorias del Capitán Rock ». Blanco titula el suyo : « Segundo Viaje » (*Second Travels*, dice el original inglés)... « *No por el Editor de las Memorias del Capitán Rock.* » (Dos tomos, Dublín, 1833.) Moore dedica el libro : « Al pueblo de Irlanda, en defensa de su antigua Fe Nacional », y Blanco el suyo así : « Al pueblo

(1) *Ibid.*, vol, I, p. 484.

de Irlanda, cuyas virtudes, adelantamiento y felicidad deben venir, no de la Antigüedad ó Nacionalidad, sino de la Verdad de la religión que su gran mayoría profesa...» Moore mostró poseer grandes é inesperados conocimientos en patrística y teología; pero en esto naturalmente Blanco le aventajó, así como en el hábito de manejar esa especie de polémica, que sabía dirigir más derechamente al punto débil de la coraza del adversario. Pero en uno y otro caso me figuro que no se lograba persuadir más que al lector de antemano á ello preparado. Halló Moore seguramente número mayor de lectores, por la resonancia de su nombre, no sólo en Irlanda, donde se lo idolatraba, sino en Gran Bretaña, que lo tenía aun por poeta de orden superior y ponía en las nubes su *Lalla Rook* y sus *Amores de los Ángeles*, poemas azucarados, artificiales, ya hoy casi enteramente olvidados, como está muy desteñida la gloria que en vida acompañó á su autor. Blanco sigue paso á paso el argumento tal como su adversario lo presenta, con el mismo protagonista, para arribar por de contado á desenlace diametralmente opuesto; é inserta en medio de su desenvolvimiento teológico una novelita amorosa que tiene algún interés.

Pero estos escritos de combate, y otros dos ó tres que publicó después, están ya demasiado marchitos, muertos casi enteramente. Carecerían de todo atractivo, nada habría para compensar el esfuerzo que su lectura á veces exige, sino les

comunicara sumo interés la memoria del hombre que los escribió, si no viéramos al mismo tiempo en esas páginas, como en sus Memorias, sus cartas, las notas del diario de su vida, la imagen de un hombre interesante en extremo, original, sincero, enfermo casi siempre, profundamente desgraciado, que recorrió triste y solo una senda de abrojos y peñascos, hasta sucumbir martirizado por larga y lenta agonía; ansioso hasta el último momento de alcanzar la verdad, que cada vez parecía huir más lejos delante de sus ojos, fatigados de buscarla incesantemente, todos los días, todas las horas, con anhelo que nunca desmayó.

VIII

Faltábale ahora un triste momento que pasar, una última crisis, no la menos penosa de su contrastada existencia : arrancarse el corazón á pedazos y sacrificar en aras de la verdad religiosa, que creía por fin poseer, la amistad del hombre generoso á cuyo lado hubiera podido pasar tranquilo y respetado el corto espacio de tiempo que sus males exacerbados únicamente le concederían.

Resuelto ahora á abandonar el protestantismo

y el ministerio que ejercía, era su deber revelar inmediata y francamente al hombre á quien por tantos años lo había ligado fraternal amistad, que su fe había desaparecido, que al cabo de sus meditaciones su ortodoxia se había estrellado como ante un muro de bronce cayendo hecho añicos en su conciencia el misterio de la Trinidad y los Treinta y nueve artículos en que se resumía la reforma de Enrique VIII y Elizabeth. Lo confesó, lo declaró así por tanto al arzobispo en larga y afectuosa carta el 2 de Enero de 1835, resignado á pesar de su decaída salud y de los sesenta años que iba á cumplir, á dejar el albergue hospitalario en que tan apaciblemente había residido cerca de tres años; pues era claro que una vez publicado el cambio producido en él, parecería á muchos una profanación la presencia de un hereje en la mansión de Whately, del prelado que se hallaba al frente de la religión oficial inglesa en Irlanda. Pero además, en su situación particular lo que más vivamente había de dolerle, y en efecto le dolía, era alejarse de la sociedad incomparablemente grata de la esposa y las hijas de Whately, que con inexhausta bondad cuidaban al pobre y solitario enfermo. El arzobispo y su familia se empeñaron de mil maneras en disuadirlo de la idea de la partida, en conservarlo siempre con ellos; pero la honradez de su espíritu pudo más que su interés y que sus afectos. « Dios sabe con qué dolor me arranco del lado de mis amigos. Dios sabe cuán vehementemente deseaba

pasar con ellos mis últimos días ! Pero el demonio de la Ortodoxia necesita víctimas, y estoy pronto al sacrificio» (1). Sus males hicieron aplazar un poco la partida, pero el 9 del mismo mes, á los seis días de entregada al arzobispo la dolorosa confesión que de allí lo arrancaba, se hallaba en Liverpool, alojado en casa de un amigo, el vizcaíno Clemente de Zulueta, mientras disponía su instalación definitiva en ciudad tan intensamente mercantil, en la que sin embargo se cultivaba y prosperaba entonces como en ninguna otra de Europa esa humanización de la teología y la ética sobre la base de la autonomía de la razón individual, origen de numerosas agrupaciones, que con nombres diferentes se reunen todas bajo la enseña del unitarismo, en él tambien acudía ahora Blanco á incorporarse.

Quince días después de su llegada concurrió por primera vez á la capilla unitaria; en la misma el domingo siguiente oyó con gran satisfacción al joven y elocuente James Martineau, hermano de Enriqueta Martineau, de la eminente publicista, que luego, con el aplauso de Augusto Comte mismo, condensó, tradujo é hizo más abordables los seis grandes galeones, quiero decir, los seis gruesos volúmenes de *La Filosofía Positiva*. Pronto entró Blanco también en frecuente correspondencia epistolar con el gran apóstol unitario angloamericano W. E. Channing, robusteciéndose así

(1) Carta al Rey. George Armstrong. *The Life...*, t. II, p. 72.

más y más cada día las bases de sus nuevas opiniones y sintiendo por fin aplacado su antiguo y congojoso afanar. Al mismo tiempo en Oriel, en el antiguo colegio de Oxford á que había pertenecido, lo borraban con vituperio de la lista de los miembros, « única manera » (á esto se redujo su réplica), « única forma en que podían mis antiguos colegas darse el gusto de un Auto de Fe » (1). Su « excelente amigo Newman » le escribió también una carta tristísima « que no es de la primera á la última línea más que un gemido y un suspiro », á la que contestó con el antiguo afecto, concluyendo así su carta en respuesta : « Confío en la misericordia divina que, á despecho de las angustias que los errores existentes producen entre quienes podrían de otro modo vivir juntos en la Unidad del espíritu de Cristo, nos reuniremos fuera del alcance de la duda y las disensiones en un mundo mejor. »

En tanto su amigo el arzobispo de Dublín no lo abandonaba, invitábalo repetidamente á volver, siquiera por breve visita, á la morada donde nadie se olvidaba de él. Su esposa y sus hijas le escribían con frecuencia, y anualmente Mrs. Whately misma, por indicación de su marido, giraba á los banqueros de Blanco la suma de cien libras; aguinaldo que rehusó él una vez solamente, el año en que el Gobierno de lord Melhourne á excitación de lord Holland le regaló trescientas libras tomadas del

(1) *The Life...*, t. II, p. 117.

fondo regio reservado á esas liberalidades, *The Queen's Royal Bounty*. Aunque era Blanco muy sobrio y de gustos moderados, tenía la pasión de comprar libros, y le sobraban las tentaciones, pues estaba siempre atento á cuanto de notable aparecía en Inglaterra, en Francia, y especialmente en Alemania cuya lengua aprendió en la segunda mitad de su vida lo mismo que el griego y el hebreo, y cuyo movimiento filosófico seguía con cuidado. Whately, que le conocía esa afición á comprar libros nuevos y viejos, se complacía en ayudar á satisfacerla.

En Julio de 1835 publicó su último libro, las *Observaciones sobre la Heregía y la Ortodoxia*, en que, por decirlo así, resuella el hererodoxo por la herida (1). « Mi ardiente deseo (escribe á su amigo el presbiteriano inglés Rev. G. Armstrong) es que fuese dable con esta obrita inducir los cristianos á examinar imparcialmente estas graves cuestiones, de las que depende la paz y el progreso del mundo cristiano. » En la misma carta da cuenta de su situación personal en esa fecha, de esta manera : « Á pesar de mi perenne debilidad y de todos los males consiguientes á un sistema nervioso desvencijado, tengo más comodidades ahora y vivo aquí mejor que antes en ninguna otra parte. Ocupo una casa yo solo, cosa muy importante en mi situación. Me hallo *at home*, tranquilo. Unos cuantos

---

(1) *Observations on Heresy and Orthodoxy*, in-8°, 1835, 2 d, edit., 1839.

amigos, muy pocos, vienen á verme, y hago yo solamente las visitas indispensables de pura cortesía. Me tengo por muy feliz al lado del Rev. John H. Thom (1), mi vecino, ministro unitario en este lugar; está al frente de una capilla, á que asisto alternadamente con la de Mr. Martineau, y en ambas experimento satisfacciones totalmente nuevas para mí (2).»

Escribió en 1835 y 1836 para *The London and Westminster Review* (3) algunos artículos, y ya he dicho algo del que versa sobre las Memorias de Godoy. Es de él, en el número de Abril-Julio 1835, uno titulado « Poesía española reciente » que no trata más que de las obras de Martínez de la Rosa, teniendo á la vista únicamente la edición de París publicada en 1837 por Didot. No conoció por tanto ni los últimos dramas en prosa, ni otras mejores composiciones líricas del autor, como la Epístola al duque de Frías. Pero creo que no hay nada que argüir contra este juicio : « Sus versos son flúidos, armoniosos, tersos, aunque sin grandes méritos. Prodúceme el efecto de ser el autor en su poesía como una de esas personas que se encuentran en

(1) Su futuro biógrafo y luego editor de sus papeles póstumos.

(2) *The Life...*, t. II, p. 138.

(3) *The London Rewiew* se llamaba la revista de que fué Blanco editor en 1829 ayudado por sus amigos de Oxford, que no tuvo acogida en el público y cesó á los dos números. El nombre reapareció luego unido al de *Westminster Review* que dirigió J. S. Mill. 1829 fué el año fatal para Blanco, de la lucha electoral en Oxford y del fracaso de Roberto Peel.

sociedad, nerviosas, llenas de aspiraciones, con deseos de agradar y llamar siempre la atención, pero siempre con miedo también de hacer ó decir algo no estrictamente correcto. Sus composiciones tienen la regularidad precisa de la timidez, con más gusto y sentimiento que vigor.» Respecto de las tragedias se muestra el crítico bastante indulgente, á pesar de que no disimula sus preferencias románticas, cual era de esperarse desde luego en un inglés, amigo personal y admirador de Southey y de Coleridge. Mas sostiene que de las unidades clásicas solamente la de acción exige indispensablemente ser respetada, porque viene en suma á reducirse « á la de unidad de interés ó de efecto á que toda imitación ideal debe tender».

Lástima fué que estuviera Blanco en 1835 tan desprendido, tan ignorante de lo que en su primera patria sucedía, hasta el punto de no tener noticia alguna de la transformación del arte literario que allí se verificaba, lo cual cuando él murió en 1841 era ya un hecho, pues Larra, su gran heraldo, había fallecido en 1837, y disponían ya del favor público los famosos corifeos, el duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla y tantos otros. Si así no hubiera sido, quizás él mismo espontáneamente habría reformado y rectificado el juicio violento, á raja tabla, que del presente y porvenir de la poesía lírica española había emitido años antes bajo el disfraz de *Don Leucadio Doblado* : « Hay en el idioma español (dijo entonces) una falta de

flexibilidad, producida por la gran longitud de los más de sus vocablos, la poca variedad de sus terminaciones y el bulto de sus adverbios, todo lo cual ha de ser siempre un embarazo para la versificación. La música de nuestra mejor poesía es grande y majestuosa en verdad, pero es preciso una habilidad nada común para modificarla y dominarla, de manera de agradar al oído y dejar satisfecha la inteligencia (1). » No todo es exagerado ni todo inexacto en esta absoluta; pero bastaría ponerle en frente el *Diablo Mundo* de Espronceda con su brillante introducción y su admirable Canto á Teresa, ó una de las buenas leyendas de Zorrilla, para verla perder mucho de su engañosa apariencia.

Encerrado en su casa, pasó los últimos cinco años en la mayor tristeza, sin poder á veces escribir ni una carta, ó añadir una línea al diario en que iba consignando lo que leía, lo que veía, lo que sufría, mientras aumentaban mes tras mes los síntomas dolorosos de su cruel enfermedad. Vino por entonces de la India su hijo á quedarse por corto tiempo, y tuvo al menos ese consuelo, hasta el 15 de Junio de 1839 en que se lee este renglón en su libro de memoria : « Dije mi último adiós á Ferdinando y sentí como si se me rompiera el corazón. » Volvía el hijo á la India ya con su grado de capitán, y en efecto no se vieron más.

Persistió casi hasta el fin su afición á la música,

(1) *Letters from Spain* (1825) p. 338-339.

y unas veces con el piano, otras con el violín ó la flauta, trataba de acallar sus dolores. Son curiosas por lo mismo estas líneas que traduzco de una carta al Dr. Channing (Julio 21 de 1840) : « No soy músico, carezco de un buen oído, y, sin, embargo siento en la música un poder que no encuentro palabras para describir. Hace la música vibrar ciertas cuerdas del alma, penetra en profundidades á que ninguna otra influencia alcanza, extiende los límites de la conciencia, me deja en fin la impresión de algo misterioso, inexplicable, que á nada se parece. »

En esos apuntes, escritos al correr del lápiz ó de la pluma, notando lo que lee y lo que al leer le ocurría, hay á menudo reflexiones agudas, profundas, dignas de recordarse, que encontrarán en abundancia los que las quieran ir á buscar, aparte del gran valor especial de cuanto dice sobre cuestiones teológicas y de cuanto se refiere á la evolución del pensamiento religioso en Europa y en América. Su interés en los libros y la vieja literatura castellana, nunca del todo extinguido, revivió en su ánimo llevándolo otra vez á ocupar á menudo su atención en obras españolas : en el *Quijote*, el *Conde Lucanor*, las *Crónicas*, el *Gil Blas* y sobre todo la *Celestina*, á la cual ya antes, en las *Variedades*, había dedicado un estudio, afirmando y demostrando, cómo no se había hecho aun en su patria, quién era el verdadero autor de toda ella y la importancia excepcional de la obra.

Si en los últimos meses de la publicación de

El Español se lamentaba, como hemos visto, de serle ya entonces menos fácil escribir en su lengua nativa que en inglés, es lo cierto que no la había olvidado, pues ahora en 1840, al fin de su vida, espontáneamente, por impulso interno poderoso, consagró algunos de los ratos que sus males se lo permitían, á componer en castellano una pequeña novela, *A Spanish tale*, como dice, un cuento titulado *Luisa de Bustamante, ó la Huérfana española en Inglaterra*. El caso sin duda no es extraño, común más bien; y así lo reconoce en el prólogo que para la obrita dejó él preparado : « Es ley de la condición humana que á medida que envejecemos se rejuvenezcan las impresiones de la niñez y de los verdes años... Me empecé á convencer algunos años ha de que había entrado en los términos de la vejez, con el perpetuo revivir que noté en mí de imágenes y memorias españolas. » Emprendía, pues, « con muy poca confianza, enfermo y casi moribundo, la composición » de la novelita, porque « el deseo de hablar por última vez á los españoles le rebosaba en el pecho ».

La heroína, la huérfana española, dotada de una voz tan hermosa como la de María Malibrán, la célebre cantatriz, estaba además dotada de tal pureza de sentimientos que se resistía á emplear su talento en escenas ó cantos amorosos. Así lo dice en esta graciosa seguidilla :

Me dicen que los ecos
De mis canciones

Pondrán luego á mis plantas
Mil corazones,
No quiera el cielo
Tengan en mí sus dones
Tan vil empleo.

No existen de esta novelita más que los primeros capítulos, aunque Blanco, previendo que le faltase tiempo para acabarla, comunicó el plan á su amigo Zulueta con objeto de que la concluyera después de su muerte; pero quedó incompleta y los capítulos se publicaron mucho después, tales como él los dejó, en una revista (1). Salieron igualmente á luz en ese periódico por la misma época los versos líricos españoles de Blanco, compuestos también en sus últimos años, en los que con patético acento vuelven á su memoria los recuerdos de la patria y la familia; composiciones por esta razón muy superiores á las que, demasiado fríamente vestidas con los artificios del siglo XVIII, dió á luz en Sevilla y Madrid durante la primera mitad de su vida. De la mejor de ellas, concebida durante « una tempestad nocturna en alta mar » (este es su título) en uno de los viajes que hizo de Liverpool á Dublín para visitar al arzobispo, son los versos siguientes :

---

(1) *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*. Sevilla, 1855-1860. La copia manuscrita, que únicamente he visto de esos capítulos, tomada de dicha Revista, no ponía la fecha de la publicación, y la copio tal como está en Lasso de la Vega, *Escuela Poética Sevillana*. Madrid, 1876, ps. 136 y 148. De la novela y del encargo á Zulueta trata Blanco mismo en la *Vida*, III, ps. 108 y 222.

¿Por qué no busco asilo
En el estrecho y congojoso seno
Del cerrado navío?...
No, rompa aquí, si quiere, el débil hilo
De mi vida la suerte :
No me arredra la muerte,
Mas si viniere, ¡ oh Dios ! en ti confío.
¿Por qué temer? ¿No estás en la tormenta
Lo mismo que en la calma más tranquila?
La nube que destila
Aljófar en presencia de la aurora,
¿No es tuya, como aquesta que amedrenta
Con su espesor mi nave voladora?
¿Y qué es morir? Volver al quieto seno
De la madre común de ti amparado,
O bien me abisme en el profundo cieno
De este mar alterado,
O yazga bajo el césped y sus flores
Donde en la primavera
Cantan las avecillas sus amores...
¡ Oh traidores recuerdos que desecho
De paz, de amor, de maternal ternura,
No interrumpáis la cura
Que el infortunio comenzó en mi pecho !
¡ Imagen de la amada madre mía,
Retírate de aquí, no me derritas
El corazón, que he menester de acero
En el amargo día
De angustia y pena, que azorado espero !

No se descubre precisamente en la forma, en la versificación de estas composiciones huella profunda de la revolución romántica, que en la literatura inglesa había ya ejercido tan poderosa influencia y que en España imperaba tan absolu-

tamente. El Blanco White de estos últimos versos es el mismo José María Blanco de las justas de principios del siglo en la Academia sevillana : son importantes en la historia de su vida como exacto poético reflejo del estado tristísimo de su alma, al fin de una existencia en que le tocó medida más que ordinaria de los desengaños y las inevitables amarguras.

Sus versos en inglés son mucho menos numerosos, pero una composición, el soneto titulado *la Noche y la Muerte*, que escribió en 1828 y retocó en 1838, es lo más conocido, lo único de veras famoso de cuanto hizo en prosa ó verso, en inglés ó en castellano. Cuando apareció la primera vez, autoridad tan elevada como la de Samuel Taylor Coleridge declaró que « no había otro soneto más bello ni más grandemente concebido en lengua inglesa » (1), y Leigh Hunt añadió después que «cuanto al pensamiento ninguno quizás se encuentra á su altura en lengua alguna ».

He aquí, junto con el original, una traducción literal, inexorablemente literal, verso por verso, del texto definitivo :

¡ Noche misteriosa ! Cuando nuestro primer Padre supo — De ti, por informe divino, y oyó

(1) ...*The finest and most grandly conceived Sonnet in our language (at least it is only in Milton's and in Wordsworth's Sonnets that I recollect any rival) and this is not my judgment alone, but that of the man* κατ' ἐξοχὴν φιλοκάλου, *John Hookham Frere*). (*The Life*..., t. I, p. 439.)

tu nombre, — ¿No tembló él por esta fábrica adorable, — Este glorioso dosel de Luz y Azul?

Mas detrás de cortina de translúcido rocío, — Bañado entre los rayos de la gran Llama poniente, — Véspero apareció con la hueste del firmamento, — ¡Y, mirad! la Creación engrandeció á la vista humana.

¿Quién hubiera podido pensar que Obscuridad semejante estaba escondida — En tus resplandores, Sol! — Ó podido adivinar — Mientras abeja y hoja é insecto eran visibles,

Que nos ocultabas tú tantos Orbes innumerables? — ¿Por qué entonces huímos de la Muerte con ansioso esfuerzo? — Si la Luz puede así engañar, ¿por qué no también la vida (1)?

Ha sido este soneto traducido libremente y muy bien en verso castellano por Rafael Pombo, el laureado poeta de Colombia; más literalmente y menos bien por don Alberto Lista, y en ocho ele-

---

(1) *Mysterious Night! when our first Parent knew*
Thee, from report divine, and heard thy name,
Did he not tremble for this lovely Frame,
This glorious canopy of Light and Blue?

Yet 'neath a curtain of translucent dew,
Bathed in the rays of the great setting Flame,
Hesperus with the Host of Heaven came,
And lo! Creation widened in Man's view.

Who could have thought such Darkness lay concealed
Within thy beams, o Sun! or who could find
Whilst fly, and leaf, and insect stood revealed,

That to such countless Orbs thou mad'st us blind!
Why do we then shun Death with anxious strife?
If light can thus deceive, wherefore not life!

gantes dísticos latinos por el erudito poeta inglés Samuel Bond. En su *Historia de los Heterodoxos españoles* incluye el señor Menéndez y Pelayo esta última versión, junto con la de Pombo.

Lista traduce de este modo los dos tercetos, transcripción, aunque un poco prosaica, más aproximada al original que la de Pombo y no del todo infeliz, salvo en un punto, del que voy á tratar :

¡ Cuanta sombra en tus llamas ocultabas,
Oh Sol ! ¿Quien acertara, cuando ostenta
La brizna más sutil tu luz mentida,
  Esos orbes sin fin que nos velabas?...
Oh mortal ! y el sepulcro te amedrenta?
Si engañó el sol, ¿no engañará la vida?

En vez de « abeja, hoja é insecto » del primer terceto puso Lista « brizna sutil », lo cual es abreviar demasiado libremente. Esa línea, sin embargo, es positivamente en el original inglés como una cuerda tirante, un obstáculo contra el cual sin remedio hay que tropezar. Yo por *fly* traduje *abeja*, pues si bien el significado natural de la palabra es *mosca*, la abeja, no hay duda, es una mosca grande. Pero de todos modos *fly* é *insect* en el mismo verso son vocablos idénticos para el caso, dicen lo mismo : repetición inútil por consiguiente y descuido probable del autor.

Por esta razón cuando el poeta William Sharp, colector de una muy conocida Antología de sone-

tos (1), inserta, comenta y sobremanera elogia el de Blanco White, suprime la palabra *fly* y en su lugar pone *flow'r*, flor (elidiendo la vocal segunda para conservar la medida), y agrega entonces : «Me he permitido este cambio, que todo comentador ha deseado hacer, ó debido desearlo. Si White no empleó *flow'r* por *fly*, nos cumple al menos suponer que tuvo la intención de hacerlo» (2).

---

(1) *Sonnets of This Century edited and arranged*... by William Sharp. London, 888.

(2) Á la bondadosa amistad del señor James Fitzmaurice-Kelly, el eminente historiador de la literatura española, he debido copia de un artículo publicado en Londres, en el semanario *The Academy*, número del 12 de septiembre de 1891, artículo que apareció firmado así : J. D. C., iniciales de James Dykes Campbell, el bien conocido editor de Coleridge y erudito digno de toda confianza. Insértase en él una tercera versión del soneto *La Noche y la Muerte*, superior en conjunto á las otras dos, y que Dykes Campbell afirma provenir del mismo Blanco White, conforme á datos en el artículo mismo presentados, que son sin duda muy atendibles, aunque acaso no de un todo decisivos.

En esta tercera versión desaparece el enojoso *fly* de las dos primeras, muy felizmente sustituído por *bud*, botón de flor, y contiene otros cambios importantes que son realmente mejores, sobre todo en los tercetos. La incluyo aquí y distingo con diferente carácter de letra todo lo que pertenece únicamente á esta última versión:

Sonnet to Night.

Mysterious Night! when our first parent knew
Thee by report Divine, and knew thy name,
Did he not tremble for this goodly *frame,*
This glorious canopy of light and blue?

But through *a curtain of translucent dew,*
Bathed in the hues *of the great setting flame,*
Hesperus with the Host of Heaven came,
And lo! Creation broadened *to man's view;*

Who could have guessed *such darkness lay concealed*
Whithin thy beams, o Sun? or who divined,
When bud, and flower, *and insect* lay *revealed,*

That to such countless worlds hadst made *us blind?*
Why should *we then shun Death with anxious strife?*
If Light conceals so much, *wherefore not Life?*

El soneto es sin disputa una joya, una pequeña obra maestra; la idea, muy ingeniosa, está bien desenvuelta, aunque al final se atropelle un poco por falta de espacio, como luchando contra el marco estrecho que lo encierra. Pero me figuro que por muy hábilmente traducido que esté, nunca parecerá á lectores españoles tan notable y grandioso como á los ingleses. El tono argumentador, por así decirlo, de las dos interrogaciones finales es más de controversia y propaganda que de arte desinteresado. Puede esto sin embargo ser una impresión nada más que personal, y no insisto. En castellano tenemos el soneto de Bartolomé L. de Argensola que empieza : *Dime, padre común, pues eres justo...* el cual don L. A. de Cueto encuentra de « mayor grandeza » que el de Blanco. Pero es materia opinable y muy lícito el disentir de este parecer.

Blanco aplaudió extraordinariamente la traducción de Lista, declarándola perfecta, superior al original (1); pero no hay que olvidar que lo dice cuando, desprendido ya de casi todo, le quedaban dos años no más de vida; y que fué Lista el más fiel de sus amigos, afectuoso hasta el punto de haber ido á Oxford en 1832 con el objeto único de abrazarlo, conducta que contrasta con la del indolente y egoísta J. N. Gallego que con tanta inquidad le trató en las Cortes de Cádiz. Á pesar de la

(1) Carta de septiembre 30 de 1839, publicada en el *Archivo Hispalense*, revista de Sevilla, en 1866, y citada por Blanco García. *La Literatura española en el siglo* XIX. t. I, p. 27.

nube de oprobio que envolvía en su patria cuanto á Blanco se refería, mantuvo Lista siempre impresa al frente de sus versos la dedicatoria que de ellos hizo á su viejo condiscípulo, disfrazada, es verdad, bajo el seudónimo transparente de *Albino*, nombre poético de Blanco en la Academia sevillana, como era *Licio* el de Lista y Fileno el de Reynoso, — clave que en Sevilla toda la gente culta poseía.

Cuando hubiéranse creído olvidadas ya por Blanco la lengua y la versificación castellanas, un año antes de morir, el 12 de Febrero de 1840, atormentado por incesantes dolores agudos, halló en su cariño á Lista inspiración y energía suficientes para componer este triste, desolado soneto, que no se encuentra por cierto en la colección de Rivadeneyra (1). Titúlase *Poder del recuerdo de mi amigo Lista*, y dice así :

¿Qué me resta, ¡ infeliz ! si acongojado
En alma y cuerpo, ni descanso un hora
Ofréceme el dolor que me devora,
Ni espera verle mi vejez templado?
A su inclemencia y á la edad postrado
En vano luce para mí la aurora,
Que no es el brillo con que el orbe dora
Solaz bastante al corazón llagado.
¡ Mísero ! ¿Qué hago aquí? ¿Por qué no sigo
Del sepulcro una voz que dice : « Abierta

(1) Encuéntrase en la *Historia de la Escuela Poética sevillana*, antes citada, p. 147.

Tienes la cárcel en que gimes. Vente?
¿Por qué? pregunto. — Porque tierno amigo,
En imagen vivísima, á la puerta
Se alza, y llorando dice : « No, detente. »

Esparcidos en los tres tomos de la *Vida* se encuentran algunas otras composiciones inglesas en verso. Otro soneto, por ejemplo, « al oirse llamar viejo por primera vez », cuando sólo tenía cincuenta años (t. I, p. 480), y unos versos de álbum (t. II, p. 335) escritos en 1837, bien impregnados, éstos lo mismo que los otros y que todos, de la opresiva melancolía de ese último período.

Fué en realidad este período una larga y desgarradora agonía. El 11 de Julio de 1840, día en que desbarató la casa con objeto de irse luego á residir en el campo, consigna el suceso con estas palabras en su diario : « Cumpleaños miserable, sesenta y cinco de mi edad, sin un lugar tranquilo donde morir. » El 9 de Enero de 1841 hizo en sus *Memorias* las últimas correcciones y las entregó definitivamente á John Hamilton Thom. El 23 de Febrero inmediato (desde el 6 no inscribió más cosa alguna en su diario) fué llevado á la casa de su amigo, Mr. Rathbone en Greenbank, cerca de Liverpool; allí el aire libre, la vista del campo y de los árboles, con los cuidados de una familia atenta y afectuosa, parecieron aliviarlo un tanto, manteniéndose así, con frecuentes alternativas, unos tres meses más : *languideciendo*, como dijo, *cara á cara con la muerte*. El 15 de Mayo, temeroso de perder pronto la facul-

tad de expresarse claramente, pues se le velaba la voz rápidamente, pronunció sus últimas frases bien razonadas : « Cuando llegue la hora, dígolo de una vez ahora, mi alma se concentrará en este sentimiento, « Dios mío, en Tus manos encomiendo mi espíritu » : Dios para mí es Jesús, y Jesús es Dios, — no en el sentido de los clérigos por supuesto (1). » Sumido desde entonces en profundo estupor, no salió de él hasta cinco días después, el 20 de Mayo, en que súbitamente, « con voz firme y gesto de gran solemnidad », pronunció estas únicas palabras : « Ahora sí me muero. » Dos horas más permaneció en la misma actitud, callado, como quien aguarda; y tranquilo, sin agitación alguna, se echó hacia atrás y expiró.

El doctor W. E. Channing, en carta de pésame dirigida desde Boston á J. H. Thom y á los varios amigos que fueron la verdadera familia espiritual de Blanco, los que acompañaron y consolaron hasta el fin al pobre solitario, les dijo : « ¡ Cuánto habéis perdido ! El privilegio de vivir en comunión, todos los días, con un alma grande y buena, es como una luz todos los días vertida sobre nuestro camino. »

(1) Todos estos pormenores hasta el fin se encuentran en la obra inglesa tantas veces citada que editó J. H. Thom, el que estuvo presente hasta el último instante al lado de Blanco White.

RECUERDOS DE UN VIAJE AL PERÚ Y Á CHILE

I

Hallábame un día de los primeros del mes de Diciembre de 1874 sentado en una sala del tercer piso del *Times Building* frente al *Post Office* en Nueva York, escribiendo sobre mi mesa algún artículo para la revista quincenal *Mundo Nuevo-América Ilustrada*, que yo entonces dirigía, cuando llegó á visitarme José Antonio Echeverría, que en aquella época desempeñaba, unido á José Manuel Mestre, la representación diplomática de los asuntos de Cuba insurrecta en el extranjero. Venía á proponerme que aprontase mis maletas y emprendiese viaje lo más rápidamente posible hacia las repúblicas de Perú y Chile, con objeto de ultimar un negocio cuyos pormenores, si aceptaba yo la misión, me comunicaría en una próxima entrevista.

La Comisión Diplomática de Cuba en los Estados Unidos tenía un secretario; y yo era ese ilusorio personaje, porque desde la muerte de José Morales Lemus conservaba el título como puramente honorífico, pues ahora bastaban y sobraban Mestre y Echeverría para atender á los negocios. Fuí nombrado secretario cuando Morales Lemus recibió en Junio de 1869 sus despachos de Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba, con facultades extraordinarias en vista de las dificultades que solían presentarse entonces para las comunicaciones con el gobierno de Cuba en el interior de la isla. Comenzó al poco tiempo la famosa negociación diplomática entre España y la república anglo-americana : Hamilton Fish y su plenipotenciario en Madrid, general Sickles de una parte, y el gabinete presidido por el general Prim de la otra. Esa negociación, que tenía por objeto ajustar con España la venta de la isla á los cubanos con garantía de los Estados Unidos para el pago, comenzada por Fish con gran ruido y banderas desplegadas, acabó en casi nada, como el parto de los montes, y la he relatado con todos sus pormenores en otra parte (1). Ahora solamente diré de ella que requería, cual era natural, la presencia en Wáshington de un representante cubano, aunque sólo fuese para dar á Fish los datos y noticias que á menudo preguntaba.

---

(1) Vid. *Biografías Americanas.* 1 vol. París, Garnier Hermanos. Págs. 77-196.

Morales Lemus, que era al mismo tiempo agente general con residencia en Nueva York, iba y venía á medida que en una ú otra ciudad se le necesitaba, y yo quedaba mientras tanto en Wáshington ocupado en cultivar las relaciones extraoficiales, que por fortuna se habían podido establecer con personajes importantes, como el general Rawlins, ministro de la Guerra, y el almirante Porter, que era el alma del ministerio de la Marina, generosos favorecedores ambos de la causa cubana; y también para llamar por telégrafo y en cifra á Morales Lemus cada vez que se recibía nota de Fish convocándolo *at his earliest convenience.*

Abortada esa negociación, bruscamente interrumpidas las relaciones con Fish apenas éste se convenció de que no era viable su proyecto, era inútil que uno de los dos estuviese constantemente en la capital federal, y me propuso Lemus que me hiciese cargo de la dirección de *La Revolución,* el papel trisemanal que se publicaba como órgano oficial cubano en Nueva York, sin renunciar yo por eso la secretaría de la legación. Dirigí el periódico durante un año, Morales Lemus murió en Junio de 1870, sucedióle Miguel Aldama como agente general, y yo abandoné la dirección en el mes de Septiembre inmediato, principalmente con objeto de poder consagrarme á escribir la biografía del mismo Morales Lemus, que poco después publiqué. Luego fundé *El Mundo Nuevo,* que se unió después á la *América Ilustrada,* propiedad

del distinguido brasilero José Carlos Rodríguez, y dirigiendo estaba ambas publicaciones reunidas, cuando vino Echeverría á proponerme el viaje á las dos repúblicas del Pacífico.

II

Varias de estas repúblicas, una de ellas Chile, habían desde mucho antes reconocido en los cubanos alzados contra la dominación española la calidad de beligerantes. El Perú había ido más allá. Como se hallaba virtualmente en estado de guerra con España reconoció la independencia de la república cubana y trató á su ministro como á los de cualquiera otra nación de antiguo establecida. Así había recibido á Ambrosio Valiente y después al que en esos momentos allí nos representaba, el diligente y sutil camagüeyano Manuel Márquez Sterling. Ya en 1869 había regalado el Perú á Cuba unos ochenta mil pesos que Valiente llevó, á Nueva York, y puso en manos de Miguel Aldama, agente general. Estaba ahora á punto de ser votada por el Congreso peruano una ley para donar á la misma Cuba la suma de doscientos mil soles en

bonos de la deuda interior, y antes el poder ejecutivo, con cuyo consentimiento se había iniciado en las Cámaras el proyecto, había convenido secretamente con Márquez que, del producto de la venta de esos bonos, cotizados con cierto descuento en la Bolsa de Lima, se emplearía una parte en comprar un armamento que se encontraba depositado en Viña del Mar, cerca de Valparaíso. Los bonos vendidos producirían unos ciento sesenta mil soles, el armamento costaría unos sesenta mil, y á Cuba, pues, además de esos pertrechos de guerra, debía quedarle líquida la diferencia.

Esas armas almacenadas en Chile estuvieron destinadas á una expedición que, á las órdenes del general Mariano Ignacio Prado, estuvo preparándose con objeto de desembarcar con ellas, marchar sobre Arequipa, donde contaba Prado numerosos amigos, y derrocar en último término el gobierno del coronel Balta, con el auxilio de otra acometida por el norte que debía encabezar el respetable y popular alcalde de Lima Manuel Pardo. La expedición resultó por fortuna innecesaria, los hermanos Gutiérrez se pronunciaron en Lima misma contra Balta, lo aprisionaron, lo asesinaron; pero el pueblo de la capital mató luego á los Gutiérrez y colgó los cadáveres de las torres de la Catedral. Poco después era Manuel Pardo presidente legítimo y legalmente elegido, con lo cual quedó el país salvado de nueva guerra civil.

Justo era, por consiguiente, indemnizar al general

Pardo de los gastos por él hechos y de los compromisos pecuniarios contraídos al efecto con banqueros de Valparaíso. Á falta, pues, de otra manera legal de verificarlo, se ideó la expresada combinación, que á todos y á Cuba especialmente tanto favorecía.

Convenía en primer lugar para sacar el armamento de Chile tener allí un representante cubano autorizado. Además, y era esto lo que á Echeverría más vivamente angustiaba, hallábase entonces viajando por ambas repúblicas el general Manuel de Quesada, en abierta oposición desde mucho antes á los poderes legales de Cuba en el extranjero, predicando una cruzada con objeto de reunir fondos é invertirlos por su cuenta en expediciones que llevaría el mismo, según encarecía, para vengar así la muerte de su hijo Herminio, inicuamente fusilado en Santiago de Cuba por el feroz brigadier Burrell después del apresamiento del vapor *Virginius*.

Los bonos peruanos no corrían quizás peligro de caer en otras manos, pues Márquez estaba ahí para evitarlo, pero ¿y el armamento? se preguntaba Echeverría. Encontrábase almacenado muy lejos de Lima, en otra república, á la disposición de Prado, peio éste, el héroe del combate del dos de Mayo en el Callao, como le llamaban, el futuro presidente del Perú, que residía por el momento en Valparaíso, era, según le habían dicho, hombre de carácter débil, fácil de aluci-

nar, de seducir, víctima posible de los halagos de Quesada. La tarea, pues, que deseaba confiarme Echeverría era : ir á Lima, auxiliar á Márquez en su lucha contra las anárquicas evoluciones de Quesada, si Márquez lo necesitaba; seguir luego viaje á Chile, presentar credenciales de comisionado diplomático, recoger el armamento y embarcarlo para Panamá, donde un enviado de Aldama iría á recibirlo y encaminarlo á Cuba.

Estaba Echeverría plenamente convencido de que no entraba en los planes de Quesada volver á Cuba inmediatamente, como era fácil deducirlo de su comportamiento en los cuatro años que llevaba fuera de la isla, valiéndose para colectar fondos en Europa y América de una autorización personal que le había dado Céspedes, á pesar de que ya éste había fallecido en aquella fecha y de que había perdido antes la presidencia, principalmente por haber hecho ese nombramiento contra deseos inequívocamente demostrados de la Cámara y el país.

Presentábase, pues, el caso como un deber patriótico urgente y no vacilé. Prestóse Isaac Carrillo á sustituirme en la dirección del periódico y me resolví á partir.

III

« El número 24 me es fatal : si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací » : así comienza uno de los más famosos artículos de Larra. Si como él hubiese yo tenido tal superstición, era bien ominosa la fecha de salida de mi vapor, pues no sólo nací en día 19 sino en un 19 de Diciembre, y ese era el día fijado : presagio por tanto doblemente de temer.

Muchas veces tenía yo cruzado el mar, sin el menor accidente hasta aquel día, y quiso el azar que no fuese aquella vez lo mismo. El vapor, llamado *Colón*, salió de su muelle á la hora fijada, dió media vuelta y comenzó majestuosamente á surcar el Hudson hacia su desembocadura, cuando de pronto sentimos una fuerte sacudida por la proa, comprendimos que la hélice del vapor no funcionaba, pues había cesado la trepidación del barco, y únicamente adelantábamos lo que la corriente del río nos arrastraba. Hizo el capitán echar el ancla y allí mismo fondeamos. Había chocado el vapor contra una gran lancha cargada de carbón, la había echado á pique y al pasarle encima había

sufrido el *Colón* averías que lo dejaban incapaz de moverse por su cuenta en medio del caudaloso río, á la hora en que el pálido sol de invierno desaparecía en el horizonte.

Nos dijeron que hasta el día siguiente no se conocería la naturaleza de la avería; á pesar de que era domingo vinieron en efecto buzos muy temprano y supimos que no podría el buque continuar su viaje y que se nos trasbordaría á otro vapor. Tres días exigió la operación. Previéndolo yo pregunté á un oficial por qué no nos aprontaban un remolcador y nos llevaban otra vez al muelle y nos dejaban dormir tranquilamente en la ciudad las dos ó tres noches que pasaríamos encerrados innecesariamente en los camarotes, y expuestos á infinitos accidentes en medio de tan frecuentado río. Llamóme á un lado el oficial para decirme que la tripulación se enganchaba toda por el viaje redondo y se la pagaba en el momento de zarpar, que así se había hecho, pero que si se volvía á tierra, todos ellos, marineros, fogoneros, criados de cámara, etc., desertarían inmediatamente, se emborracharían con el dinero recibido y no se les volvería á ver en muchos días, lo cual acarrearía á la compañía grave dificultad y pérdida muy sensible.

No quedó más recurso que resignarse á pasar cincuenta ó sesenta horas aburridas á bordo, encerrado la mayor parte del tiempo en el camarote, pues el frío se dejaba sentir, lloviznaba continuamente y la ciudad envuelta en espesa niebla pare-

cía estar á leguas de distancia. Además á nadie conocía á bordo.

Lo peor estaba por llegar. La compañía nos mandó al tercer día un vapor, que acababa de construir, mayor que el nuestro, pero aderezado en vista del tráfico á que se le destinaba, entre San Francisco de California, China y Japón, es decir, con un corto número de camarotes separados, y todo el resto del barco compuesto de grandes dormitorios ó barracones entre cubiertas para los cientos ó los miles de emigrantes chinos y japoneses, que traía siempre á la vuelta, y entraban entonces libremente todavía en el territorio de la república. Éramos en el *Colón* muchos más pasajeros de primera clase de los que podía alojar cómodamente el *City of Tokio*, que así se llamaba el sustituto, y para colocarnos á todos aprovecharon no solamente las dos literas de cada *cabin*, sino también el estrecho sofá que se deja siempre como simple mueble y nunca como cama. Grande inconveniente allí donde la mayoría de los viajantes no era precisamente de maneras muy distinguidas. Los que íbamos á países hispánicos formábamos grupo en extremo diminuto de gente en cierto modo escogida, los demás encaminados á San Francisco no tomaban la ruta infinitamente más rápida del ferrocarril porque el precio era mucho mayor. Iban en busca de fortuna, y era claro que por el momento ésta les faltaba. Eran jóvenes en su mayor parte, llenos de vida y *cet âge est sans pitié*, dijo la Fontaine.

Mis compañeros de camarote eran : un grueso y no bien oliente clérigo irlandés y un estrepitoso adolescente, que ya antes había notado yo entre los más revoltosos y pugnantes; por dicha el segundo día, pasado el cabo Hatteras y entibiado no poco el aire, prefería este último ir á dormir sobre cubierta envuelto en su frazada. El trato del irlandés resultó también mucho menos vulgar que su aspecto. Los misterios de la religión es verdad que no parecían preocuparlo sobremanera, pero el predominio del elemento protestante inglés en su isla lo enardecía, y cuando supo mi calidad de cubano insurrecto me manifestó grande simpatía, aunque juzgaba él á Cuba como un país bien afortunado, por tener su Inglaterra á tres mil millas de distancia. Aunque me pareciesen muy distintos el sistema de gobierno y la realidad de la situación en las dos islas, me abstuve por cortesía de discutir el punto, reduciéndome á decirle que nuestro poeta nacional, José María Heredia, lo había expresado desde mucho antes con gran energía poética en los dos versos finales de su *Himno del desterrado*. Se los recité traducidos al inglés y los aplaudió con sincera satisfacción.

Al cuarto día de viaje, en una noche apacible y clara, atravesábamos el brazo de mar que de Haití separa á Cuba, y sentado junto al borde de la cubierta contemplaba yo la luz brillante de la farola de la punta de Maisí, tan próxima que cualquier mediano nadador podría á mi parecer llegar

en pocos minutos á la playa. Si algún accidente sobreviniera aquí de pronto al vapor, pensaba en ese instante, creerían todos salvarse fácilmente con sólo desprender los botes de sus amarras y remar suavemente hacia la costa lamida por el mar que se divisaba enfrente. Para mí, sin embargo, el verdadero formidable peligro de muerte comenzaría en el acto de alcanzar la orilla, pues una vez en poder de agentes militares ó civiles del gobierno español me aplicarían sin dilación innecesaria la sentencia de muerte contra mí pronunciada y publicada hacía ya algún tiempo en los periódicos, que á mí y á muchos otros de los que residíamos emigrados en Nueva York nos condenaba á la pena capital.

Pasamos sin novedad, y como había recordado versos de Heredia conversando con el clérigo irlandés aquella misma tarde, así en aquella dulce y magnífica noche de invierno, mirando con honda tristeza la ribera de la patria dolorosamente amada, me repetía á mí mismo otros versos de la misma canción :

> La opresión me amenaza con muerte
> En los campos do al mundo nací !

Rendimos por último el viaje y fondeamos el 29 en el puerto que unos llaman Colón, otros Aspinvall. Desembarcamos el 30 y empleé el corto tiempo que faltaba, para tomar el tren y atravesar el istmo, en recorrer sus calles poco ó nada empedra-

das, llenas de fango y en gran parte desprovistas de aceras enlosadas. De pronto al volver de una esquina halléme sin esperarlo frente á frente de una estatua de Cristóbal Colón, obra del escultor francés Carrier-Belleuse y regalo que hizo á la ciudad la emperatriz Eugenia. El simulacro, como ejemplo de arte no era gran cosa, lo miré, y puedo agregar que me sucedió lo que á un poeta español encarado con la columna Vendôme en París:

> Mi vista con helada indiferencia
> Alzóse, y se bajó.

La vista mía no necesitó alzarse tanto como debió hacerlo el poeta para mirar el Napoleón de la columna, pues la estatua provisionalmente puesta allí carecía entre otras cosas de pedestal. Según entiendo está desde hace tiempo mejor colocada, y el grande Almirante contempla ahora desde más alto el mar borrascoso en que navegó con tan poca ventaja para su tranquilidad y su fortuna.

Panamá había sido víctima poco antes de un gran incendio y tenía todo el aspecto de una ciudad recientemente bombardeada y saqueada. El hotel, único de su especie habitable en aquella fecha, era un edificio á medio reedificar, y pasamos la noche varios en un cuarto en que sólo había camas, las paredes desnudas, no pintadas, y las puertas sin cerrojos. Mi estancia allí por dicha duró esa noche

única, en la tarde del siguiente día fuí en un bote con mi equipaje á buscar á alguna distancia el vapor en que debía ir costeando el Pacífico hasta entrar en el Callao. Lo abordamos ya caída la tarde; pero toda la carga no estaba aun dentro y la salida no sería antes de media noche. Era el 31 de diciembre.

La escena en que me encontré me inspiró de pronto no poca inquietud. El capitán, los oficiales, los maquinistas y marineros saludaban la entrada del nuevo año con vivas y gritos de júbilo acompañados de sendas y repetidas copas de cerveza y de licores, y no pude evitar preguntarme si sería esa gente capaz de dirigir y manejar el barco esa misma noche. Eran todos ingleses ó irlandeses, sabía yo por experiencia cuán enorme cantitad de bebidas alcohólicas eran susceptibles de embaular; pero confieso que no estaba tranquilo. Afortunadamente el tiempo era bueno, la costa estaba cerca y la navegación hacia el sur no ofrecía riesgo inmediato, pues no había ni escollos que evitar ni probabilidades de tropezar con otros buques en aquel seno poco frecuentado.

El capitán, hombre de aspecto bonachón, que el exceso de cerveza inclinaba á la familiaridad, vino espontáneamente á preguntarme si era yo el *Cuban Minister* de que le había hablado el agente de la compañía. Como no creía que hubiese á bordo otro á quien ese título viniera mejor que á mí, respondí poco más ó menos en consonancia con

la forma evangélica : *tu dixisti*. Repuso entonces que tenía en la casilla del piloto una bandera cubana que pensaba enarbolar al entrar en el Callao, convencido de que no podía ello dejar de agradarme, y de que también haría excelente efecto en el Perú, donde se tenían por la causa de Cuba las mayores simpatías.

Sus atenciones conmigo siguieron en aumento aun pasados los efectos de la *bombance* y borrachera de la noche anterior. Parecióme luego descubrir, sino la causa, el estímulo principal de su persistente amabilidad. Tenía yo un sillón americano de viaje, más pequeño, cómodo y manuable que los generalmente usados, y entraron á mi hombre ganas de adjudicárselo desde que lo vió, pues no más tarde que el segundo día me dijo que ese mueble en Lima ó en Santiago no podría serme de gran utilidad, mientras que á él le vendría de perlas en su cámara de cubierta, lo conservaría como grato recuerdo de mi *trip* en su barco, quedándome á más para siempre vivamente reconocido.

Nuestra próxima escala era Guayaquil, el más importante puerto entre Panamá y Callao. En él permanecimos la mayor parte de un día, subimos su río por la mañana y lo bajamos con el crepúsculo de la tarde. Tuve poco tiempo de visitar la ciudad en las pocas horas que en tierra pasé. Sorprendióme desde que salté del bote el gentío, la animación que observé en la calle y las casas de la orilla, parte mejor de la ciudad; como vi además

banderas en ventanas y damas en algunos balcones, pregunté á un comerciante italiano allí establecido, que con nosotros venía, si había ese día alguna fiesta especial ó si aguardaban algún personaje; al presidente, por ejemplo. Contestóme que ese buen humor en las caras y esa concurrencia en la calle eran cosa frecuente dado la hora y el buen tiempo tibio que hacía; pero que toda esa gente se encerraría en sus casas y parecería medio muerta la ciudad, si se anunciase que venía de Quito el presidente de la república. Gobernaba entonces el Ecuador don Gabriel García Moreno, cuya enérgica y terrible mano pesaba cruelmente sobre el país, que temblaba al solo oir su nombre.

Aquí en Guayaquil nació, vivió y murió el gran poeta Olmedo; aquí compuso sus dos admirables poemas : el canto épico-lírico á Bolívar en Junín, y la oda á Flores vencedor en Miñarica, victoria en contienda civil que es lo que ha hecho inferior en reputación esta segunda obra, á pesar de la mayor armonía de sus proporciones y de la exquisita brillantez de su ejecución. Olmedo mismo la condenó, es verdad, á perpetuo vituperio, al decir años después en célebre manifiesto político por él firmado, que esa explosión de retórica y poesía en honor de un caudillo ambicioso había sido « un extravío del genio en alabanza del Angel Exterminador ». Lamentable palinodia, que, sin embargo, ni humilla ni deshonra al poeta, sino da fe más bien de la sinceridad de su espíritu. Hubiera yo querido

no irme de la ciudad sin visitar en la iglesia de San Francisco su sepulcro, pues la casa donde nació no tenía aun la lápida que en 1881 allí puso el Consejo Cantonal. Pero era ya tarde, y acudí precipitadamente en busca del bote en el que solo yo faltaba para conducirnos al vapor.

Quedaba una sola escala por hacer, Payta, lugar árido, pobre, sin interés, al que bajé para poner un telegrama á Márquez y anunciarle mi llegada, despacho que por cierto no llegó á sus manos. Al desembarcar por fin en el Callao, principal puerto de guerra y de comercio del Perú, apreté la mano del capitán, le di las gracias por la atención de la bandera, que en efecto lucía su estrella y campo rojo desde lo alto de un mástil, y seguí mi camino dejándole por supuesto como memoria mía el sillón que tanto anhelaba poseer.

IV

Del Callao á Lima hay solamente unos minutos de ferrocarril. Como mi aviso telegráfico enviado de Payta no había llegado, nadie me esperaba en la estación de Lima, pero un amable compañero de viaje me guió hasta la casa de venta de tabacos por mayor y menor que dirigía Manuel Márquez. Situada en lo más central de la ciudad, era punto

habitual de reunión por la mañana de muchas personas conocidas : diputados, senadores, periodistas, que charlaban agradablemente, mientras miraban pasar las damas envueltas en el manto negro que les cubría la cabeza y el cuerpo, dejaba solo visible una parte de la cara y hacía resaltar la blancura mate de la tez y el fuego de los ojos de las agraciadísimas peruanas.

Tenía Márquez su carpeta en el fondo de la pieza, separada por un enrejado de madera, y desde allí, engolfado en la vasta correspondencia epistolar de la casa, que surtía de tabaco á casi toda la república, veía llegar los amigos y suspendía de tiempo en tiempo la tarea, para echar su cuarto á espadas en la conversación, no dejar dormirse la ley en las comisiones, pues estaba aun pendiente en el Senado; y cultivar así hábil y juntamente el comercio, la política y las relaciones sociales.

Cuando entré allí con mi neceser de viaje en la mano, antes de descubrir á Márquez detrás de su reja en el fondo oscuro de la pieza, me hallé sin esperarlo en medio de un grupo compuesto de Manuel de Quesada, su hermano Rafael, Antonio Zambrana y alguien más. Saludé á todos, Quesada correspondió con ceremoniosa gravedad, Zambrana con la cordialidad de antiguo compañero, y á poco salí con Márquez en busca de mi maleta y del hotel donde debía alojarme en los pocos días que contaba pasar en Lima.

Tiempo hacía que no veía yo á Quesada, habíalo

conocido y tratado cuando llegó de Cuba á Nueva York en Marzo de 1870, fuí á recibirlo en el andén de la estación, á felicitarlo en nombre de Morales Lemus, y hablé de él en *La Revolución* con la más entusiasta simpatía. Luego la marcha y la fuerza misma de las cosas me colocó entre sus más decididos adversarios, y él no me lo perdonaba, pues veo en una carta suya escrita en Venezuela y publicada por don Antonio Pirala en sus *Anales de la guerra de Cuba* (Madrid, tomo II, pág. 63) que se reservaba pedir « satisfacción en tiempos más oportunos á los señores Mestre, Piñeyro y Cisneros ». No lo había yo vuelto á ver desde el año 1870 y no conocía esa carta ni tales sentimientos, como suyos. Pero Márquez desde luego me dijo que no había ya que poner consideración en Quesada como político cubano, que había llegado ahora muy contento con el éxito material de su cruzada en Chile y con el propósito de volverse tranquilamente á Europa, pues su interés y su fe en el porvenir de la insurrección cubana habían disminuído mucho. Bien podía ya en efecto ponerse delante de su apellido el indicativo latino que usan los ingleses en sus piezas dramáticas cuando un personaje sale de la escena : *Exit Quesada*. Dos ó tres días después se embarcó con rumbo hacia Francia y más adelante fué á establecerse en Costa Rica, donde murió.

Abandonado el campo por Quesada, asegurado en virtud de la unánime adhesión de los senadores el voto del subsidio en favor de Cuba, no me

quedaba gran cosa que hacer en el Perú, y hubiera emprendido desde luego mi marcha á Chile; pero el presidente Manuel Pardo estaba ausente de la capital, había ido á los departamentos del sur con motivo de un movimiento revolucionario, por fortuna pronto contenido sin gran derramamiento de sangre; y se le esperaba en Lima de un momento á otro. Juzgamos Márquez y yo que no parecería bien salir del país sin haber solicitado el honor de conocer al primer magistrado y expresarle en nombre de los cubanos residentes en los Estados Unidos nuestro profundo agradecimiento por pasadas y presentes pruebas de sólida simpatía.

Tuve mientras tanto ocasiones repetidas de tratar al senador que se había espontáneamente encargado de llenar los requisitos y dar los pasos necesarios para que el *bill* sobre Cuba llegase á votación favorable y definitiva : el doctor Manuel María Rivas, de amenísimo y deleitable comercio, de una dulzura femenina de carácter, detrás de la cual, sin embargo, se adivinaba fácilmente un alma firme y leal como hoja de bien templado acero. Vivió pocos años más, aunque era en aquella época joven todavía, sin duda el mejor amigo de la causa de Cuba, allí donde todo el mundo se preciaba de serlo.

Era rico entonces el país, por tal al menos se le tenía, pues pagaba puntualmente los altos intereses de su crecida deuda interior y exterior. Pero la triste bancarrota no estaba lejos, aunque sólo

alguno que otro pesimista parecía presentirla. Recuerdo que uno de los pocos á quienes oí anunciarla, y esta vez hasta exagerarla, fué Simón Camacho, el venezolano, sobrino de Bolívar, que vivió largos años en Nueva York, corresponsal de varios periódicos, y donde lo conocí. Decíame en el lenguaje y tono cínicos que solía afectar : « Esto, amigo, se acabó; el Perú es una vaca flaca á que he podido dar algunas de las últimas chupadas, pero no hay ya más leche para nadie». Lástima verdaderamente fué; tras la suspensión de pagos vinieron luego los desastres de la guerra con Chile, y grandes esfuerzos ha necesitado la república para ir poco á poco recuperando su antigua situación.

Pero en aquella fecha reinaba completa armonía entre Chile y el Perú, Manuel Pardo tenía allí casi tantos amigos como en su propia patria, y el general Prado, candidato designado para sucederle en la presidencia, vivía, bien en Valparaíso, bien en Santiago, con su familia, mientras llegaba la hora de ir á asumir el poder. ¿Quién podía creer que sería luego ese mismo Prado quien dejase las cosas irse precipitando hasta producirse el rompimiento entre ambas repúblicas? Pero la verdad es que si solían animar á Prado nobles sentimientos y excelentes intenciones, la voluntad en él era débil y la inteligencia limitada.

Manuel Pardo era hombre de otra especie y, aunque de educación y carácter en un todo civiles, muy de otro temple. Por su fortuna, por las tradi-

ciones de su familia y la reputación literaria de su padre, costumbrista original y satírico de gran valer, había en cierto modo heredado ó adquirido en sus maneras corteses, un tanto frías, algo de aristocrático, de conscientemente superior al andar común de las gentes. Aunque no lo afectaba, aunque se empeñaba más bien en ocultarlo, descubríase en su porte, en su lenguaje á veces desdeñoso, en la impaciencia con que en ciertos casos oía la contradicción, la influencia persistente del medio en que se educó. Su padre, Felipe Pardo y Aliaga, discípulo muy querido de don Alberto Lista en Madrid, en el colegio de San Mateo donde fué condiscípulo de Espronceda, de Vega, de Patricio de la Escosura, de varias otras celebridades, pasó en España la mejor parte de su juventud y sintió siempre muy atenuada simpatía al régimen democrático y muy profunda antipatía al bochinche y al desorden que á veces inevitablemente lo acompaña. Son muy curiosos é intencionados sus versos que compuso al cumplir el hijo los veintiún años; en ellos le dice, entre otras cosas, que debe ese día volver á su hacienda « orondo y despejado,

Viendo que ya eres igual,
Según lo mandan las leyes,
Al negro que unce tus bueyes
Y al que te riega el maizal".

Me recibió el presidente por la noche en su casa al día siguiente de su vuelta. La casa me recordó

el aspecto común de las de la Habana en esa época, un solo piso por el frente, una gran sala, grandes rejas de hierro al nivel de la calle, y el estrado compuesto de un largo sofá y dos hileras paralelas de sillones y sillas. Nos acogió á Márquez y á mí con la mayor cordialidad, y como era temprano y estaba todavía solo, hablamos largamente sobre Cuba, sobre España y la subida al trono de Alfonso XII, suceso éste que por el telégrafo únicamente se sabía. Conversamos no poco sobre el general José de la Concha, gobernador de la isla de Cuba, á quien él muy bien conocía por haberlo tratado en Madrid, y de cuya inteligencia y habilidad política no tenía muy elevada idea, recordando en prueba de ello sus desplantes finales como último ministro de Isabel II durante la crisis en que se hundió la monarquía, ahora restaurada en favor del hijo.

Convino Pardo conmigo desde luego en que el interés de toda la América latina era que lograse pronto Cuba su independencia, pues si continuaba España poseyendo fuente tan copiosa de riquezas y de poder, y si ahora, después de la restauración de la disnastía recobraba un tanto sus fuerzas volvería quizás inmediatamente á las andadas, es decir, á algo parecido á lo que hizo en 1864 en los tiempos de Pinzón y Mazarredo, al creerse, porque había construído algunos barcos y gozado de algunos años de tranquilidad doméstica, con derecho de despachar « Comisarios » al Pacífico cual si

todavía la quedasen algunos privilegios nacidos del descubrimiento y la conquista.

Hablaba Pardo con facilidad y elegancia, pero despacio y con tono un poco doctoral, suavizado por la cortesía y amabilidad de sus maneras. Conforme de un todo con mis observaciones y lamentos me dijo que el Perú, virtualmente en estado de guerra con España todavía, haría siempre en nuestro favor cuanto le fuese posible. Decíalo sinceramente, pero con cierta melancolía, sin duda porque nadie como él conocía la situación real del país, no porque presintiese su temprana muerte, de menos de cuarenta y cinco años de edad, herido alevosamente por la bala de uno de los de la guardia encargada de custodiar el Senado, del que era el entonces presidente. El Perú perdió así el primero entre sus gobernantes, el único acaso capaz de salvarlo del próximo naufragio.

Al cabo de más de media hora de visita, pues antes no nos permitió retirar, le pedí sus órdenes para Chile; y menos de diez y ocho horas después, en la mañana del siguiente día, me despedía yo de Márquez y de un grupo de amigos peruanos que habían venido con ese objeto de Lima y subido á bordo del vapor inglés *Britannia*, que partió en seguida con rumbo á Valparaíso y escalas.

V

¡ Valparaíso ! ¡ El valle del Paraíso ! Ignoro el motivo real á que obedecieran los que primero le dieron ese nombre, ni qué idea paradisíaca puede despertar el aspecto de este lugar. Hablo del Valparaíso que yo vi en Enero de 1875, muy diferente hoy sin duda después de los temblores de su suelo y de las reedificaciones posteriores. En la época á que me refiero componíase de unas dos ó tres hileras de edificios poco elevados, que forman otras tantas calles que en gran parte seguían el perfil de la orilla del mar; mientras más arriba, detrás, se elevaba una multitud de casas de campo elegantes, ó de casuchas miserables, diseminadas sin mucho orden ni concierto sobre unos cerros, pelados en su mayor extensión, apenas favorecidos aquí y allí por algunas manchas de poco frondosa vegetación. Tal es la impresión que de lejos causaba, la ciudad mirada desde el mar, y exactamente se reproducía después de bajar al muelle y recorrerla rápidamente.

Comparada con el Callao ó con cualquier otro de los puertos hispanoamericanos del Pacífico, es una ciudad de gran actividad mercantil, con gran

movimiento de gente á ciertas horas por las calles y mayor algazara de voces en castellano, inglés y alemán, pues el comercio de importación se halla casi todo en manos de personas procedentes de la Gran Bretaña ó del imperio germánico. Es, pues, un grande emporio comercial, el puerto de entrada y salida más importante de la república, la fuente principal que llena su hacienda pública; pero también una ciudad sin monumentos, sin belleza arquitectónica, sin jardines, sin rasgos interesantes para el curioso viajero.

Lo más característico, lo más particular que descubrí en mi primer paseo fueron unas cuantas sólidas balas de cañón incrustadas hasta más de la mitad en la fachada de la Casa de Gobierno ó Intendencia, con singular cuidado allí conservadas en gráfica memoria del bombardeo sufrido por la ciudad durante la guerra con España, castigo famoso que impuso al puerto indefenso el almirante Méndez Núñez, en venganza del apresamiento de la corbeta *Covadonga* y en expiación de la muerte del almirante Pareja. Pero la revancha fué desproporcionada, excesiva, pues la *Covadonga* era un barco de guerra legítimamente apresado y Pareja se dió él mismo la muerte. La ciudad además no estaba fortificada, y tendrán siempre mucho de odiosos y de crueles sin necesidad actos de tal naturaleza, máxime cuando el agresor ni siquiera intenta desembarcar.

Pero el bombardeo de Valparaíso había sido

nueve años antes de mi visita, en Marzo de 1866, y, según pronto pude de ello convencerme, el tiempo había aplacado mucho la justa indignación producida por el atentado. Quizás ya en aquel momento las balas embutidas en el muro exterior de la Casa de Gobierno eran lo único que avivaba en el país el recuerdo del ruidoso acaecimiento.

Hay en el carácter nacional chileno una fuerte dosis de calma, de serenidad, de frialdad puede agregarse, para tratar cuestiones políticas palpitantes, cualidad que á su propio juicio lo distingue de las otras repúblicas del Pacífico, de los países que suelen llamar tropicales, calculando que unos cuantos grados de latitud más meridional establece desde luego gran diferencia en ese respecto entre chilenos y peruanos ó colombianos. Lo cierto era que de la guerra con España, no terminada aun oficialmente, nada más que interrumpida, no parecía ya quedar sentimiento alguno de rencor latente en Valparaíso. Los chilenos, los ingleses de la América del Sur, como algunos los apellidan, sin que á ellos mismos por de contado disguste oirse llamar de esa manera, consideraban ya bloqueo y bombardeo por la escuadra española como simple suceso histórico de que no importaba deducir consecuencia práctica alguna, lo cual bastó desde luego á convencerme de que me hallaba en territorio nada parecido al que había pisado durante mis dos semanas de estancia en el Perú. Influyera ó no en el caso la lejanía del trópico de Capricornio, no había

que esperar allí para la causa de Cuba ni honda simpatía ni auxilio alguno entre las clases gobernantes, salvo brillantes excepciones de que luego hablaré con el agradecimiento y encomio que corresponde.

Como no había ministro de España, ni cónsul, ni español alguno con carácter oficial en toda la república, ni existían relaciones indirectas siquiera con el gabinete de Madrid, fuí recibido sin dificultad, confidencialmente, como agente diplomático de Cuba beligerante, y por lo menos se me comunicó en el desempeño de mi principal encargo no habría dificultad y que podría sacarse libremente el armamento del general Prado y despacharlo para donde conviniese.

En Febrero, mes de verano en aquel hemisferio, se llena Valparaíso de familias de Santiago, la capital, en busca de brisas marinas frescas y vivificadoras. Allí se hallaba, entre otros ministros del gabinete del presidente Errázuris, don Adolfo Ibáñez, que tenía la cartera de negocios extranjeros. Á él fuí presentado con toda solemnidad por Chacaltana, plenipotenciario peruano allí acreditado, que había recibido instrucciones de su gobierno de guiarme y apadrinarme en cuanto necesitase. Ibáñez, hombre muy afable y llano, me acogió con suma bondad, me dijo que estaba de vacantes, *en congé,* y medió cita para el mes siguiente en Santiago y tener entonces el honor de introducirme ante el presidente de la república.

Fué naturalmente el general Mariano Ignacio Prado la persona que más á menudo vi y traté en Valparaíso, su residencia habitual. Era alto, robusto, de anchas espaldas, en el vigor de la edad, pues no contaba cincuenta años, con ojos y cabellos muy negros, barba cerrada, espesa y negra, que le circundaba el rostro en forma de abanico y en la que aparecía alguno que otro reflejo blanquecino. Afectuoso y franco en sus maneras, hablaba sin embargo poco, lentamente, como temeroso de comprometerse, de que se le escapara algo que no debiese decir. La posición de candidato á la presidencia, aun con la seguridad completa de ser el elegido, y la conciencia de su comprensión naturalmente no muy rápida, justificaban su deliberado empeño de oir mucho y hablar poco. Estaba ocupadísimo en aquellos momentos, tenía multitud de negocios pendientes, minas, vapores, no sé qué más, deseaba liquidarlos antes de marchar á su país, y para alguno de ellos aguardaba con impaciencia el dinero que Márquez debía girarme para él, en cuanto fuese ley el *bill* pendiente; y como empleaba buena parte del día en jugar al tresillo ó rocambor con amigos en su casa, dos horas antes de comer y después hasta más de media noche, apenas le quedaba tiempo para lo demás.

Había sido hombre de acción, militar atrevido, que al frente de su regimiento en Arequipa inició una revolución excitado por las exigencias de España á que parecía dispuesto á doblegarse el

presidente Pezet, y de triunfo en triunfo llegó á Lima, echó abajo el gobierno, asumió la dictadura, y el dos de Mayo de 1866 ganó el título de « héroe del Callao », cuando en su presencia se retiraron malparadas las naves de la escuadra española, sin haber logrado destruir las fortificaciones de la plaza. Listas estuvieron, como ya dije, para una nueva insurrección contra Balta las armas que ahora debían servir en la guerra de Cuba. La fortuna, pues, concedía esta vez á Prado ganar por medios legales y correctos el poder supremo en su país, así como también la misma impasible dispensadora de bienes y males le reservaba para un plazo próximo, no más de cuatro años después, medida extraordinaria de sinsabores y desdichas, colocándolo en posición tan superior á sus facultades y á sus recursos personales, al comenzar la guerra con Chile, para perder en un momento su prestigio, su reputación, toda la consideración de que hasta entonces había gozado, y caer tristemente, condenado á pasar los últimos veinte años de su vida sumido en densa obscuridad, sin amigos políticos, sin que nadie se aventurara á levantar públicamente la voz en su defensa, sin conservar en fin ni un tenue rayo sobre la frente de la aureola, que aun le circundaba cuando tuve el honor de conocerlo en Valparaíso.

Fué en realidad uno de esos trágicos individuos á quienes las circunstancias imponen tareas de que son fundamentalmente incapaces. El fracaso inevi-

table apaga, anula entonces cualidades que en condiciones diversas bastaban á distinguirlos y enaltecerlos. Cualidades de esa laya sin duda no faltaron al general Prado, su corazón se mostró una y otra vez lleno de los más generosos sentimientos, ímpetus de pasión nobilísima iluminaron diversos actos de los dos períodos de su mando, y deben tomarse en cuenta antes de pronunciar el fallo sobre el desfallecimiento final. Ningún cubano debe tampoco olvidar cuán profunda y sinceramente le interesó la suerte de nuestra patria. No fué por culpa suya si en 1869 no torcieron el rumbo en su primer viaje los formidables « monitores » construídos en los Estados Unidos y no fueron á desbaratar en las costas de Cuba la marina española, en justa compensación de las acometidas contra Valparaíso y el Callao. Lo propuso, se comprometió á realizarlo de acuerdo con sus capitanes, pero el que en Lima violentamente ocupaba su puesto no lo consintió. Su tumba y su memoria merecerán siempre de los hijos de Cuba piadosa y respetuosa consideración.

VI

Apenas los anuncios del otoño comenzaron en Marzo á aparecer, me trasladé á Santiago, ciudad muy diferente de Valparaíso, con buenos edificios, calles anchas, magnífica alameda, plazas, paseos,

estatuas y el pintoresco, el curioso cerro de Santa Lucía arreglado como un parque en medio de la población; pero sin el movimiento de negocios y la vida de Valparaíso, como ciudad interior que es muy próxima á la cordillera, entonces no socavada aun para unirse directamente por medio de ferrocarril con Buenos Aires. Ocupa ambos lados de un río, el Napocho, tan pobre de agua en la época que allí pasé, que el coche de aquiler en que iba un día á visitar al ministro del Perú, por ahorrar camino y no atravesar el puente vadeó con gran sorpresa mía la humilde corriente y bien recuerdo que ni una gota humedeció el pesebrón del calesín. En invierno por supuesto no hubiese sido así.

Encontré en Santiago personas muy distinguidas á quienes el estado de las cosas en Cuba vivamente interesaba, como Vicuña Makenna, intendente de la provincia y organizador de la Exposición Universal que para el siguiente año se preparaba, como el publicista eminente Victorino Lastarria, más que todo como los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta, y con éstos una buena parte de la juventud aliada al partido radical, de que eran los Mattas jefes reconocidos. Todos por desgracia con poca ó ninguna influencia directa en el gobierno; el partido radical fuera de Santiago era muy reducido, Vicuña mismo, á pesar de su posición oficial, proclamaba ya su propia candidatura en las próximas elecciones presidenciales en oposición á la de Aníbal Pinto, ministro de la Guerra apoyado

por el gobierno y que indudablemente triunfaría; pues era cosa bien sabida y muy vieja que el presidente saliente escogía á su sucesor. Á Vicuña todo el mundo lo quería, pues tenía un carácter amable y alegre en extremo, pero todos también sonreían incrédulos al mencionar su candidatura. Pinto, lector asiduo de la Revista francesa *des Deux-Mondes*, de donde había extraído, como numerosas otras personas en Chile, sus opiniones sobre multitud de materias, hijo de un antiguo presidente, hombre muy correcto y muy moderado, de tipo tan burgués que me recordaba su cara, enteramente afeitada, al dramatista francés Eugenio Scribe, se sentó por de contado un año después en el sillón presidencial.

Ibáñez, que fué el primero en orden de los tres ministros de Negocios extranjeros que hubo en los tres meses que pasé en Santiago, me condujo pronto á la sala de recibo del presidente en la Casa de la Moneda, antiguo edificio del tiempo de los españoles, donde también tenían sus despachos y oficinas todos los ministros. Era presidente don Federico Errázuris, un alto y elegante *gentleman* de cincuenta años, con algunos pelos blancos en su barba entera, pero corta y bien cuidada, de palabra mesurada y maneras distinguidas. Era también el mandatario supremo más ecuánime, más liberal y previsor que el siempre triunfante partido conservador había hasta entonces dado al país. Debióle éste reformas, adelantos de trascendental impor-

tancia, y no fué el menor de sus beneficios la renuncia que en su nombre y el de sus sucesores propuso y estableció en virtud de la cual ni él fué reelegido presidente ni podía ningún otro serlo en lo adelante, como hasta ese momento había invariablemente sucedido. Nadie hubiera podido aspirar á serlo más seguramente.

Después de algunos minutos de amena conversación, principalmente sobre cosas de los Estados Unidos, acerca de las cuales, pues yo de allí venía, me hizo con interés varias preguntas, cuando empecé á hablarle de asuntos de Cuba, no me preguntó cosa alguna, no pidió más explicaciones ni habló más, sino escuchó sin aprobar ni desaprobar. Suspendiendo yo un momento mi pequeño *speech* dió por terminada la entrevista, alargó la mano y me acompañó unos pasos dentro de la sala, afable, urbano, pero digno y como resuelto de antemano á en nada comprometerse. Al salir de allí no pude menos de pensar en el otro presidente, visitado en Lima pocos días antes, tan franco, tan lleno de cordialidad é interés en la libertad del último pedazo de tierra hispanoamericana gobernado conforme á ideas del tiempo de la conquista.

A falta de satisfacciones políticas tuve que contentarme con otras simplemente literarias. Lastarria propuso mi candidatura de socio de la Academia de Bellas Letras, de que él era presidente y Eduardo de la Barra secretario. Para corresponder al honor compuse y pronuncié « al tomar sesión »

una conferencia sobre los Estados Unidos, tema que allí llamaba siempre la atención, que agradó mucho por lo mismo, y publicó inmediatamente Diego Barros Arana en la *Revista Chilena* por él dirigida.

Pero mi consuelo, mi encanto en Chile fué la amistad de los hermanos Matta. Gracias á su biblioteca, bien provista de novedades, pues constantemente recibían lo más notable que aparecía en Europa ó en América, pude ocupar agradablemente largas horas que hubieran de otro modo caído pesadas sobre mí. Veíalos siempre dos veces al día, en el Club ó en su casa particular, pues eran solteros y vivían unidos. Manuel Antonio era en su patria como un apóstol de la libertad, á ella había consagrado su vida. Con la dulce é invencible obstinación de los que convencidos buscan el bien de sus semejantes, con el desinterés y la energía de los que consagrados al culto de la verdad y la justicia no se arredran ante desaires ó fracasos, por repetidos que sean ó humillantes que parezcan, iba él poco á poco librando á su patria de la tutela del envejecido partido conservador. Su hermano Guillermo, poeta fogoso, tribuno entusiasta, llamaba la atención por su aspecto, su cuerpo de atleta coronado por una cabeza digna de estudio para un artista, la tez blanca y mate como de mármol, la melena negra y sedosa que caía sobre la espalda. Los dos amaban y cultivaban la poesía, Manuel Antonio sin grandes pretensiones de escri-

tor, Guillermo con dotes de imaginación y vigor de lenguaje bastante notables.

El presidente Errázuris, ganoso de obtener para su política de conciliar los partidos, el auxilio de los más capaces y populares al mismo tiempo, sin atender á filiación anterior, nombró en aquellos días intendente de la provincia de Atacana á Guillermo Matta, que había nacido en esa región septentrional de la república. Con ese motivo prepararon los jóvenes del partido radical un gran banquete de cien cubiertos, al que debían asistir todos los ministros y muchas de las eminencias del país. Tuve el honor de ser invitado y fuí el único extranjero en aquella fiesta puramente chilena. Apenas terminados los brindis oficiales, se levantó Ignacio Palma, uno de los organizadores de la fiesta, brindó por la independencia de Cuba y acabó su pequeño discurdo de esta manera : « Aquí está el representante de aquel heroíco pueblo, sepa él estimar la simpatía que nos merece y la sinceridad de los votos que hacemos por el feliz éxito de su misión. »

Me levanté para responder. Di las gracias al generoso joven que de esa manera me invitaba á hablar, me volví al héroe de la fiesta para encomiar yo también la alteza de su espíritu y la amplitud de sus ideas políticas, y notando la buena voluntad y los signos de aprobación entusiasta de mi auditorio en favor de Cuba, forcé un poco la nota y concluí con estas palabras :

« Cuba es hoy en toda la extensión del universo,

según creo, la única fracción de tierra que pide su independencia y derrama á torrentes la sangre de sus hijos por conseguirla, es también el campo de batalla donde se libra la última pelea entre el antiguo y horrible sistema colonial y la moderna democracia americana. Vuestro interés, vuestras simpatías, vuestros aplausos, son signo consolador de que en esta hora revuelta de la historia, hora de reacciones, de bacanales de la fuerza, de amargos desengaños, el sentimiento moral de la justicia no ha desaparecido aun de nuestro planeta. Cuba está defendiendo sola, completamente sola, la libertad de su suelo, la justicia de la causa á que debe el continente todo su independencia, y el porvenir en fin de esa misma libertad americana. Esta convicción la anima en su lucha desigual, le infunde valor para persistir, fuerza para triunfar. Hay por supuesto algo más, otro elemento en el combate : la pasión viril que con indomable energía ardió en el pecho de vuestros padres, no extinguida tal vez en vuestros corazones : el odio á muerte al opresor. Pero de eso no os hablo, porque no he de introducir en esta fiesta apacible y armoniosa el acento siniestro, desesperado, del colono, del esclavo, que rompe sus hierros y lanza los pedazos al rostro del opresor. »

Mucha falta me habría hecho Guillermo Matta si me hubiese yo quedado más tiempo en Santiago. Pero mi principal tarea estaba ya acabada, el armamento había sido despachado para Panamá, el

general Prado había partido al Perú y me había dejado prescrito el modo de repartir entre sus acreedores el dinero que le correspondiera del producto de los bonos; así lo hice.

El 12 de Mayo salí en el vapor *Cotopaxi* á atravesar el estrecho de Magallanes y seguir para Europa; y me detuve en Montevideo, Buenos Aires y Río Janeiro sólo el tiempo necesario para una rápida ojeada. Á fines de Junio estaba en Burdeos, donde desembarqué; y en Noviembre había reasumido en Nueva York mis tareas de director de periódico.

SOBRE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

I

Su coronación en la Habana

Uno de los recuerdos más vivos de mi juventud, una de las imágenes que más fuertemente impresas conservo en la memoria, es el rostro moreno, con ojos negros fulgurantes y labios apretados por la cólera, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la gran poetisa hispanocubana, tal como la vi en un momento trágico de la noche del viernes 27 de Enero de 1860, cuando, ante inmensa concurrencia, pusieron en sus sienes con gran solemnidad en el Gran Teatro de la Habana una magnífica corona de laurel de oro y esmalte, en nombre del país,

de la isla natal, que con orgullo la contaba y cuenta como la más famosa de cuantas mujeres en su suelo vieron la luz del día.

La concurrencia, como digo, fué muy grande; era gratuíta la fiesta y se repartieron abundantemente billetes, no sólo entre los socios y amigos del Liceo privado, que organizó y dirigió la ceremonia, sino también todos entre los grupos oficiales, pues no hay que olvidar que la Avellaneda había llegado á la Habana, no simplemente como cubana deseosa de visitar la patria mucho antes abandonada, ni tampoco á título único de gloriosa poetisa, sino como esposa del coronel don Domingo Verdugo, uno de los militares del séquito del general don Francisco Serrano, nuevo gobernador superior de la isla; y Verdugo llegaba de antemano designado para algún cargo militar, para ser, como en efecto sucedió, uno de los pequeños sátrapas que ponían á la cabeza de las circunscripciones militares en que estaba el país dividido, con objeto de sujetarlo mejor. Esta particularidad esencial entonces, en aquella tierra pésimamente gobernada, mantuvo alejados de la poetisa y su marido á muchos, principalmente entre los jóvenes aficionados á las letras, que no habían querido tomar parte activa en la proyectada apoteosis, aunque se abstenían de oponerse abiertamente á ella. Yo fuí de ese número, y bien recuerdo que algunas de las veces en que vi á la Avellaneda pasar sentada en el « quitrín » abierto á la usanza del país y al

lado de su marido, sentía acudir á mi mente aquello versos del *Rimorso* de Berchet:

È la donna d'un nostro tiranno,
È la sposa dell'uomo stranier.

En este caso, sin embargo, era el «extranjero» un tipo interesante: pálido, de tez mate como la cera, cabellos y bigotes negros, mirar lánguido en consonancia con la expresión melancólica de enfermo que conservaba desde la puñalada del asesino de Madrid, que largo tiempo lo tuvo á dos dedos de la muerte, inspiraba desde luego cierta simpatía, que no desmintió en las dos satrapías que sucesivamente le confiaron y donde gobernó con buenas intenciones. Murió en 1863 relativamente joven aún, y todos con ese motivo, sin excepción, acudimos á inclinarnos con respetuosa simpatía ante el dolor de la ilustre dama, el día en que cubierta con las tocas de viuda se embarcó muy llorosa para España por vía de los Estados Unidos.

Volviendo á la fiesta, recuerdo que se componía más ó menos como todas las de su género. Hubo primero una parte musical, en que sobresalieron dos buenos artistas; el pianista luisianés, Luis Gottschalk, y el violinista cubano José White; aquél, famoso ya, estaba condenado á morir muy pronto, á los cuarenta años, de paso en el Brasil; éste, que comenzaba entonces, vive siempre y se distingue en París, lo que no es poco en la capital de Francia, donde instrumentistas notables de toda

especie abundan como hojas en Vallombrosa. Vino luego una parte dramática, reducida á la representación de *La Hija del Rey René*, un acto en verso de la Avellaneda, transcripción de la versión en prosa francesa de una traducción alemana del original danés de Henrik Herz. El dramita tras tanta vuelta y revuelta de traductores, resultó más insípido de lo que realmente era, y los aficionados de la sección de declamación del Liceo no contribuyeron mucho, magüer muy buenas intenciones, á atenuar en la pieza ese vicio original.

La parte puramente literaria formaba el tercer acto. Alzóse el telón, apareció en la decoración del fondo, debajo de un gran retrato de Isabel II, una fila de siete sillones, y en el centro sentado un conde anciano, presidente del Liceo. Á su derecha se encontraba la Avellaneda. Otras damas distinguidas ocupaban los demás sillones. El director del mismo instituto, José Ramón Betancourt, abogado distinguido, hijo de la provincia del Camagüey como la Avellaneda y muy ansioso de ensalzar á su conterránea, leyó antes que todos un discurso, que pudo y debió ser más corto, en que colmó de elogios á la heroína de la fiesta, cual correspondía, aunque forzando demasiado la nota unas veces y otras aventurando comparaciones innecesarias con otras escritoras, con madame de Staël, por ejemplo, y con una novelista angloamericana, viva entonces y de un todo insignificante.

Leyéronse después poesías de Borrero, Fornaris,

Zafra. Era ya tarde y determinaron abreviar, proceder á la coronación. Adelantóse al proscenio en ese instante, sin previa introducción, un señor de tez amarillenta, todo negro : ropa, barba, cabellos; estos además largos y mal peinados; con algo fúnebre en la apariencia, algo que hacía pensar en los retratos de Paganini, ó en seres fantásticos, en vampiros, en el lord Ruthven con quien comparaban en Roma al conde de Montecristo de la novela de Dumas, á causa de la lividez que después del largo encierro le quedaba.

El auditorio al principio pareció estupefacto ante los grandes gestos, la voz descompasada del individuo, que leía algo, un romance, como luego supe, pero de tal manera que no se adivinaba, oyéndolo, si era aquello ó prosa ó verso. No tardaron los espectadores en mostrar su indignación ó su impaciencia, prorrumpiendo en risas, grandes carcajadas, gritos estentóreos, como en una plaza de toros : *¡fuera, fuera! ¡basta, basta!* Muchos deplorando aquel desorden se levantaron y se retiraron. Mas el hombre, que resultó ser un empleado de gobierno, un español, llamado Muñiz, seguía impertérrito su lectura sin curarse. de nada de lo que en torno de él pasaba

Con objeto de oir mejor esa parte de la función yo, que no tenía asiento, vagué indiferente por los corredores del teatro mirando y oyendo detrás de los palcos á través de las persianas... Pero ya entonces había entrado en el escenario, me había

colocado entre bastidores en mi calidad de colaborador de un periodiquillo de teatros. Pude ser testigo de esa manera del efecto que final tan estupendo de lo que hasta ese momento había marchado tan apacible y armónicamente, producía en la Avellaneda. Al principio, inclinando el cuello avanzaba ella la cabeza como para darse cuenta de lo que podía significar la aparición inesperada; pero á medida que el escándalo crecía, iban sus ojos despidiendo llamas, lanzando dardos de fuego, que si hubieran podido llegar hasta el imprudente lo habrían seguramente convertido en polvo. Apretaba los labios con más y más fuerza cada segundo, y muy pronto descubrí, como un hilo rojo que colgaba de su labio inferior, una gota de sangre que se deslizaba silenciosa, arrancada por la impotencia con que en tal ocasión su inmenso orgullo é indomable carácter luchaban desesperados.

Inútil sería buscar hoy indicio alguno de este acrecimiento en los periódicos del otro día ó de los siguientes, pues el Censor de imprenta, que era uno solo para todos, un empleado oficial nombrado por el capitán general, recibió la orden de no dejar pasar una palabra impresa sobre ese episodio de la fiesta, y hoy, más de medio siglo después, seremos ya bien pocos los que recordamos el curioso incidente.

Cuando al final Luisa Pérez de Zambrana, su hermana en poesía, y la condesa de Santovenia,

esposa del presidente, ciñeron con la corona de oro la frente de la Avellaneda, la pequeña mancha de sangre, que el pañuelo no logró borrar enteramente, marcaba siempre su huella enrojecida, allí bajo el labio donde había lentamente corrido, como está siempre también, y estará mientras yo viva, presente en mi memoria.

II

« Á Vista del Niágara »

Tenía Gertrudis de Avellaneda cincuenta años cumplidos cuando en Mayo de 1864 llegó de la Habana á Nueva York, muy ansiosa de conocer, cuanto posible era en unas pocas semanas, la famosa república de que tanto en Cuba había oído hablar. Pero eran los momentos de la gran guerra civil allí, faltaba cerca de un año todavía para que el general Ulises Grant recibiese en la hacienda de Appomatox la rendición del heroico Roberto Lee con todo lo que de su antes invencible y sufrido ejército le quedaba; y no era dado á la ilustre viajera internarse mucho en ciertas regiones de la república, si lo hubiera pretendido.

La Avellaneda, que no obstante su larga resi-

dencia en España y los aplausos y grande consideración allí obtenidos, nunca olvidó á la pobre patria cubana, como bien lo prueban las frecuentes alusiones que se encuentran en sus versos y en su prosa, la cariñosa dedicatoria que puso al frente de la colección completa de sus obras, y la orgullosa satisfacción con que recorrió casi toda la isla y recibió entusiastas homenajes por todas partes. Amaba y admiraba también, muy viva y muy sinceramente á su gran émulo en poesía, á José María Heredia, cuya muerte hizo brotar tan hermosa, tan generosa elegía de su noble corazón, cuando en 1839 recibió la inesperada noticia de su fallecimiento :

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
Á las playas de Iberia, tristemente
En son confuso la dilata el viento,
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente.
Ay ! que esa voz doliente
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el Océano,
« Murió, pronuncia, el férvido patriota... »
« Murió, repite, el trovador cubano, »
Y un eco triste en lontananza gime :
« Murió el cantor del Niágara sublime ! »

Bien llena de la memoria de Heredia, quiso á poco de desembarcar en Nueva York, ir á contemplar también la magnífica catarata, y ante ella

despertó otra vez su llagado corazón, su espíritu entristecido, tomó la pluma, y en presencia del grande espectáculo escribió una oda que es respetuoso y nobilísimo homenaje á la gloria del compatriota :

Oh ! si la esquiva musa
Que al desaliento su favor rehusa,
Por un instante me otorgara ahora
Del gran vate de Cuba el plectro ardiente !...
Si cual él, á tu voz inspiradora
Sentir pudiera ¡ Niágara ¡ mi mente
De súbito agitada
Por aquel *don divino, que ensañada*
Me robó del dolor la mano impía, (1)
¡ Cómo también mi poderoso canto
— Rival del suyo — ufana elevaría !

Intenta en efecto por un momento rivalizar con él y describir con bellas imágenes la impresión que el soberbio espectáculo le produce. Pero Heredia contaba solamente veintiún años y la frescura y el vigor de la juventud palpitan verdaderamente en los animados versos, y las brillantes imágenes de su composición. La Avellaneda, por el contrario, acercándose ya al ocaso en la curva magnífica que su genio recorrió, evita competir directamente con su compatriota y pronto concentra sus miradas, no en el salto violento y asombroso del río, sino en el atrevido puente tubular lanzado pocos

(1) Versos, como es sabido, de la poesía de Heredia al mismo Niágara.

años antes de un borde al otro del abismo por donde corre « arrebatado » el Niágara hacia el lago en que se pierde :

¡ Salve, oh aéreo, indescribible puente,
Obra del hombre, que emular procuras
La obra de Dios, junto á la cual te ostentas !

Y después del puente canta la gloria de la nación que construyó lo que tanto la suspende y maravilla :

El joven pueblo
Que ayer naciente en sus robustos brazos
Tomó la libertad, y que hoy pujante
De la marcha común salta los plazos,
Y asombra al mundo, que lo ve gigante !

III

Fernán Caballero y la Avellaneda

La novelista española Cecilia Böhl de Faber, generalmente conocida con el seudónino de Fernán Caballero que siempre usó en todos sus escritos, fué grande amiga del literato francés Antoine de Latour, secretario particular que por mucho

tiempo fué de los duques de Montpensier en Sevilla, y la correspondencia epistolar que entre los dos medió, ha estado algún tiempo en manos del eminente erudito, hoy miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, M. Alfred Morel-Fatio, antes de pasar los originales á poder de la Universidad de Chicago, donde hoy se encuentra. De ella nos ha dado Morel-Fatio extenso análisis que puede leerse en sus *Études sur l'Espagne* (Tercera serie, París, E. Bouillon, 1904).

Cecilia Böhl, que nació en Suiza por casualidad, hija de padre alemán y madre andaluza, pasó en Alemania su juventud hasta cumplir diez y siete años, y allí recibió su educación, aunque principalmente en una pensión francesa. Luego residió casi constantemente en Andalucía; en Sevilla la mayor parte del tiempo. Fué casada tres veces. La primera con un capitán del ejército español que la llevó á residir en Puerto Rico, « país extraño y malsano », dice ella, y allí enviudó al poco tiempo. El segundo marido, « un hombre ideal con el que fuí idealmente feliz », la llevó á vivir en Sevilla. Viuda nuevamente al cabo de trece años de matrimonio, unióse por tercera vez á un hombre diez y ocho años más joven que ella; pero este « marido, escribe ella, nació marcado por la fatalidad y con su sello en su pálida frente ». En efecto, aunque este tercer enlace duró veinte años, vivió él casi siempre enfermo, en garras de la tisis, y tuvo la desgracia de perder imprevistamente, de pronto, su fortuna. Hallábase él al

sufrir este percance solo, de paso en Londres, no pudo sobreponerse á la sacudida y fué á suicidarse dentro de un parque privado en los alrededores de la capital de Inglaterra, con el objeto por él declarado de morir en algún lugar solitario, « lejos de todo signo de vida ». Acaeció esta catástrofe en 1859 y ya entonces vivía Fernán Caballero en un pabellón del Alcázar de Sevilla, por gracia especial de la reina Isabel.

Á Sevilla fué también á vivir la Avellaneda al volver á España viuda de su segundo marido, pues sintió siempre por esa ciudad singular predilección. Esta circunstancia, las letras, que ambas tan brillantemente cultivaban, y las relaciones de amistad que tenían con Latour y por medio de éste con los duques de Montpensier, hermanos de la reina Isabel, estrecharon naturalmente lazos que de antemano entre las dos escritoras existían. Los caracteres, sin embargo, eran muy desemejantes, lo cual explica ciertos rasgos irónicos que al referirse á su amiga se deslizan en las cartas de Cecilia Böhl, á pesar de su cortesanía y bondad habituales. Era mucha entre ambas no sólo la diversidad de ideas y sentimientos, sino la de edades; pues la Avellaneda contaba veinte años menos que su amiga. Al volver de su viaje á América, vestida de negro y pasado ya el umbral de los cincuenta años, conservaba ella empero mucho todavía de su belleza, de la antigua opulencia de sus formas, así como todo el fulgor inolvidable de sus miradas.

Latour, nacido en 1809, era, por consiguiente, seis años mayor que la Avellaneda y doce años menor que Fernán Caballero. No creo que la presencia en Sevilla de la poetisa cubana despertara celos en la novelista, pero llama desde luego la atención lo que dice al mismo Latour en una de sus cartas : « La bella Gertrudis estuvo aquí anoche y me habló mucho de nuestro amigo : así llama á usted, yo tuve ganas de decirle : admirador y apasionado de usted — y amigo mío ».

Otras veces, con más gracia, aunque acaso menos benévola intención, la llama Gertrudis la Magna, y también ceremoniosamente doña Gertrudis, como en este párrafo, que no tiene desperdicio :

«¡ Dichosa doña Gertrudis, tan bien dotada por Apolo como por Marte ! De ella diría el general Santa María como de la Gaviota : « con una compañía de tales granaderos tomo toda plaza fuerte » (1). Tanto á ella como á la Coronado les hace falta una cosa que no se tiene si no se adquiere desde la cuna... educación, por lo que si les sobra el genio, les falta el *comme il faut*, el tacto y la cultura práctica ». Ello parece bien cruel por parte de Cecilia Böhl, pero es evidente que Carolina Coronado y la Avellaneda, nacidas y educadas en ciudades interiores y atrasadas como Almendralejo de Extremadura ó Puerto Príncipe en Cuba á principios del siglo pasado, no podían haber adqui-

(1) Personajes de la novela *La Gaviota*, de « Fernán Caballero ».

rido en su juventud las maneras del gran mundo.

Conocía la Avellaneda á Latour desde mucho antes. Entre varios volúmenes que compré de la biblioteca de ese señor cuando se vendieron en pública almoneda aquí en París, tengo un ejemplar del *Baltasar*, empastado en piel de Rusia y con dedicatoria en estos términos : « Al Sr. D. A. de Latour, en muestra de alto aprecio, La autora», con retrato especialmente añadido, con la fecha, de su letra : 1850. Es una litografía que la representa como en ese año estaba ella; de medio cuerpo, con los espesos y largos rizos negros en torno de su cara y en soberbio escote su magnífica garganta. Pero no de preciso imaginar celos por parte de doña Cecilia para explicar el párrafo anteriormente transcrito en que se lleva también Fernán de encuentro á la poetisa Carolina Coronado; créolo más bien resultado de los humos aristocráticos de quien, como ella, vivía á guisa de princesa en un palacio real, se carteaba á menudo con el rey consorte don Francisco de Asís, y muy probablemente no olvidaba un momento que, si no hubiese sido por el error infausto de su tercer matrimonio, se llamaría siempre marquesa viuda de Arco Hermoso.

Tenían Gertrudis y ella otro sentimiento común, la religiosidad. Una misma vena de misticismo se dibuja en sus escritos, pero la diferencia de caracteres producía en la práctica muy distintos resultados, hasta hacer dudar á Cecilia de la perfecta ortodoxia de las ideas de su amiga y desearle que

« para su propia felicidad su sangre corriese menos apresurada». En esta misma carta agrega : « Ya sabía que *George Sand* había vuelto á ser el espíritu fuerte que era, escribiendo una novela contra el santo sacramento de la penitencia... ¡ Dios quiera que su ejemplo no influya en Gertrudis Avellaneda, pues *George Sand* es su *fétiche.* »

Un momento hubo en que la poetisa, agobiada por las penas, asustada por la soledad en que se encontraba, pensó encerrarse en un convento. Consultó la idea con Cecilia y le hizo ésta abandonar la idea; pero al dar cuenta del suceso escribe á Latour: « Estuvo muy en retirarse á un convento» para agregar luego entre paréntesis : « no sé si como Ninon», es decir, como Ninon de Lenclos, la célebre hetaira francesa del siglo XVII. La comparación no puede ser más injusta, y no parece esta ironía envenenada muy propia de la que tanto gustaba emplear tono gemebundo de ternura en sus novelas, tan empalagosas á veces por lo mismo.

No sería equitativo olvidar que todo esto se encuentra consignado en cartas privadas, íntimas, sin pensar acaso la escritora que pudieran ver la luz pública algún día. No tenemos, por lo menos no conozco yo cartas de Gertrudis que enuncien su opinión acerca de su amiga, quizás habría en ellas á propósito de Cecilia algo por el mismo estilo. Ya lo dije, existía entre las dos cierta contrariedad fundamental, como fluídos de esencia diversa se atraían, mas luego á la luz de la chispa eléctrica

producida se veían mutuamente con excesiva claridad y se juzgaban dominadas por cierta antipatía invencible, como á veces puede existir aun al mismo tiempo que verdadera amistad.

La Avellaneda murió pocas semanas antes de cumplir sesenta años en Madrid el primero de Febrero de 1873. Su fallecimiento pasó casi inadvertido en esa capital, donde había vivido tantos años y ganado tantos lauros en teatros y liceos. « No éramos más que seis escritores en el cortejo », dijo al siguiente día Carlos Frontaura en el *Eco de Ambos Mundos.*

Fernán Caballero murió en Sevilla el 7 de Abril de 1877 á los tres meses de haber cumplido ochenta años. La revolución que triunfó en 1868 al grito de ¡ Viva España con honra ! le había hecho abandonar su alojamiento en el Alcázar y vivir desde entonces con suma modestia, ocupada casi únicamente en ejercicios de piedad. Pero los sevillanos no la habían olvidado y crecido fué el número de los que la acompañaron en su entierro.

No ha transcurrido aun bastante tiempo para saber cuál de las dos amigas resiste hoy mejor al curso de los años y conserva menos dilapidado el conjunto de sus escritos á la vista de la posteridad. Versos bien hechos, robustos como los de la Avellaneda se defienden más, se deterioran menos que prosa mediana, un tanto floja como la de Fernán Caballero. Es muy posible, sin embargo, que sus *Cuadros de Costumbres andaluzas,* por ejemplo,

conserven algún tiempo el interés de documentos históricos, de fotografías no muy borrosas de la vida en esa región de España, pero me parece probable que obras como *Munio Alfonso*, como *Saúl y Baltasar* durarán más tiempos frescas é interesantes que novelas del género de *Lágrimas*, *Clemencia* ó *La Gaviota*, las mejor recibidas entre todas las de la popular costumbrista.

IV

Pasan treinta y cinco años desde el triste día de Febrero en que falleció la insigne poetisa; en tan largo espacio ha parecido por momentos bien olvidada por los que sólo ocasional y vagamente fijan la atención en cuanto se roza con la buena literatura; y también, recordada apenas, no más que de tiempo en tiempo, por los cultivadores de las letras, á pesar de que mucho debía ayudar á mantener no extinta su memoria el hecho innegable de haber sido, de ser la mujer española que mejores versos líricos y más notables piezas dramáticas había producido en todo el curso de la literatura castellana. Y he aquí que de pronto vuelven inesperadamente á la superficie en el mundo español

su nombre, sus escritos y la historia entera de su vida á suscitar animadas discusiones, á dar pábulo á interesantes apreciaciones. Todo ello en virtud de la aparición de un librito, impreso en muy corto número de ejemplares, no puestos á la venta en las librerías, ni tampoco en casa de la persona que quiso costear la edición. El pequeño volumen, que á manera de bólido desprendido de la bóveda celeste atraviesa nuestra atmósfera y cae crepitando contra el suelo, se compone de una desconocida autobiografía en que cuenta Gertrudis de Avellaneda los sucesos más íntimos de su vida hasta 1839, el año de su redacción, y de cuarenta cartas amorosas, escritas en diversos momentos desde ese mismo año hasta 1854, dirigidas á un caballero andaluz que conoció en Sevilla, por quien muestra inequívocamente sentir el más vivo, ardiente afecto, y es el mismo á quien está especialmente dedicada la autobiografía. No hay misterio alguno en el asunto, ni respecto á las personas ni respecto á los sentimientos que las agitaron, aunque sea de deplorarse que solamente poseamos las cartas de la amante, y no las del hasta ahora ignorado individuo que logró inspirar á tan bella é inteligente mujer pasión tan larga y profunda. Pero sábese perfectamente que se llamaba don Ignacio de Cepeda, joven de veintitrés años en 1839, cuando concluía sus estudios en la Universidad sevillana, y cuando la joven cubana, que tenía de edad dos años más que él, lo vió y se enamoró perdida-

mente; es decir, con toda la capacidad de amar que se anidaba en su volcánico pecho y que bien se reflejaba en su encendida tez morena, en sus radiantes ojos negros y en su impetuoso carácter. Duraron los amores, como de las fechas de la cartas se deduce, quince años, pero interrumpidos varias veces : primero por la oposición fácil de prever de la familia del novio, y el viaje de la poetisa á Madrid; luego por el primer matrimonio de Gertrudis; reanudados después de viuda y por último extinguidos en 1854. En este año hacía ya tiempo que residía don Ignacio en Huelva, consagrado á dirigir grandes y pingües propiedades heredadas de sus padres, y ella por su parte en Madrid dedicada con más fervor que nunca á escribir para el teatro en busca de nuevos laureles, que en efecto recogió abundantemente con piezas como *Los Duendes en Palacio* y *la Hija del Rey René*, no las mejores, pero sí las más aplaudidas quizás de cuantas dió á la escena. En ese año también contrajo Cepeda justas nupcias con una distinguida dama de su misma provincia; y esta señora, viuda hoy, es la que en memoria de su esposo ha costeado la impresión del tomo con la autobiografía, las cartas y un minucioso artículo necrológico acerca de su difunto consorte.

Confieso que han sido para mí estas cuarenta cartas una grandísima sorpresa, pues yo hasta este momento había siempre pensado, por todo lo que de ella directamente había sabido así como por sus

escritos, que las cualidades predominantes en el carácter de Gertrudis de Avellaneda habían sido el orgullo y la entereza; y que á los actos de su vida más bien que á sus escritos podía tal vez aplicarse aquella frase, de un gusto bien dudoso, atribuída á don Juan Nicasio Gallego : « es mucho hombre esta mujer ». Recordaba igualmente que la vez única que en su tomo de poesías claramente parecía aludir en sus relaciones á un contratiempo grave, á un desengaño amoroso bien punzante, había expresado su pena, su desolación, en versos que realmente tienen mucho más de coléricos y orgullosos que de tiernos y doloridos, y que se ajustan bien á lo que de ella dijo su contemporáneo Ferrer del Río, « á la altivez y soberbia de su carácter » :

Te amé, no te amo ya : piénsolo al menos :
Nunca si fuere error, la verdad mire !
Que tantos años de amarguras llenos
Trague el olvido; el corazón respire !

Lo has destrozado sin piedad : mi orgullo
Una vez y otra vez pisaste insano :
Mas nunca el labio exhalará un murmullo
Para acusar tu proceder tirano.

De grandes faltas vengador terrible
Dócil llenaste tu misión : ¿lo ignoras?
No era tuyo el poder que irresistible
Postró ante ti mis fuerzas vencedoras.

Quísolo Dios y fué : gloria á su nombre !
Todo se terminó : recobro aliento;

¡ Angel de las venganzas ! ya eres hombre ;
Ni amor ni miedo al contemplarte siento.

La composición á que estos versos pertenecen salió por primera vez en el tomo de sus Poesías publicado en 1850 y tiene al pie esta fecha : Noviembre de 1845, y este título : A ..., convertido en la colección llamada « completa » de 1869 en « *Á Él* » y sin fecha al pie esta última vez, pero sin alteración alguna ; al contrario de lo que hizo con otras muchas y de lo que era costumbre suya, pues entre las ediciones de 1841 y 1850 aparecen muy notables diferencias, particularmente en la otra composición anterior también titulade *Á Él,* que seguramente fué inspirada por la misma persona, y que rehizo fundamentalmente, quitándole bastante de la gracia y sinceridad primitivas.

No son muchos los versos amorosos que se encuentran entre las poesías de la Avellaneda y, como á los citados antes, apenas les viene bien el adjetivo, si se les compara, por ejemplo, con las dos odas casi completas y los otros fragmentos inmortales que hasta nosotros han venido de la gran poetisa griega, que en la isla de Lesbos nació y murió allá en el siglo VI antes de J. C. No había existido hasta el presente razón alguna verdadera de recordar á Safo al hablar de la poetisa cubana ; pero el caso ahora es diferente. La Avellaneda amó, sí, amó con pasión física, profunda, incontrastable ; como la mujer admirable de Lesbos amó á un

hombre, que conocemos con el nombre de Faón, el hermoso barquero, ú otro cualquiera, porque el nombre y la ocupación nos han de importar muy poco. Desgraciadamente, cuando la generosa Gertrudis confesó y expresó su ardoroso sentimiento, no lo hizo en verso sino en prosa, y las cartas á Cepeda, imagen palpitante de la realidad, eco de gritos de pasión dominadora, no tendrían artísticamente precio, serían extraordinaria maravilla, si estuviesen engastados en el fino y resistente metal en que escribió ella sus otras poesías. Una prosa rápidamente escrita, sin haber sido releída por su autora antes de emprender el camino que por fortuna debía conducir esas cartas al fin y al cabo á la posteridad, sin tener ni siquiera corregidas las faltas de ortografía, no nos puede consolar de la ocasión perdida y única en cierto modo de poseer en hermosos versos castellanos la historia auténtica de una pasión femenina arrebatada, no etérea y mística cual lo fué la de Victoria Colonna ni circunspecta y vacilante como la de Elisabeth Barrett, sino esencialmente humana y todo resuelta, á trueque de ser correspondida. Fué esto precisamente lo que no pudo la infeliz lograr, pues Cepeda resultó más tibio, más indiferente en suma que el mismo Faón de la leyenda griega, y se impuso así como irremediable fatalidad el triste y vulgar desenlace con el matrimonio subsiguiente. Muy violenta debió ser la indignación de la víctima y el rompimiento de relaciones, cuando ni siquiera

pensó ella en reclamar su correspondencia y evitar que en lo futuro pudiera publicarse por iniciativa extraña y en desfavorables condiciones.

Buscando puntos de semejanza notarán muchos quizás ahora que era la Safo camagüeyana morena de color y de estatura mediana, ó un poco baja, como la inolvidable mujer de Lesbos según Máximo de Tiro : *brevis... non candida,* según traduce Ovidio en las *Heroidas.* ¡ Extraña coincidencia ! hay un retrato de Safo, ideado por un pintor moderno notable, holandés de origen, residente mucho tiempo en Londres, Alma Tadema, retrato que se vió allí expuesto al público en la Academia Real el año de 1881 y se vendió para los Estados Unidos. De ese cuadro se copió la cabeza, finamente grabada en forma de medallón, para insertarlo en la bonita edición de todo lo que de Safo nos queda : texto griego acompañado de notas, traducción en prosa é imitaciones en verso (1), y me parece no ser víctima de una ilusión al encontrar semejanza, bastante marcada, entre este grabado y el rostro de la Avellaneda, tal como ella estaba allá hacia el medio de su vida,

nel mezzo del cammin della sua vita ;

pobre, ilustre mujer, cuya memoria, viva siempre en Cuba, en su patria, conservará perennemente allí toda su frescura y brillantez.

---

(1) (Londres, John Lane, Tercera edición, MDCCCXCVIII.)

LA MUERTE DE MAXIMILIANO DE HAPSBURGO EN QUERÉTARO

La súbita entrada de las tropas del general republicano Mariano Escobedo en la plaza cercada de Querétaro al amanecer del 15 de Mayo de 1867, la ruina inmediata del Imperio creado por las armas y los empréstitos franceses, la prisión y muerte subsiguientes del archiduque de Austria Maximiliano que durante tres años justos había llevado la corona imperial, han sido, son y probablemente serán, en cuanto á ciertos pormenores interesantes, un pequeño enigma histórico insoluble.

¿Fué acaso esa caída final de la plaza fuerte suceso militar producido por las circunstancias del caso, ó por el contrario suceso precipitado por la traición de un individuo, que ha llevado encima desde entonces ese deshonroso marchamo.

Esta última solución es la que se creyó, se afirmó, se propaló, no solamente en aquellos mismos días, sino durante otros muchos posteriores, hasta el presente en realidad; y le nombre del coronel Miguel López, ayudante de campo y favorito de Maximiliano, á quien la traición universalmente se atribuía, corrió de boca en boca, maldecido como portento de ignominia.

Pero ofreció la catástrofe desde el principio rasgos inexplicables, demasiado contradictorios para ser destruídos de tan simple manera, y son numerosos hoy los que sostienen que en aquel terrible lance procedió López en armonía completa con su soberano y que éste fué quien le mandó abrir al enemigo el camino por donde penetró y se apoderó de la ciudad el ejército sitiador. La derrota final era inevitable, fatal la capitulación inmediata, y la intervención de López no hizo más que precipitarla, con objeto de evitar el sangriento asalto final y la horrible matanza que se preparaba.

Existen documentos dignos de fe, algunos de ellos oficiales, también declaraciones concordantes de testigos muy respetables, pormenores bien comprobados y antes inadvertidos, que atenúan, que explican la conducta de López y derraman sobre ella luz antes envuelta y obscurecida en el torbellino final (1).

---

(1) Un rápido resumen, claro é imparcial, de cuanto en favor de López es posible decir se encuentra en el tomo IX de la obra de M. Emile Ollivier, *L'Empire Libéral* (Paris, Garnier Frères) pags. 460-522.

López desde el año mismo de la ocurrencia protestó contra el cargo y la acusación, demasiado plausibles, que contra él pesaban conforme á las apariencias. Más adelante apeló, en busca de confirmación favorable y decisiva, al testimonio del mismo general Escobedo, y éste, que vivía ya enteramente retirado de toda intervención en la cosa pública, se prestó á consignar en informe auténtico de 8 de Julio de 1887, en respuesta al llamamiento desesperado de López, que era enteramente falsa la acusación de traición que contra él tan generalmente se formulaba. También el padre Soria, que recibió la última confesión del Archiduque, interrogado directamente declaró sin titubear, conforme afirma el escritor mejicano Iglesias, en sus *Rectificaciones Históricas*, que « el coronel López no hizo sino lo que se le mandó ».

Pero si ha de borrarse de la frente del subordinado el estigma infamante, no hay que ennegrecer al mismo tiempo la memoria del que dispuso lo que su ayudante de campo simplemente ejecutó. Si López no fué traidor, es evidente al mismo tiempo que Maximiliano, al mandarle ir á conferenciar con Escobedo, procedió movido por sentimientos de humanidad, por el deseo de evitar el último, sangriento é inútil encuentro final; y si lo hizo á escondidas de sus dos principales compañeros, de sus dos generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, fué porque, bien convencidos éstos de que no podían esperar piedad alguna de parte de sus paisanos,

preferían resueltamente pelear hasta el último instante, morir como quería Macbeth, « con el arnés encima ».

Ello es tanto más verosímil cuanto que Maximiliano creyó muy posible librarse del suplicio, y aun evitárselo á sus dos generales, al proceder de esa manera. Costábale mucho trabajo imaginar siquiera que osase Juárez arrastrar al patíbulo como vulgar conspirador á un príncipe de su categoría, de su alta posición entre los soberanos de Europa. Tenía de antemano muy meditado y formulado el inevitable dilema con que se figuraba envolver y enredar desde luego al fiscal instructor de su causa, si causa llegaba á formarse : « En mi situación » dijo « tengo que ser ante mis acusadores, ó soberano de Méjico, legítimo siempre aunque vencido, ó archiduque de Austria únicamente. En el primer caso el Congreso nacional nada más es competente para enjuiciarme ; en el segundo, como miembro que soy de la casa imperial austriaca, solamente procede darme pasaporte y expulsarme del territorio de la república ». Mientras tanto se entretenía en organizar planes de vida futura y contar confiadamente con la intervención del presidente de los Estados Unidos en su favor ; en último caso con una entrevista personal con Juárez, que reiteradamente solicitó, y no creyó tampoco que se le podía negar.

¡ Lastimosas ilusiones ! Nada ni nadie en el mundo era ya suficiente para salvarlo de caer en el abismo

abierto ante sus pies. El recuerdo de Itúrbide, del emperador Agustín I, que perdonado una vez después de prisionero, volvió al país una segunda vez como pretendiente y fué preciso fusilar, proyectaba sombra mortal sobre el sucesor. La fúnebre y larga lista de generales, oficiales y soldados republicanos, tratados como forajidos y ejecutados, uno á uno ó en montón, sin forma de proceso, en virtud del decreto sobre prisioneros de guerra que le hizo firmar Bazaine, que éste en su nombre expidió el 3 de Octubre de 1865 y estuvo cumpliéndose largo tiempo, era contra el caído emperador más elocuente y abrumadora que ninguna acusación fiscal.

Á los jueces del consejo de guerra, á los testigos, á los espectadores reunidos en el Teatro, que por siniestro presagio llevaba el nombre de Itúrbide, y donde se constituyó el Consejo, no era permitido olvidar, aunque en ello se hubieran empeñado, la trágica muerte de los prisioneros de Amatlán, los generales José María Arteaga, Salazar, el coronel Villa Gómez, otros más, allí mismo fusilados, conforme al bárbaro decreto, en las más desgarradoras condiciones. Los espectros de esos infelices podía decirse que estaban en esa escena presentes « sacudiendo » como la sombra de Banquo en el drama de Shakespeare « sus guedejas ensangrentadas ».

Nadie, nadie podía salvarlo. No era un simple coronel llamado Sánchez quien en realidad presidía ese consejo de guerra, era Némesis misma, la

Diosa implacable de la venganza. Un inmenso pasado de dolores inexpiables, de sangre y de muerte, acumulaba en aquel recinto ayes y lamentos proferidos por millares de víctimas. Maximiliano alegó el mal estado de su salud para no ir al teatro Itúrbide y sentarse en uno de los tres banquillos de madera tosca reservada á los tres acusados. En la celda de convento que le servía de calabozo recordaba en tanto durante las angustiosas horas de soledad que en su voluntad estuvo el no hallarse en aquel predicamento, que pudo muy bien retirarse con las tropas francesas, sin peligro, sin deshonra personal, pues ellas solas lo habían traído y sostenido. Pero era ésta también otra ilusión. Incontrastable mano fatal pesó sobre él desde que se prestó á secundar los planes del emperador francés, desde que puso el pie en el suelo mejicano, y lo llevó por pasos contados y previstos hasta el trance final en que se encontraba.

Una vez condenado á muerte el prisionero, no hubiera hecho mal quizás el ilustre Benito Juárez en perdonarle la vida y dejarlo salir del país, expulsado como personaje peligroso, aunque ya por siempre inofensivo, pues demasiado él sabía que el gobierno de los Estados Unidos, á cuya intervención debía el triunfo no menos que á su impávida constancia, á su honradez y á su energía, estaría á su lado en todas las ocasiones de la misma especie y se opondría á la creación de un tercer imperio mejicano, si de su auxilio necesitaren

algún día. Ese rasgo de clemencia muy propio de la nobleza y viril dulzura de su carácter, lo habría realizado Juárez y con él asombrado al mundo, si no hubiese tenido á su lado de principal ministro y consejero al frío, al inflexible, al muy hábil y rencoroso Sebastián Lerdo de Tejada.

Pero pronto yo mismo me convenzo de que es un puro delirio mío semejante suposición. Juárez no podía perdonarlo, á nadie era dado salvar á Maximiliano.

El gran poeta italiano Giosué Carducci prestó maravillosamente forma y vida á este sentimiento de profunda justicia superior á toda misericordia, en una de sus admirables *Odas Bárbaras*, titulada *Miramar*: así se llamaba el palacio que construyó Maximiliano para residencia suya cerca de Trieste. El Dios nacional de los Aztecas, Huitzilopotli, « surcando el piélago con la mirada » desde la alta cumbre de su pirámide descubre á Maximiliano en el acto de embarcarse, en la « fatal *Novara*, y pronuncia, *ulula*, dice el poeta, alúla estas palabras :

« Ven. Cuánto tiempo ha que te aguardo. La ferocidad del blanco desbarató mi reino, derribó mis templos : ven, víctima expiatoria, ¡ oh nieto de Carlos V ! Á ti es á quien yo quería, á ti, no á otro alguno de tus infames abuelos, podridos ó dementes, y de ti me adueño, suprema flor de Hapsburgo, y á la grande alma de Guatimozin reinante bajo el pabellón del sol, te mando al

sacrificio, ¡oh puro, oh fuerte, oh hermoso Maximiliano!»

Con el nombre de esta misma divinidad azteca, aunque escrito de otro modo, Vitzliputli, hay una composición en el *Romancero* de H. Heine, y es posible que en ella pensase Carducci al emprender su oda. Trata Heine un tema algo parecido, á su manera habitual, irónica y lírica juntamente, y describe la muerte de ochenta prisioneros de la tropa de Hernán Cortés, sacrificados al dios en venganza de la muerte de Montezuma. Con su grave acento y su profunda melancolía asume Carducci tono más solemne, que se ajusta mejor á lo terrible del argumento, y por la sobriedad y vigor del estilo marcadamente supera al gran ironista alemán.

El infortunado Maximiliano, fusilado por fin, al mismo tiempo que Miramón y Mejía, el 19 de Junio de 1867, que fué víctima, no tanto de su ambición como de los pérfidos halagos y sueños políticos de Napoleón III, duerme hoy al lado de sus antepasados en el Panteón imperial de Viena, aunque no cerca, es claro, del Carlos á que alude Carducci, del abuelo cuyos restos yacen en el lejano monasterio del Escorial, y cuyos crueles y codiciosos capitanes cometieron en Méjico los atentados que, á decir del poeta, al cabo de trescientos años, costaron muy caro al remoto vástago del tronco soberano, al apuesto y brillante Maximiliano de Hapsburgo, al que serena y varonil-

mente en la hora última de su breve existencia de treinta y cinco años supo conducirse y caer con heroica firmeza, de pie, ante las balas de sus verdugos.

FIN

INDICE

Tip. Garnier (Chartres). — 124-5-11.

